JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ

ILUSTRACIONES DE LINIERS

CORAZONES DESATADOS

HISTORIAS DE AMOR DE GENTE COMÚN

Jorge Fernández Díaz, escritor y periodista, nació en el barrio porteño de Palermo en 1960. Escribe desde 1972, cuando su madre le regaló la colección Robin Hood. Durante veinticinco años fue alternativamente cronista policial, periodista de investigación, analista político, jefe de redacción de diarios y director de revistas. Dirigió la revista *Noticias* y es actualmente secretario de redacción de *La Nación* y director de la revista cultural *ADN*. Publicó las novelas *El asesinato del wing izquierdo* (1985), *El dilema de los próceres* (1997-reeditado en 2009 por Editorial Sudamericana) y *Fernández* (2006). También la biografía no autorizada *El hombre que se inventó a sí mismo* (1991), *Mamá* (2001), la crónica novelada de su madre inmigrante que estuvo treinta semanas en las listas de best sellers y agotó diez ediciones en la Argentina y cuatro en España, y *La Logia de Cádiz*, se exitosa novela de aventuras sobre José de San Martín.

JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ

Ilustraciones de Liniers

Corazones desatados

Historias de amor de gente común

DEBOLSILLO

Fernández Díaz, Jorge
Corazones desatados / Jorge Fernández Díaz ; ilustrado por Liniers. - 1a ed. - Buenos Aires : Debolsillo, 2011.
EBook. - (Best Seller)
ISBN 978-987-566-677-1
1. Narrativa Argentina. I. Liniers, ilustr. II.Título
CDD A863

Edición en formato digital: abril de 2011
© 2011, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto I 555, Buenos Aires.
Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.
Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-566-677-1

www.megustaleer.com.ar Conversión a formato digital: eBook Factory www.ebookfactory.org

CORAZONES DESATADOS

Portadilla

Biografía del autor

Portada

Legales

Dedicatoria

Las gafas que cambian la vida

La astróloga de la medianoche

Cuando Clara cambió a Geno

La guerra de los divanes

La novia del olvido

La paciencia del relojero

Una tierna amistad entre mujeres

Un atleta de los sentimientos

Otra extraña y peligrosa amistad

Nunca quemes las cartas de amor

El mito de las despedidas imposibles

Cuánta verdad serás capaz de soportar

Historia de sacerdotes y guerreros

Crónica íntima de una adicción

La gran lección del maestro

La teoría de los mamíferos

Una radiante mañana de hiel

El amor es muy puto

En busca del amor perfecto

Un mal día lo tiene cualquiera

Lula y Martu,
mis grandes amores

LAS GAFAS QUE CAMBIAN LA VIDA

Era una leyenda del periodismo económico, una mujer recatada y fría que vestía siempre de gris masculino y que no tenía vida personal. Hasta que cumplió cuarenta y siete años, se enamoró de un pintor y perdió la chaveta. Se llamaba Patricia y sus redactores le decía *Ben Laden*. Cuando su secretaria le franqueó el paso de una oficina con vista al río de la Plata, Fernández no pudo reconocerla en su tailleur fucsia, sus tacones aguja y su notorio wonder bra. Llevaba el pelo suelto y largo, y un cirujano le había retocado el mentón.

Se dieron dos besos y un abrazo, y se sentaron frente a frente. Se conocían desde el principio de los tiempos, y hubo un inevitable intercambio de anécdotas de cuando todavía no eran tristes militantes del escepticismo. Luego Fernández no pudo evitar piropearla y ella fue directamente al grano:

—Es que yo veía la vida en blanco y negro. Pensaba realmente que el mundo y las sociedades se explicaban por la economía y por la geopolítica. No sabía que el mundo se explicaba por el amor y por el sexo.

Había pasado sin escalas del blanco y negro al color, y eso nunca tiene marcha atrás. Su novio era un pintor figurativo que vivía en Trenque Lauquen y que ella llamaba, en la intimidad y con un optimismo vergonzoso, *Mi Rembrandt* o simplemente *Mi*. Como fuera, era una evidencia que *Mi* la había flechado en el cumpleaños de un gran galerista y que tenían en su haber noches de buhardilla y excesos. Luego *Mi* se había vuelto a su pueblo, donde estaba su "universo pictórico", y desde entonces mantenían un fogoso romance a distancia.

Cada mañana, Patricia llamaba a su novio y le preguntaba cómo había dormido, y él la consultaba sobre qué camisa ponerse esa noche y cómo encarar un problema doméstico. Se prometían besos y caricias y volvían a comunicarse por e-mail cerca de las once. Luego ella llegaba a la redacción y volvía a llamar para asesorarlo en la cocina. Se enviaban e-mails y mensajes de texto por el celular todo el santo día y merendaban juntos, uno a cada extremo de la línea, mientras se comentaban las novedades y se prometían encuentros con un detalle excitante. Los cruces seguían hasta la medianoche cuando, ya cada uno en su cama, *Ben Laden* y *Rembrandt* tejían durante horas confidencias y sueños boca arriba.

Patricia se sentía una verdadera esposa, puesto que intervenía en aquella casa remota, editaba los movimientos de su amado y mantenía, a pesar de los cuatrocientos kilómetros que los separaban, una relación fluida que *ya muchos matrimonios quisieran*. No se privaba tampoco de comprarle la ropa, los pinceles y las pinturas, y de enviárselos por encomienda todas las semanas. Le gustaba también ese toque de mecenas del arte y de madre protectora. *Mi* protestaba pero Patricia desarmaba sus argumentos económicos con argumentos sentimentales. *Mi* quería que ella abandonara todo para instalarse en Trenque Lauquen, pero Patricia pretendía lo contrario. Ninguno de los dos, a pesar de ese amor volcánico, cedía posiciones, y sólo se encontraban una vez por mes a mitad de camino, sobre la ruta nacional número 5, en una hostería discreta donde pasaban un fin de semana completo. Patricia no conocía Trenque Lauquen más que por las fotos que *Mi* le enviaba por correo electrónico y se emocionaba guardando esa visita para una ocasión especial, como su propia boda. También le excitaba ese viaje desesperado hacia la hostería después de tantos anhelos, tantas fantasías y, sobre todo, tantos días sin contacto físico. *Vuelvo hecha pedazos* —le confesó a Fernández—. *Pero el lunes ya estoy bien de vuelta. ¿Sabés lo que me recupera? Mirar todo desde estas gafas nuevas*. E hizo un ademán como si tomara unos anteojos invisibles del escritorio y se los pusiera.

Una película de clase B de la década del cincuenta mostraba cómo la vida de un hombre común daba un vuelco espectacular al descubrir unas gafas especiales, que eran codiciadas por misteriosos hombres de negro. Al ponérselas descubría, en un restaurante, que algunas personas eran alienígenas y que, en realidad, hablaban en un lenguaje infrahumano. Y luego al caminar por las calles descubría que los carteles, con las gafas puestas, tenían mensajes siniestros formulados para la dominación subliminal de la raza humana. Patricia sostenía que cuando *Mi* le había hecho conocer la pasión, también le había abierto los ojos y le había dado estas gafas imaginarias desde la que se podía ver la realidad. No la realidad aparente y superficial que se ve en las oficinas y en los ambientes de trabajo, sino la realidad que se esconde bajo esos gestos teatrales. *Bajo esos gestos*, sostenía Patricia, *todos somos niños. Niños con hormonas. Cuando te ponés las gafas y mirás bien la redacción y la calle te das cuenta de que aquella chica busca marido, que aquel tipo sufre por amor, que aquella señora ha sido abandonada, que a aquel desgraciado le falta cama, que aquel veterano está por separarse de su esposa y que aquel pibe está enamorado y no lo sabe. Hablan todo el día de una cosa, pero en verdad les pasa otra. Se manejan con un lenguaje formal, y de pequeñas dificultades hacen grandes*

problemas, se inventan formidables excusas y construyen edificios enteros para distraerse de la necesidad básica y elemental. La única necesidad del ego: amar y tener. La única cosa fisiológica y sentimental que nos permite escapar de la muerte.

A Fernández se le había caído la mandíbula.

—Así que la historia universal es, en realidad, la historia del sexo —balbuceó—. Nos salteamos, entre otras cosas, el materialismo histórico, ¿no?

—A los lectores cada vez les interesan menos la política y la economía —dijo ella echándose el pelo hacia atrás—. Quieren historias de amor, historias de gente pequeña que sufra ilusiones y desengaños. Tiene razón Sabina: "En el diario no hablaban de ti ni de mí".

—Sobre todo no hablaban de *Mi* —dijo Fernández.

—Es por eso que te llamé, para que escribas una columna semanal sobre los sentimientos. Necesito alguien que tenga mucha calle y que haya leído a Nietzsche. Alguien capaz de ponerse las gafas.

E hizo un nuevo ademán, se quitó los anteojos invisibles y se los tendió a Fernández, que irreflexivamente los tomó en el aire y dijo: *Mirá que el amor es engañoso y resbaladizo, Patricia. Y que en eso todos somos amateurs*.

Patricia quería que Fernández caminara la ciudad y tuviera el oído atento, y no iba a dar el brazo a torcer: era una nueva mujer y tenía la fe de los conversos. Le pidió, en el umbral, que viajara a Trenque Lauquen y conociera a *Rembrandt*, que hablara un rato largo con él para entender la *integridad del amor* y que entregara 7500 caracteres de word todos los jueves sin saltearse ninguno.

Fernández, que necesitaba el trabajo, tomó la ruta 5 y pasó tres días en aquel pueblo. Le bastaron tres o cuatro entrevistas personales y una leve investigación de campo para entender la filosofía de *Mi*. Tenía dos hogares paralelos, un juicio por alimentos y otro por fraude, no pintaba un cuadro completo desde 1987 y mantenía otros dos romances a distancia con una cordobesa y con una neuquina, quienes le enviaban cheques mensuales para sostener su obra y con quienes se encontraba en hoteles de ruta un fin de semana por mes. Al cuarto descansaba. Fernández no podía decir que era un vago, puesto que la doble vida exige un gran esfuerzo. La cuádruple vida debía ser forzosamente extenuante. Fernández guardó las gafas invisibles en un bolsillo y regresó a Buenos Aires silbando "Eclipse de mar".

LA ASTRÓLOGA DE LA MEDIANOCHE

Cuando Fernández volvía a su casa cerca de la medianoche, derrotado por el cansancio del cierre del diario y por el hambre, no podía evitar sentarse frente al televisor con una bandeja y una copa de malbec y sintonizar un canal marginal y esotérico. Pilar desplegaba allí, a esa hora indecente, su falsa magia vestida de tules, y Fernández se reía a carcajadas escuchando sus pronósticos y sus tajantes conclusiones sobre la personalidad de cáncer, sobre las tribulaciones de acuario y sobre las increíbles oportunidades de virgo.

Hacía casi quince años que Fernández no tomaba un café con la pitonisa del cable. Se habían conocido en los inicios de la década del ochenta cuando compartían redacción en una revista de actualidad. Fernández se ocupaba de las investigaciones y Pilar de los sentimientos. Ella no era fea pero tampoco era inteligente; tenía sin embargo muchas ganas de vivir y eso la hacía seductora. Un día la llamó el director, le pidió que se sentara, cerró la puerta y le hizo una propuesta deshonesta. Le propuso que se hiciera cargo del horóscopo. La encargada de hacerlo, una profesional rigurosa, se había marchado dando un portazo y con un juicio laboral de por medio. Con la inflación creciente había que bajar los costos y Pilar era una aficionada a los astros. Si guardaba el secreto ante sus compañeros y buscaba un buen seudónimo, el director la libraría de otros trabajos más pesados.

Pilar, algo turbada por el asunto, no pudo con su alma y se lo contó a Fernández en un café de la esquina. Fernández se dio cuenta de inmediato que ella quería hacer los horóscopos y que sólo necesitaba un permiso interno. Dejó que se desahogara e hizo de abogado del diablo sabiendo que el diablo había metido la cola. A la semana, inspirada en manuales y libros especializados, Pilar redactaba los pequeños textos con cierta dificultad y también con cierto regocijo, y al mes parecía una experta absoluta en la materia.

La tarea, naturalmente, cambió su modo de mirar el mundo. No había advertido hasta entonces cuánto consultaban sus propios compañeros, a veces a las escondidas, ese horóscopo que venía impreso en papel ilustración todos los viernes. Hasta los más escépticos le pegaban un vistazo, y algunas chicas formulaban incluso planes domésticos a partir de esa sugestión inconfesable. Toda esta observación maravillaba a Pilar, que comenzó a prestar más atención

a las vidas personales de los redactores, diseñadores y fotógrafos que la rodeaban. Fernández no podía recordar el momento exacto en que se había iniciado el gran juego. Debió haber empezado a raíz de los dolores del alma que padecía una amiga suya que estaba enamoradísima de un crítico de arte. Él estaba casado pero en crisis, y no registraba los mensajes telepáticos que su enamorada le enviaba. Pilar escribió: *El amor que cambiará su vida puede estar muy cerca, sólo tiene que levantar la vista y encontrarlo*. Cuando el crítico leyó esas líneas no pudo menos que mirar alrededor y encontrarse con su silenciosa admiradora, que tipeaba inocentemente una página. Pilar insistió semana tras semana, utilizando distintos argumentos pero llevando agua para el molino de su amiga, hasta que una tarde él la invitó a tomar una copa y ella se pintó como una princesa.

Esa pequeña victoria regocijó a Pilar y la empujó en otras direcciones. Comenzó a horadar la coraza de un jefe tiránico que maltrataba a todos. Con pequeñas sugerencias astrales le fue indicando que su intemperancia no lo mostraba como un hombre poderoso y exigente, sino como un tipo débil y ridículo. No tardó mucho el jefe tiránico en volverse un tanto demagógico y dicharachero: a los dos meses la empresa lo trasladó, castigado, al archivo.

La pitonisa reconcilió a dos amigos que no se hablaban desde hacía varios años, le levantó la autoestima a una fotógrafa que había sido abandonada por su marido y alentó varios romances pasajeros entre cronistas y correctoras.

Falló, obviamente, con muchos hombres y mujeres que leían el horóscopo todas las semanas, pero que lo hacían para el olvido. En una fase posterior, pasado un año largo, Pilar se abocó sin embargo a las internas del diario, que le encantaban. Como un avezado ajedrecista fue moviendo imperceptiblemente las piezas, sembró cizañas, tendió trampas y profundizó el espíritu conspirativo. A una sagitario le decía *mejor cuidarse de los falsos amigos*. A un capricornio le sugería *ir a fondo con sus ambiciones*. A una pisciana le pedía *cirugía mayor*. A un géminis le aseguraba que éste era *el momento para dar el gran salto*.

Una de esas internas estuvo a punto de dejarla en la calle. La salvó una idea providencial: enamorar a uno de los caciques de la redacción. Se trataba de un cuarentón felizmente casado y extrañamente fiel. Se consideraba a sí mismo un hombre de “corazón precintado” y ostentaba una férrea voluntad por desdeñar las señales del amor y por echarle flit a las mujeres que le revoloteaban. Era una presa difícil.

Pilar realizó de inmediato una investigación de campo para detectar sus vicios y virtudes, sus pasiones personales y sus objetivos menos aparentes. Cuando tuvo el cuadro completo se dio cuenta de que era un gran hombre, y sintió por primera vez una fuerte y legítima atracción por ese corazón inconquistable. Fernández la vio abandonar todo lo demás para dedicarse día y noche a su presa. Ella utilizó, durante dos meses, todas las armas posibles de la astrología. Le decía *recibirás un regalo de alguien que puede ser la mujer de tu vida*. Y ese día Pilar le regalaba un libro. Le decía *un encuentro casual puede transformarse en una gran historia de amor*. Y ese día Pilar se aparecía de casualidad en su club de tenis. Le decía *atrevete a quitarte la cinta que envuelve tu corazón y aceptá una propuesta*. Y ese día Pilar lo invitaba a tomar unos vinos.

El cacique no se manifestaba indiferente a esos avances, mostraba incluso interés por esa chica tan vital, pero la situación no pasaba de un levísimo coqueteo y de un gris tan gris que podía entenderse como una amistad de baja intensidad o como una mera escalada de buen compañerismo. La verdad es que el hombre no cedía un milímetro, y que Pilar se había enamorado perdidamente. Fernández empezó a compadecerse de ella. La veía obsesionada, pendiente de cada gesto del otro, preguntando siempre por él, tendiéndole trampas astrales y menores, buscándolo por los rincones, probando de su propia medicina y llorando en casa. Llorando de rabia y de amor no correspondido.

Una interna azuzada por ella misma derivó en la remoción del director, en el despido de diez empleados y en la cancelación de la apócrifa sección “Horóscopos”. Para olvidar al hombre del corazón precintado, transida de dolor, la pitonisa ofreció sus servicios en una radio y negoció una indemnización. Desde entonces no había dejado de progresar en el mundo mediático, aunque Fernández ignoraba si se había recuperado de aquella experiencia.

Aquel tiempo imborrable en el que ella jugó a ser Dios y terminó de rodillas.

CUANDO CLARA CAMBIÓ A GENO

Se enamoraron porque no se parecían en nada. Ella era la vicepresidenta de una encuestadora española y él un bajista de jazz. Ella vivía en una mansión de San Isidro y él en un departamento de Barracas. Ella era formal y elegante, y él era desgreñado y transgresor. Ella era habladora y rápida, y él era lento y silencioso. Ella era ordenada y pragmática, y él era caótico y ciclotímico. Ella era amante de los deportes y la naturaleza, y él era sedentario y alérgico al sol. Se llamaban Clara y Geno, ella venía de dos matrimonios frustrados y él volvía de una catarata de convivencias confusas: se casaron a cielo abierto una noche primaveral de 1997.

Fernández, que había sido cliente de la encuestadora, asistió a esa boda con más fastidio que deseo, pero al rato notó el abismo que sobrellevaba la pareja despareja y sintió mucha curiosidad. A una determinada hora de la madrugada, Geno y su banda tocaron algunas versiones quebradizas de Benny Goodman y Charlie Parker, y Clara tomó el micrófono e improvisó un divertido monólogo sobre cómo se habían flechado a pesar de las enormes diferencias. La volvía loca, previsiblemente, aquella módica rebeldía que el músico exudaba. Fernández observó que los amigos y familiares de unos y otros aplaudían pero no se mezclaban nunca: pertenecían a tribus antagónicas y podía reconocérselas a simple vista por sus peinados, por sus ropas y hasta por la manera en que el champagne los achispaba.

La primera noticia que Fernández volvió a tener de los cónyuges fue cuatro años después, cuando la encuestadora le confesó al final de una reunión de trabajo que se acababa de separar. Se echaba la culpa de todo, estaba destrozada. Vistas en retrospectiva, las cosas no pudieron haber ocurrido de otra forma. Y empezaron a ocurrir en la mismísima luna de miel, que se hizo donde ella dispuso dado que le espantaba que él se hubiera perdido tantos lugares obvios y magníficos, tanto patrimonio de la Humanidad. A su regreso, Geno ya no usaba barba. Sólo le quedaba un bigote ramplón que lo hacía más atractivo pero menos inteligente. Seis meses más tarde se había cortado el pelo y le estaban arreglando la dentadura: aquellas piezas encimadas y amarillentas por la nicotina comenzaron a formar una blanca hilera perfecta a consecuencia de puentes, fundas e implantes. Clara cargó luego contra ese estilo agreste y lo hizo virar hacia un

elegante sport. Sus propias amigas, al principio cautas, lo veían ahora tan guapo y limpio que no podían resistir la tentación de flirtear con él. Geno se dejaba llevar, entre divertido y maravillado, por tantas transformaciones. Clara comandaba esos experimentos con amor legítimo y tenacidad de madre. Le estaba cambiando la vida, y le gustaba mucho ese papel de maestra y diosa bienhechora.

No quiso, en esa misma línea, que Geno siguiera tocando en tugurios y le instaló un estudio impresionante en el subsuelo de su casa, adonde los otros músicos iban a ensayar, primero extasiados por la tecnología, luego a regañadientes por esa asepsia naif de zona norte y al final irritados por la simple envidia. Un día le plantearon a Geno que ese "quirófano" pasteurizaba el jazz, y que abandonaban esa locación o se desintegraban. Finalmente se desintegraron, y Clara convenció a su marido de que ingresara al Conservatorio Nacional. Luego, por supuesto, introdujo a Geno en la cultura del gimnasio y la vida sana. Modificó completamente sus horarios, sus hábitos alimenticios y sus expectativas. Y lo arrastró a los campos de golf, donde lo convirtió en un adicto, y a las pistas de ski, donde acusó varias heridas. En esos ambientes, el bajista de Barracas conoció a hombres de negocios que lo tentaron lúdicamente en largas sobremesas con inversiones exóticas y ganancias fáciles. Geno entró en el casino financiero como una adolescente en un lupanar, pero con el tiempo le tomó el gusto al juego: la plata puede ser una pasión más absorbente que cualquiera. La plata sustituyó a la música en el universo sensorial de ese hombre dispuesto a cruzar los límites y a cambiar hasta los vicios. Sus parientes no lo reconocían y aunque, en un principio, les había caído bien la mano protectora de Clara, a los tres o cuatro años ya la odiaban con activa militancia.

Nunca pudieron tener hijos, y cuando la encuestadora se propuso pasar a los tratamientos especiales, el ex bajista se resistió por primera vez a una orden. Se había establecido entre ellos, para entonces, un leve desgano. La negativa sorprendió tanto a Clara que comenzó a verlo con otros ojos. Él se estaba convirtiendo en ella, y había cada vez más discusiones en casa. Pero no discutían por diferencias, sino por rivalidades. Clara le dijo a Fernández que allí había comenzado la "etapa del envenenamiento". Fueron envenenando paulatinamente la convivencia. Hubo algunos griteríos y pujas, y sobre todo largos y rutinarios silencios. Clara se dio cuenta de que para ella él había perdido el viejo encanto. Y viceversa.

Una noche, al volver de un viaje a Londres, la encuestadora no lo encontró por ninguna parte. Habían desaparecido su ropa, sus instrumentos y su bicicleta fija. Geno, que había dejado la ciclotimia,

acababa de abandonar a su mujer sin explicación alguna. Clara estuvo buscándolo por teléfono varios días, humillándose ante sus propios amigos, y llorando por los rincones. Creyendo por un momento que había regresado a su antigua vida, lo buscó también por los viejos tugurios y por Barracas. A la semana, recibió una carta suya desde Nueva York. Era una carta de despedida. Un texto más escueto que elocuente, que terminaba con una frase paradójica: *No pensábamos lo mismo.*

—Claro que no pensábamos lo mismo —decía Clara, enojadísima —. ¡Y esa era la gracia, imbécil! Esa era la gracia.

En el diván de su terapeuta fue canalizando su ira, aceptando sus errores y domesticando su depresión. A pesar de que ya había pasado por el fracaso matrimonial, nunca había sufrido tanto. Adelgazó diez kilos, comenzó a tomar ansiolíticos y antidepresivos, tuvo un accidente con su auto, se desmayó una tarde en un pasillo del Hilton, perdió dos o tres clientes de peso y su socio español le sugirió que se tomara un año sabático. Fernández no volvió a verla hasta el 2004, pero supo que al final ella vendió su parte y que se retiró a las sombras. Nadie la vio nunca más en el circuito de las consultoras y muchos creían que se había ido del país. Pero de pronto un amigo de un amigo vinculado a la crítica de arte le dijo a Fernández que ella estaba pintando. Fernández no quiso creerlo, pero un día recibió una invitación para una pequeña muestra. No pudo perdérsela. Era una salita más bien modesta, en el Village de Recoleta, y el vino y el jazz de fondo resultaban lo único de verdadera y legítima calidad: Clara era nada más que una empeñosa amateur con plata. Sus pinturas eran sombrías, y sugerían desencuentros y atracciones y polos opuestos. Lo más sorprendente, sin embargo, no era su obra sino su aspecto: le costó a Fernández reconocerla con el pelo largo hasta el coxis, envuelta en una camisola hippie y tocada por un sombrero bohemio. Cuando se acercó para saludarla le pareció que sus dientes estaban levemente amarillentos por la nicotina: ahora fumaba en boquilla de oro. En lugar de hablarle de sus cuadros, la ex encuestadora le dijo, entusiasmada: *¿Adiviná con quién cené anoche? Estamos volviendo*.

LA GUERRA DE LOS DIVANES

Se parecía muchísimo a Fernández: tenía cuarenta y pico, padecía la enfermedad de no creer en nada y buscaba refundar su vida. Sin embargo, los diferenciaba algo central: Pacheco se había enamorado de su amante y quería casarse con ella. Gerente de una multinacional, sin hijos, muy lejos de la andropausia, con muchas horas de gimnasio y buena presencia, Pacheco era un buen candidato en el mercado de los hombres solos. Recién separado se dedicó a tener muchos amoríos, pero conoció el amor en los prefacios del divorcio. Cuando éste finalmente quedó firmado en un juzgado civil, el amigo de Fernández sintió los irrefrenables deseos de repetir el error. Le propuso a la señorita Pazos boda, pompa y circunstancia.

Los había presentado el propio Fernández: Pazos era una secretaria ejecutiva de una empresa de servicios, y había vivido en tortuoso concubinato con un escritor de folletines durante más de una década. Luego había roto esa relación, había hecho el duelo y se había puesto siliconas: era una chica de buen ver. Cuando Pacheco la conoció en la intimidad y en la penumbra, y comprobó que había química entre ellos, sintió un pinchazo en el corazón y la quiso para siempre. Ella, sin embargo, tenía buena memoria, sabía lo que era equivocarse con la pasión y conocía también los frutos amargos que acechan en la convivencia. De modo que se entregó a los fuegos de Pacheco, pero sin quitarse el traje de amianto.

Vivieron realmente un incendio. La ciudad era un mapa de sus paseos, de sus falsas rupturas, de sus fogosas reconciliaciones y de sus juegos de seducción. Todas las mañanas, Pacheco la llamaba desde el auto y le preguntaba:

—¿Cómo viniste vestida hoy, corazoncito?

—Con el vestido azul —le respondía ella.

—Me encanta ese vestido. ¿Y qué te compraste para mí?

—Me compré un deshabillé de seda y una sorpresa.

Se buscaban y se encontraban cada día, y a veces amanecían juntos en cualquiera de sus dos casas. Pero ella se iba rápido con cualquier excusa o le pedía que él se marchara porque tenía que hacer un trámite o recibir a su madre, a quien la señorita Pazos no le había contado nunca nada. Pacheco, en cambio, le contaba a todo el mundo que estaba saliendo con “la mujer de su vida” y que buscaba una segunda oportunidad: *¿Sabés lo que quiero, Fernández? Quiero que se*

encienda de nuevo la luz y que todo comience de vuelta. Todo a estrenar: piel, anécdotas, familias, amigos, paisajes, costumbres. Todo.

A la señorita Pazos esos desbordes la llenaban de fascinación y de miedo, en dosis bastante parejas. Era irresistible ser amada tan torrencialmente, pero también resultaba inquietante que ese huracán arrasara con el confortable buque que por fin ella había logrado construir, penosamente y día tras día, utilizando los restos maltrechos del anterior naufragio. Cuando las asimetrías del amor se hicieron tan evidentes entre ellos, la secretaria ejecutiva se sintió vulnerable y volvió a terapia. Su psicóloga era una cincuentona de ropa ajustada y cirugía mayor que se había vuelto una verdadera experta en mal de amores. Rápidamente tomó las riendas del carro y le dijo lo que su paciente quería escuchar: *Usted ya no puede volver atrás. No intente poseer y así no será poseída*.

Cuando la secretaria, aliviada como nunca, le contó a su amante esos consejos, Pacheco montó en cólera. No pudo resistir la tentación de refutar los dichos de la psicóloga y tampoco de enviarle duros mensajes a través de la señorita Pazos. *Decile que él confunde la pasión con el amor, y que sus verdaderos deseos se circunscriben a la testosterona y le hacen ver espejismos,* le devolvió la cincuentona.

Pacheco sentía dos cosas: el hostigamiento permanente de la psicóloga y el silencio cómplice de su novia. Fernández le recomendó que él también hiciera terapia. Pacheco buscó a un lacaniano y le pidió que lo defendiera. El analista extrajo rápidamente una cita de Lacan para la ocasión: *El amor verdadero siempre es correspondido porque nadie puede resistirse al tremendo halago que significa la entrega incondicional del otro*.

El gerente y la secretaria ejecutiva tomaron por costumbre eludir la discusión cara a cara y utilizar a sus psicólogos como voceros de sus pensamientos. Era una costumbre malsana, puesto que llegaban a narrarse detalladamente las sesiones el uno al otro, y luego se las reproducían a sus psicólogos. En seguida se desató la sutil guerra de los divanes y los pacientes pasaron a ser voceros de sus terapeutas. En ocasiones, también en correos del zar, ya que los psicólogos se enviaban fotocopias de libros para enmendarse la plana. Los profesionales se odiaban desde la vanidad de la teoría y los amateurs miraban el enfrentamiento como se mira un partido de tenis, pero con el corazón en un puño.

Las refriegas psicoanalíticas llegaron a tal nivel que un día la señorita Pazos rompió a llorar y le rogó a la cincuentona que hiciera algo urgente porque no podía seguir sufriendo. La cincuentona le sugirió a la secretaria que le pidiera al gerente que le propusiera al

lacaniano un encuentro de colegas, en un lugar neutral, para poner reglas nuevas y para zanjar una cuestión que a todos se les había ido un poco de las manos. El lacaniano aceptó y hubo un encuentro frente a frente, una especie de reunión de Yalta cuyos resultados los novios esperaban con aliento contenido.

El lacaniano se reunió esa misma tarde con su defendido y le dijo que la señorita Pazos tenía algo de razón: *Hay mujeres que no pueden ser poseídas jamás, y uno debe adaptarse a ellas. Tendríamos que replantear algunas cosas, siempre manteniendo la idea de la entrega, que como señalaba Lacan es tan fundamental en el amor*. La psicóloga de la secretaria ejecutiva le dijo, por su parte, que el lacaniano no era un improvisado ni tenía animadversión por las mujeres, como al principio parecía, pero que la señorita Pazos debía mantenerse inconquistable, defendiendo su libertad a cualquier precio.

En Yalta convinieron que sus pacientes mantendrían hermetismo y privacidad sobre el contenido de las sesiones, de manera que la vida continuó pero lo hizo con sonoros silencios. A medida que la señorita Pazos recuperaba la alegría y la independencia, Pacheco se iba hundiendo en la ansiedad amorosa y en el pesimismo. Le pareció, por un momento, que Lacan había escrito sus obras completas únicamente para hundir sus pobres argumentos de hombre enamorado. Y al cabo de un tiempo ocurrió lo previsible: empezó a perseguir desbocadamente a su novia hasta hartarla, y la señorita Pazos le escribió una carta final en la que le anunciaba que no quería seguir adelante.

Se citaron en un café de San Telmo, por última vez, y Pacheco lloró, apretó y pataleó, pero perdió al final la batalla. Ella, compungida porque lo había querido mucho, se mantuvo en su decisión y se despidió diciéndole que era maravilloso. Pacheco abandonó la terapia, caminó durante meses sobre su propio dolor, engordó diez kilos y pidió un traslado a la filial de Lisboa.

Antes de irse le contó a Fernández que un día, vagando por Recoleta, había visto a los dos psicólogos tomando una copa juntos. Pacheco se quedó parado en la vereda, mirando desde afuera los gestos del lacaniano y la cincuentona, que se sonreían en la barra. El lacaniano le compró una flor a un vendedor ambulante y ella le acarició brevemente la mejilla.

LA NOVIA DEL OLVIDO

Laura era pechugona, pelirroja e ingeniera informática, en ese particular orden de las cosas, y había sido novia de Fernández durante dos meses de 1978. Luego habían cultivado una larga amistad de vagas ausencias. Cuando se encontraron a cenar en un restaurante de la Costanera y él vio que ella venía ceñida, escotada y un poco alegre, que pedía dos daikiris para empezar y que le elogiaba el saco, Fernández le dijo: *Laura, dejate de joder, ¿qué te pasa?* Y entonces ella se largó a llorar.

—Se me nota desesperada, ¿no? —dijo entrecortadamente, con la cara mojada—. Perdoname, busco a cualquiera. Estoy tratando de borrar y escribir arriba. Estoy tratando de olvidar y no puedo. ¡Te juro que no puedo!

Fue una noche de llantos, y después Fernández la llevó a su casa y la llamó por teléfono cada vez que pudo para ver cómo estaba y para darle ánimos. Laura no le había contado a nadie, hasta entonces, que había salido seis meses con un hombre casado. Aunque "salir" era un verbo un tanto benigno. La verdad es que habían tenido un romance visceral y absorbente, una suerte de doble vida vivida minuto a minuto en la clandestinidad, a la hora de la siesta, y con llamadas, cartas, e-mails y señales de humo. De lunes a viernes, desde la mañana hasta la noche, los dos se arreglaban para encontrarse, seguirse y mantenerse en esa cuarta dimensión que siempre forma el amor prohibido. Él se llamaba Carlos y era contador público nacional, y decía que su matrimonio se estaba yendo a pique. Ella venía de una vieja separación y se enamoró rápidamente de aquel hombre noble. Carlos la acompañaba en el sentimiento y la pasión lo nublaba todo. Como decía Nietzsche: *El amor es el estado en el que el hombre ve más las cosas como no son*. Creyeron ambos que el barco llegaría a buen puerto y que estaban construyendo algo serio, pero un día Carlos se dio cuenta de que no tenía reproches para hacerle a su esposa y que, antes de cometer un "error imperdonable", debía darle una última oportunidad. Laura se quebró al saberlo. Le dijo, con bronca contenida, que no podía haber esperanza alguna entre los dos y que ella no podía esperarlo en el banco de suplentes, y le pidió que no la llamara ni le escribiera jamás un e-mail. No quería aferrarse de una palabra, por mínima que fuera, y hacerse ilusiones. Se despidieron con un beso en la mejilla y Laura estuvo dos días llorando, sin ir a trabajar

y revisando una y otra vez el correo electrónico en busca de un mensaje de Carlos. Un mensaje que dijera, aunque más no fuera, "te extraño" o "comprendo tu dolor". Pero él se había tomado seriamente el pedido de ella, y sólo había silencio.

Al volver a la oficina, Laura sintió por primera vez el síndrome de abstinencia. Carlos se había transformado en una droga dura, y su ausencia le colocaba un obelisco en el estómago y un temblor en la boca. Miraba a cada rato el reloj y, como conocía tan al detalle la rutina del contador, lo imaginaba momento a momento, y tenía que atarse las manos para no escribirle ni para marcar su número. No podía sacárselo de la cabeza. Creía verlo cruzando una calle o viniendo por un pasillo. Revisaba obsesivamente el correo de su computadora, en el trabajo y en casa, y atendía el celular y el directo con gran apremio, esperando escuchar su voz. Ni su figura, ni sus líneas ni su voz llegaban, y ella pasaba el día penando y la noche en vela. A veces imaginaba que Carlos había cerrado con llave y que Laura había quedado en la intemperie de la calle, dudando entre tocar el timbre o tirar la puerta abajo. Su terapeuta le explicó que nada de eso servía:

—Solo sirve que Carlos, sin la menor influencia, abra la puerta desde adentro y te pida que pases. Y eso puede no ocurrir nunca, o a lo mejor ocurre cuando vos ya estás en otro lugar. Vos, Laura, tenés que estar en otro lugar, no podés quedarte esperando en el umbral, muriéndote de frío. Despertate, Laura. Te dejaron. ¡Se acabó! Aceptalo.

Laura lo aceptaba con la mente, pero no lograba que esa idea monstruosa le bajara al cuerpo. No podía aceptar que sólo quedaba el dolor, y que debía hacer el duelo, y que debía caminar descalza sobre esos vidrios molidos hasta olvidar. *No pienses en un canguro a lunares y medias de lana rojas*, le decían de chica. Claro, era imposible no pensar en eso. Y entonces pensaba y pensaba, y revisaba lo que había salido mal. Una y otra vez hasta el insomnio y hasta el infinito. La terapeuta le dijo: *Vas a ver que un día se van a ir los fantasmas y que el dolor va a pasar a ser una herida, y después una lesión, y al final una molestia en días de humedad. Lo que queda entonces es el resplandor de lo que viviste. Los momentos maravillosos. Ese resplandor no muere nunca. Te lo llevás con vos para siempre*. Una amiga, más pragmática, le soltó: *El corazón es un recipiente, sólo un nuevo amor puede desplazar a un viejo amor, Laurita. Es física pura. Salí y empezá a circular. Usá la pechuga, teñite de rojo. ¡Y levantate a un tipo, por el amor de Dios!*

La amiga de Fernández usó la pechuga varias veces, pero siempre volvía a su computadora, siempre se encontraba a sí misma frente a su

correo electrónico esperando patéticamente un milagro. Pero el milagro no se producía, y así iban pasando los días, las semanas y los meses. Laura trató de volver a la universidad y tomó clases de pintura y de danza, y practicó yoga para recuperar energías y body combat para descargar adrenalina: quería ocupar hasta el último minuto de su escaso tiempo libre. Intentó, en el camino, odiar sinceramente a Carlos, pero nunca pudo conseguirlo, y buscó otros hombres que se le parecieran. Como no encontraba a ninguno, se conformó con un empresario de pompas fúnebres que resultó estar muerto, y luego con un oficial de Caballería a quien le gustaba usar la fusta. Y más tarde con un odontólogo que coleccionaba bonsáis y llaveros. Ninguno daba con la talla de Carlos. Cuando estaba con ellos, Laura los oía pero no los escuchaba. Sólo escuchaba aquella vieja música de su voz, y recordaba la tersura de sus manos y el suave aleteo de sus besos.

En un momento, sin embargo, sus amigas que la rodeaban como deudos le presentaron a un pediatra poco agraciado, pero de una sinceridad conmovedora: se reía de sí mismo y la hacía reír mucho a ella. Hacía siete meses que la ingeniera informática no se reía con todo el cuerpo. En la tercera cita, el pediatra le pidió perdón por el exabrupto y le confesó que estaba completamente enamorado. La amiga de Fernández tenía las defensas altísimas, después de tantos sufrimientos, así que lo mantuvo a raya todo lo que pudo. Pero pudo poco porque el pediatra le enumeró un día los hilarantes defectos de ella, y le explicó al final que esos defectos eran majestuosos. Que la amaba por los defectos también, y Laura no pudo menos que entregarse. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Experimentaron sesenta días increíbles, apenas ensombrecidos porque la pelirroja no se atrevía a ponerle un nombre a ese sentimiento pasional. Ese sentimiento se parecía tanto pero tanto al amor que sólo un experto podría notar las diferencias. Aquellos entresijos la mantuvieron alejada de su hiriente memoria, y una mañana advirtió, con asombro, que no extrañaba más a Carlos. Era un sábado luminoso y tuvo una sensación de plenitud inenarrable. El sábado siguiente, al volver despreocupadamente de una caminata, se encontró con un mail del contador. Decía simplemente: *Te extraño*.

LA PACIENCIA DEL RELOJERO

Cuando Fernández tomó el tren en Béccar le pareció que viajaría parado hasta Retiro, pero una mujer se bajó de pronto en la estación siguiente y quedó a su disposición un asiento inesperado junto a un anciano de barba blanca, camisa leñadora y tiradores. Fernández se acomodó al sol y se dispuso a disfrutar del viaje. Pero el anciano no lo dejó en silencio.

—¿Va a trabajar, jefe?

—Sí —respondió Fernández.

—Se nota —acotó. Tenía una voz extrañamente agradable—. Por la pilcha, digo.

Fernández asintió con una sonrisa y luego cerró los ojos como si fuera a echarse una siesta. Ganas no le faltaban.

—Yo tenía una novia en Béccar —dijo entonces el anciano. Y Fernández abrió los ojos—. Fue allá por el 72 o el 73, creo. Se me confunden los años. Sí, creo que fue en el 72. Yo, por supuesto, estaba casado. Imagínese.

—¿Casado? —repitió Fernández con cierta incredulidad.

—Los dos estábamos casados, pero igual nos pusimos de novios. —El anciano miraba por la ventanilla. Fernández miró a los dos pasajeros que dormitaban enfrente: una chica metida en la somnolencia de sus auriculares y un tipo que cabeceaba con un libro de management.

Como Fernández no reaccionaba, el anciano se contempló las manos manchadas de vejez y siguió hablando:

—La conocí en una fiesta del Centro Lucense. Al principio no me pareció linda. Sólo agradable. Pensar que luego me parecía la mujer más linda de la Tierra. Pero, bueno, usted sabe cómo es este asunto del amor. ¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y cinco.

—Yo tendría más o menos lo mismo. Y le digo la verdad: tenía un agujero acá, en el pecho. Andaba pésimo y no sabía por qué. A mí no me iba mal: mi mujer era buena, mis hijos estaban creciendo, tenía un buen laburo. Soy relojero, ¿sabe? Siempre me di maña. Todo parecía que estaba perfecto y que tenía que darme por muy contento. No sé si usted se sintió así alguna vez...

—No, nunca.

—Tiene suerte, pero igual me va a entender. Un día vamos con

unos amigos al Centro Lucense para festejar una despedida de soltero, y salgo a bailar con ella. Yo jamás fui un picaflor. No sé, no me daba por ahí la cosa, ¿sabe? Pero ella era tan joven. No, no era una pendeja. Tenía pocos años menos que yo. Pero era joven, ¿me entiende? Una chiquilina. Una mujer muy mujer, madura, con cabeza, pero a la vez una chiquilina. Puf, cuando me di cuenta de que se podía ser todo eso a la vez me enamoré, amigo. Me metí hasta el caracú. ¿Le pasó a usted? Digo, de enamorarse así, perdidamente.

—Dos o tres veces.

—Uno se vuelve ciego, ¿no? Es algo que da miedo. Se levanta de noche, y le enflaquece el cuerpo y le da por escuchar canciones y cree que todas fueron escritas para uno.

Un vendedor de lapiceras Parker entró en el vagón vociferando y el anciano sacó un reloj antiguo de su bolsillo y le pegó un vistazo. Después miró de reojo a Fernández y se rascó la barba.

—Es increíble cómo pasa el tiempo —dijo enigmáticamente, y guardó el reloj. Parecía un poco fatigado—. Bueno, ella resultó más sensata que yo. Un romance anterior la había dejado herida y a la defensiva, y la verdad es que no quería sufrir. Entonces me decía que me quería, me lo decía sinceramente y con ardor, ¿vio? Pero luego me daba a entender que me quería como hasta ahí nomás. Que también quería a su marido, y que en realidad no sabía en el fondo de su corazón si estaba enamorada. ¡Eso a mí me enloquecía! ¡Me ponía de rodillas, señor! ¿Estuvo alguna vez de rodillas usted?

—Sí, alguna vez.

—Es muy feo, muy feo. —El anciano sacó un pañuelo de otro bolsillo y se lo pasó por la frente—. Porque uno se siente desnudo, atormentado. El amor es una celebración, ¿vio? Pero sólo se puede celebrar de a dos. Cuando uno se entrega y el otro se refugia, mamma mía, parece que te arrancan la carne con una tenaza. Tuve que aprender mucho para sobrevivir, amigo. Muchísimo.

Se mantuvieron callados un buen rato, mientras pasaban las estaciones y pasaban también discapacitados ofreciendo gangas y pidiendo limosnas. El relojero puso sus pulgares en los tiradores y dijo de repente algo, cuando parecía que ya no tenía nada más que decir:

—Ella me pedía que yo dejara de pensar todo con la cabeza y que me dejara guiar sólo por el corazón. Que siguiera mis instintos. Que la quisiera mucho, que le tirara con munición gruesa, que le ofreciera casamiento. Le encantaba todo eso. Pero cuando yo lo hacía, su mundo temblaba y se ponía en peligro, y ella se volvía atrás y me dejaba colgado. Colgado de un pincel.

El tren estaba entrando en la zona de Retiro. El viejo se quedó otra

vez en silencio, mirando las torres lejanas. Fernández se puso de repente ansioso. En cualquier momento entrarían en la estación y bajarían en el andén, y aquel viejo se llevaría el final de la historia como la ballena blanca se llevó para siempre al capitán Ahab.

—¿Y qué pasó con su novia? —le preguntó de pronto, y se sintió ridículo.

El anciano lo miró un segundo y le palmeó la pierna.

—Le voy a dar un consejo, amigo —dijo—. Un consejo paternal.

El tren frenó y se abrieron las puertas, y el anciano y Fernández se pararon juntos entre la corriente de pasajeros que los arrastraba. Salieron al andén y caminaron. Fernández iba con la boca seca. El anciano caminaba rápido y decidido, sin mirar atrás. Cuando cruzaron la zona de los molinetes, el viejo le dijo al joven:

—Le voy a dar un consejo. No quiera saber qué fue de ella. No quiera saberlo nunca. No tiene importancia.

—¿Cómo no va a tener importancia?

—Hay mujeres que son como las golondrinas.

—¿La perdió?

—También le voy a dar algo porque sé que puede servirle.

Fernández, con el ceño fruncido, se quedó esperando algo. Pero el viejo solamente le palmeó el brazo. Luego dijo:

—Me tengo que ir. Lo que le dejo es la paciencia. Si alguna vez le pasa algo parecido es lo único que va a servirle, créamelo. Lo único. Que el tiempo pase y pase, y que usted aprenda.

Ya estaban en la calle. El anciano se subió a un colectivo y se esfumó en su propia sombra. Fernández se metió las manos en los bolsillos del saco, pensativo, y descubrió en el fondo el antiguo y reluciente reloj.

El periodista sintió un cierto desasosiego en los días posteriores: tenía una historia trunca y un regalo que no merecía. Se le hizo costumbre tomar un capuchino en “Café-Café” todas las tardes mientras leía libros de Historia y espiaba a los pasajeros que bajaban del tren y cruzaban el ruidoso vestíbulo. Una de esas tardes, mientras estaba completamente abstraído en una batalla naval del siglo XIX, sintió la inminencia de alguien. Era el viejo relojero, que le golpeaba el vidrio. Fernández lo hizo pasar y lo invitó con una copa. El viejo aceptó una caña. Tenía una sonrisa amplia y lúcida.

—Yo era la pasión y el amor incondicional; su marido era el amor sereno y la garantía —dijo sin demasiados preámbulos—. Cuando su marido vio que la perdía, reaccionó y ella se dio cuenta de que nunca había dejado de amarlo, ¿me entiende?

—¿Y qué hizo usted?

—Lloré, señor. Lloré mucho. Mucho tiempo. Me fui olvidando. Fui volviendo a mi mujer. Volví a enamorarme, llevé una buena vida.

—¿Y qué hizo ella?

—Ella extrañó. Volvió a engancharse con el marido. Y fue muy feliz.

—Y un día volvieron a verse.

—En una tanguería de Palermo, señor. Fue de casualidad. Le aseguro que era una vieja hermosa. No había dejado de ser una chiquilina.

—¿Y qué pasó?

—Los años. Habían pasado veinticinco años. Pero descubrimos que nunca habíamos dejado de querernos. ¿Puede creerlo?

—No.

—Créalo. Éramos viudos. Nos casamos. Pero yo siempre le digo que no puedo asegurarle ciento por ciento que esté enamorado de ella.

—Y ella no le cree. Es una buena historia.

—¿Vio que la paciencia tiene un premio?

Fernández, en una breve pero sentida ceremonia, le devolvió su viejo reloj de bolsillo.

UNA TIERNA AMISTAD ENTRE MUJERES

Hubo un tiempo, allá por el remoto 1977, en que Fernández las llevaba a bailar todos los sábados a GEBA. Las dos estudiaban en un colegio de monjas de Palermo Viejo y todos les decían "las hermanas". Se hicieron amiguísimas en la secundaria, a los catorce años, y desde entonces se sentaban juntas, vivían una en la casa de la otra, se ayudaban con las materias y con los primeros novios, y se mostraban idénticas e incondicionales.

No eran, por supuesto, idénticas. Caro era morocha, cerebral y sobresaliente. Vivi era rubia, despreocupada y creativa. Pero estaban tan unidas que se contagiaban los giros y los gestos, se imitaban el tono de voz, se copiaban los peinados y los pasos de baile, y se intercambiaban los vestidos.

Fernández les presentó a Roli en los bailes de carnaval de 1978, y Caro emitió leves señales de atracción fatal. Roli era un rugbier de ojos azules que podía elegir porque todas las chicas de la zona estaban a sus pies. Vivi asesoró a Caro en la cacería, pero el pez era demasiado grande y siguió de largo. Eran adolescentes: Caro olvidó rápido y se abocó a otros chicos, y al año el rugbier no era ni siquiera un recuerdo.

Una noche, a la vuelta de unas vacaciones de Gesell, Vivi sentó a Caro en la cama de su cuarto y le contó que se había encontrado con Roli en el centro, que habían paseado por la playa y que una noche le había dado un beso en la boca.

—No pasó nada más, porque yo me fui al mazo, pero me sentí mal y quería contártelo. No te molesta, ¿no?

—No —dijo Caro—, cómo me va a molestar esta estupidez. ¡Si ya ni me acuerdo de la cara de ese energúmeno!

Esa noche no pudo dormir. Se sentía dolida y traicionada, y a la vez culpable por pensar mal de su amiga, e indignada con ella por caer en la tentación, y deprimida consigo misma por ser tan poca cosa. Por la mañana, decidió que no podía rebajarse a comentar su dolor y que debía sobrellevarlo con dignidad. Lo sobrellevó en silencio, sin decir nada, y el tiempo fue curando esa pequeña herida de vanidad hasta que la disolvió por completo. Beneficiaron esa cauterización los sucesivos romances de Caro y los fracasos amorosos de Vivi, que sufría y se equivocaba de hombre con gran facilidad. Siempre estaba Caro para sostenerla y para apiadarse de su amiga. Caro era rígida y Vivi

era flexible. Hicieron juntas el ingreso a la Facultad de Ingeniería, pero al año la rubia se pasó a los claustros de Arquitectura, y "las hermanas" tomaron algo de distancia. Aun así cuando Caro perdía, que no era seguido, Vivi la compadecía y ayudaba, y viceversa. Esos eran los mejores momentos entre ellas: ser amigos en el fracaso es fácil, lo difícil es ser amigos en el éxito. El éxito trae competencias soterradas y envidias inevitables.

Cuando se recibieron, la clásica rivalidad entre arquitectos e ingenieros las alcanzó, aunque de un modo larvado e inconfesable. Sin decírselo nunca cara a cara, las chicas se acusaban mutuamente de "falta de imaginación" y de "falta de rigor". Ella no vuela, ella vuela demasiado. Ella es puro sueño, ella es puro cálculo. Saldaban esas diferencias, que jamás se imputaban para no hacerse doler, criticando con dureza a los maestros mayores de obra y a los decoradores de interior.

Caro conoció a un ingeniero y se casó por iglesia. Vivi conoció a un poeta y se fue a vivir a un sótano. La morocha creció económicamente y la rubia tuvo que hacer de todo para salir del pozo. Pero Caro tenía un matrimonio tormentoso, y Vivi tenía un matrimonio idílico. Los hijos de ambas se detestaban, pero ellas eran madrinas cumplidoras y mantenían los ritos de la mejor amistad. Caro se separó del ingeniero y Vivi la acompañó en todo ese doloroso proceso. Luego Caro se hizo los pechos y comenzó una nueva vida, y Vivi se quedó en casa teorizando contra las siliconas.

La morocha, ya divorciada, comenzó a minar sutilmente las seguridades matrimoniales de Vivi. Algo podrido, después de tantos años, tenía que estar gestándose debajo de aquel aparente mundo perfecto. En plena crisis de los cuarenta, Vivi dudaba si su "hermana" no tendría algo de razón, y luego se daba cuenta de que esos comentarios insistentes formaban parte de los deseos ocultos de la morocha: Caro quería que fracasara como ella misma había fracasado. Necesitaba que volvieran a estar parejas.

Jamás discutieron en treinta y un años de amistad, ni por el más mínimo asunto. Y se defendían como verdaderas leonas ante terceros. Pero era obvio que se vigilaban de reojo y que se medían todo el tiempo, y que recelaban la ropa y la figura, y los modos en que conducían sus vidas.

Cuando rondaban los cuarenta y cinco fueron invitadas a una fiesta en los salones de GEBA organizada por varias promociones de cuatro o cinco colegios de Palermo, Colegiales y Belgrano. Se trataba de un baile informal con cena y sorpresas, y Fernández asistió en ridículo saco y corbata. El disc-jockey reproducía las viejas canciones, y

bailarines levemente ajados reproducían las viejas piruetas. Había hombres y mujeres que habían hecho un pacto con el diablo. Y también chicas que se habían convertido en señoronas y muchachos que se habían transformado en sus padres y que daban un poco de pena. Algunos alumnos que habían sido serios en la juventud se habían convertido en excitados libertinos de última hora. Y corrían por las mesas y por la pista la caipirinha y el champagne junto con la electricidad erótica.

"Las hermanas" conservaban la piel, las curvas y el charme. Una vestía de azul y la otra de granate, y cuando entraron juntas del brazo recibieron besos y rechiflas de admiración. Caro tenía una belleza marchosa, Vivi una belleza espontánea. Fernández les fue a buscar un trago y conversó animadamente con las dos. Vivi se tomó seis caipirinhas en una hora, Caro no terminó su copa de champagne. Bailaron temas de Bee Gees y de Chicago, y a la medianoche hubo un número vivo, y también varios vivos que tomaron el micrófono y comenzaron con juegos pícaros de secundaria. A la una, Vivi fue coronada por aclamación como *la chica más infartante de la noche* y tuvo que agradecer en público y someterse a un reportaje irónico. Completamente borracha respondió barbaridades y calificó con dureza a sus ex compañeros. Le dio "el premio limón" a su amiga Caro, por ser *controladora y un poco agreta*, y siguió haciendo papelones durante un rato hasta que el disc-jockey se apiadó de ella y puso un tema de Led Zeppelin.

Fernández notó dos cosas a la vez: Caro había desaparecido y Vivi estaba mareada y pálida. Tomó a la chica vacilante y la sentó en un cantero. Vivi lloraba y Fernández le pidió a un mozo un café doble bien caliente. *¡Se convirtió en una máquina!* —decía la rubia—. *Toda perfectita y envidiosa. Me trata como a una fracasada, me quiere manejar la vida. ¡Y nunca se le ocurrió una idea! ¡Nunca!* Fernández le pasó un brazo por sobre el hombro y la tuvo media hora a moco tendido, secándole la cara con una servilleta. En un momento, Vivi se tomó del estómago y le dijo que tenía ganas de vomitar. Fernández la acompañó hasta el baño de damas y la esperó en el jardín. Vivi vomitó la cena, las caipirinhas y las tristezas histéricas de esa noche, y se quedó sentada en una silla, con las piernas torcidas y unas ojeras de muerta. De repente escuchó que la puerta cerrada de un retrete se abría y que se precipitaban desmañadamente afuera Caro y un galán maduro de ojos azules. Caro llevaba el vestido azul arrugado y sin un bretel, el pelo negro revuelto y el maquillaje corrido. El galán se parecía muchísimo a Roli, el rugbier energúmeno de antaño. Roli la miró un segundo, con el picaporte en la mano, y le dijo: *Qué cambiada*

que estás, Vivi. Y luego hizo mutis por el foro. Caro se acercó al espejo, sacó de su diminuta cartera un cepillo y un lápiz labial, y comenzó a adecentarse. Lo hacía en silencio, sin emitir comentario alguno. Cuando llegó al rouge miró de reojo a su amiga y le preguntó, con voz adolescente: *No te molesta, ¿no?*

UN ATLETA DE LOS SENTIMIENTOS

Dardo era el héroe mítico de Fernández. Practicaba el difícil arte del diseño gráfico, enamoraba a todas las mujeres y afirmaba con naturalidad que el amor no existía. A Fernández no se le daba el diseño, ni era un mujeriego ni descreía del sentimiento más noble, pero de joven le fascinaba que alguien pudiera llevar adelante esa vida con total felicidad, y se divertía escuchando sus desaprensivas hazañas.

El diseñador se dedicaba a tocar timbres: coqueteaba todo el tiempo con todas. Era alto y apuesto, tenía aplomo varonil y un hado irresistible de artista libertario, y en sus redes industriales quedaban atrapados centenares de peces gozosos y ciegos.

Su gran atractivo, sin embargo, radicaba precisamente en el carácter inconquistable que transmitía. Las mujeres intentaban acampar en su casa, o volver seguido a ella. Muchas buscaban enamorarlo para siempre y regenerarlo, y ponían increíble empeño en ese desafío supremo del ego femenino. Pero Dardo despedía sin pestañear a todas y a cada una, y tenía para sí mismo un código inquebrantable: *Cuanto más te gusta, más rápido tenés que sacártela de encima. Hay un túnel interno que comunica los pantalones con el corazón, y no hay que dejar nunca que el veneno se te meta en los ventrículos*. Se refería, claro está, al veneno del amor, que suele subir por el vientre y el ombligo e instalarse en la zona del pecho. Pero con los años fue más lejos: abominaba incluso de la mera posibilidad de "encariñarse", aseveraba que él era un milagro de la ciencia porque no tenía corazón y se reconocía como "un atleta de los sentimientos" por el simple hecho de no tener ninguno.

El atleta saltaba obstáculos y jamás se despeinaba. Trataba de disuadir a sus amigos para que no se casaran y los iba abandonando cuando ellos caían en esa oscura traición. Era como si Dardo fuera eterno, y como si sus amigos fueran muriéndose y dejándolo solo en esa eternidad de amores fugaces. Amores de una semana, de una noche, o a veces de un ratito. *En el único amor que creo es en el amor propio* —rectificaba, didáctico, en las mesas de los bares—. *Me quiero demasiado como para sufrir por alguien, y nunca me arrepiento de lo que hago. Tengo que decir, en mi defensa, que no miento y que jamás prometí nada. Así que cuando se vuelven pesadas las fleto, y por lo tanto nunca, pero nunca, he sufrido penas de amor.*

Cuando Fernández le contaba sus penas, el diseñador se indignaba. Creía que la gente utilizaba la palabra "amor" con obscena impunidad. Para Dardo, el amor resultaba inexplicable porque no existía. Admitía que existían, a lo sumo, el sexo, la seducción, la química, el compañerismo, la posesión y la amistad sensual. Pero el amor era un recurso literario para nombrar ese híbrido de deseos terrenales.

Una secretaria puritana y tímida, que había sido seducida por Dardo en una oficina cerrada, le había confesado alguna vez a Fernández que a punto de pecar, ella le había hecho un planteo existencial: *Bueno, Dardo, está bien, vamos adonde quieras. Pero después, ¿qué?* Dardo le había respondido: *¿Después? Después nos bañamos*.

Fernández intentó una vez acorralarlo con un argumento de peso:

—Pero entonces vos nunca sentís esas deliciosas palpitaciones del amor, Dardo.

—Sí, las siento.

—¿Cuándo? ¿Con quiénes?

—Siempre. Con todas.

Entre todas, hubo algunas especiales. No porque lograran el mínimo avance, sino por los creativos modos de presión que ejercieron sobre las corazas del gran escapista. Una peluquera le envió una carta por día durante todo un año: Dardo las arrojaba a la basura sin abrirlas. Una fotógrafa lo amenazó durante semanas con suicidarse: Dardo le recomendó que probara con el prozac. Una empresaria le ofreció un sueldo hasta la vejez: Dardo se declaró un orgulloso cuentapropista. Una artesana de Plaza Francia se instaló con valijas y todo en el umbral de su casa: Dardo la hizo desalojar con los bomberos voluntarios de la Boca. Una dentista lo amenazó con una demanda judicial por violación: Dardo la querelló por intento de extorsión y le sacó cincuenta mil pesos. Una profesora de inglés le quiso endilgar un hijo: Dardo le envió una fotocopia que certificaba una temprana vasectomía.

Dardo tuvo algunos problemas con el teléfono hasta que un día lo arrancó de un tirón, lo guardó en el placard y devolvió la línea. Vivía de vacaciones perpetuas en un departamento antiguo y pasaba gran parte de sus días en redacciones y bares, de modo que era fácilmente ubicable en aquellos números. Por lo demás, disfrutaba de la soledad y de la buena música, y no lo atacaba siquiera la depresión del domingo por la tarde. Decía Aristóteles que para vivir solo era preciso ser un animal o un dios, o ambas cosas. Dardo citaba de vez en cuando ese aforismo y negaba con énfasis rumores acerca de su juventud. Se decía —Fernández lo había escuchado alguna vez— que a los dieciocho años Dardo se había casado con una chica de San Telmo y que habían

vivido meses de dicha y amor convencional. Hasta que un día, de buenas a primeras, sin mediar discusiones ni dudas ni infidelidades ni conflictos, la chica le dijo que se había muerto el amor y que debían separarse de inmediato. Contaba la leyenda que Dardo había llorado un año entero y que había tomado la decisión de no caer nunca más en esas turbias trampas de las mujeres.

El diseñador se reía a carcajadas de aquella triste historia, y la negaba con displicencia. *No, mis queridos, yo como decía Borges nunca me rebajé al sentimentalismo. Lamento decepcionarlos. Nunca me entregué. No soy como vos, Fernández, que si no tenés un problema te lo inventás. Vos sos un discapacitado de los sentimientos. Yo soy un atleta*.

Fernández dejó de verlo en 1997, cuando Dardo se mudó a la capital de Asturias para trabajar en un periódico. Ya era un noble anciano de gran apostura, se trataba de una oportunidad histórica, nada lo ataba a Buenos Aires y la recesión argentina prometía lo que luego se cumplió: una catástrofe. Le hicieron una despedida en un restaurante de Caminito y lo acompañaron hasta Ezeiza, donde les dejó un último consejo, que se parecía muchísimo al primero de todos: *Háganme caso, giles, rieguen el amor propio: es el único jardín que no da espinas. Hasta la victoria siempre*.

Durante siete años sólo intercambiaron e-mails esporádicos. Pero Fernández, por razones familiares y periodísticas, terminó recalando en Oviedo y arreglaron por teléfono una cita para un viernes feriado en una playa de Gijón. La conversación telefónica había sido rápida y profesional: Dardo tenía dos trabajos y un tercero los fines de semana. Hablaba con algunos modismos españoles y se lo notaba algo fatigado. Fernández tomó el autobús e hizo un cálculo rápido: el diseñador tenía setenta y un años.

Era una mañana cálida y el Cantábrico traía un azul profundo. Fernández se descalzó para bajar a la arena, caminó al sol y de pronto vio al diseñador gráfico en las orillas. Llevaba unos shorts desteñidos y una barba rala, que lo envejecía. El esqueleto le sobresalía como a un muerto por inanición y colgajos de carne arrugada le asaltaban el pecho, la barriga y los brazos. Parecía un pajarraco arrojado a esas costas por un huracán. Andaba de aquí para allá, con la lengua afuera y dos baldecitos y tres palas, corriendo a cinco chicos que le hacían todo tipo de diabluras. Dardo los ayudaba con las torres del castillo de arena, los limpiaba, los consolaba, laudaba a los gritos para que no pelearan y los corría para que no se metieran mar adentro. Una magnífica mujer de cuarenta, que tomaba limonada bajo una sombrilla leyendo el *Hola*, le daba instrucciones a viva voz y Dardo las acataba brillando de sudor y respirando con dificultad. Parecía una

reina con cinco hijos caprichosos y un vasallo obediente. Fernández estuvo a punto de retroceder hasta la calle y perderse, pero el atleta de los sentimientos se le acercó, jadeante, le puso una mano en el hombro y le dijo: *Lo siento, me enamoré*.

OTRA EXTRAÑA Y PELIGROSA AMISTAD

Fernández los quería a los dos aunque por diferentes motivos. Los presentó en las piletas del Centro Asturiano hacia 1976, cuando todos tenían dieciséis o diecisiete años, y Marcela era sólo una chica del montón con una gran sonrisa: todavía no sabía tirarse bien de cabeza, siempre se daba panzazos horribles y dolorosos, y ya no quería ni intentarlo. Joaquín era un grandote simpático y pecoso, y la ayudó a vencer esa tara con paciencia y maniobras hipnóticas. Luego se tiraban juntos una y otra vez, como atletas olímpicos, nadaban tardes enteras y cuchicheaban horas y horas bajo una sombrilla. Pronto se hicieron amigos íntimos y dejaron a Fernández fuera de aquella amistad absorbente. Fernández receló un tiempo de la nueva situación, ya que para variar le gustaba mucho Marcela, y apostó doble contra sencillo a que lo único que Joaquín quería era apretársela. Pero el grandote decía que no había nada más importante que una buena amistad, y la chica adhería a ese catecismo con una fe inquebrantable. Fernández los dejó a solas treinta años con esa creencia.

Joaquín le confesó mucho después, sin embargo, que una noche, viendo *Grease* en un cine de Palermo, él no resistió la tentación de tomarle la mano en la oscuridad y que ella se la retiró de inmediato. El grandote se sintió muy mal y, aunque jamás volvieron a hablar de aquel pequeño incidente, quedó sobreentendido que ella no lo miraba como a un hombre y que no debían arruinar la sublime amistad con ninguna incursión amorosa.

Durante la primera juventud, Marcela fue la informante perfecta del cambiante mundo de las mujeres y Joaquín se convirtió en su ávido alumno. Él también, a su manera, hizo las veces de corresponsal aplicado en el complejo universo de los caballeros, y ella recibía aquellos datos como deliciosas revelaciones. Marcela lo preparó para varias chicas y él sirvió de confesor y celestino en varios romances de ella. Esa clase de amistades profundas, llenas de complicidad y de solidaridades, se parece más al amor que a la hermandad: por lo general los hermanos no suelen poner tanto empeño.

Cuando ella estudiaba para el ingreso a la Facultad de Odontología, él se quedaba en vela cebándole mate. Cuando él se enfrentó a su padre porque no quería seguir una carrera universitaria, ella lo aconsejó con devoción y madurez, y le secó las lágrimas.

Marcela se recibió de dentista y ejerció durante mucho tiempo en un consultorio de la calle Aguilar. Joaquín se hizo de abajo en la casa de deportes de su propio padre, terminó heredándola y después desarrolló una cadena con siete sucursales exitosas. Intentó casarse con una deportóloga, pero la cosa fracasó a último momento, y Marcela tuvo que acudir a apagar el incendio y a levantar los ánimos. Luego ella se enamoró hasta la locura de un gestor y Joaquín fue testigo de la boda. Durante años se encontraban a cenar solos, una vez por mes, y se llamaban por teléfono todas las semanas. Cuando el correo electrónico entró en sus vidas, subió la intensidad de contactos. Una noche, medio borracho, Joaquín le escribió: *¿Sabés una cosa? No creo en la amistad entre el hombre y la mujer*. Marcela no le respondió nunca ese e-mail y pasaron por encima de esa verdad inconveniente como si nunca hubiera sido formulada.

Dos años más tarde, ella se separó del gestor y Joaquín, que estaba noviando con una viuda, dejó todo para hacerle compañía, ayudarla con la mudanza y el desconcierto, sostenerle la autoestima y asesorarla en los engorrosos trámites de un divorcio contradictorio. Esa Navidad, él le mandó una tarjeta electrónica que decía: *¿Sabés por qué un hombre es amigo de una mujer? Porque la mujer no le gusta, o porque no se deja. Feliz Navidad, preciosa*. Joaquín siempre se arrepentía de esos arrebatos hormonales, que la digna dama jamás respondía.

Lo que ocurrió a continuación fue simplemente la vida, que se vuelve áspera y complicada cuando los hijos se convierten en padres de sus padres, cuando la carrocería se hace perecedera, cuando las neurosis pasajeras se vuelven crónicas y cuando dejamos de ser jóvenes promesas para ser tristes realidades. En ese proceso vital, Joaquín olvidó finalmente que Marcela era una mujer y la trató como a una madre. Los amigos del alma se conocían como nadie, se comprendían aun en sus pensamientos más incorrectos, se auxiliaban mutuamente sin pedir nada a cambio. Eran familia. Tenían ese grado de afinidad total que es raro encontrar aun entre matrimonios felices. La frontera entre el amor y la amistad es siempre borrosa entre hombres y mujeres, y sólo hay una cuestión que la traza de manera tajante: el sexo.

Un día, de buenas a primeras, Marcela empezó a darse cuenta de que se "producía" para cenar con su amigo. Iba a la peluquería, se depilaba, estrenaba vestido nuevo y jamás se olvidaba de llevar escote. El grandote permanecía inmune y nunca le echaba siquiera una ojeada. Entonces la dentista usaba ropa más ajustada y escote más audaz, pero sin el menor resultado. En esa escalada, ella percibió, con

helada lucidez, que ya no podía ver a Joaquín como un hermano, que cada día le parecía más guapo y que lo deseaba con todo el cuerpo. Era una sensación nueva y peligrosa, y Marcela estuvo sin dormir varias noches al reconocerla, pero Joaquín permanecía donde siempre, donde ella lo había colocado: en el limbo de las amistades inofensivas. Y de allí no se movía por más que la odontóloga se presentara un día desnuda.

Marcela pasó del espanto a la desesperación femenina sin escalas. Sabía que estaba en problemas graves, que se había enamorado de su mejor amigo y que ese horror se parecía muchísimo al incesto, pero su inconsciente había tomado el timón y en veinticuatro horas la había transformado en una loba sedienta. Comenzó a tirarle sutilmente los galgos a Joaquín, pero el grandote, entrenado en décadas de cariño y castidad, no pescaba ninguna indirecta.

Las insinuaciones de Marcela se volvieron patéticas con el correr de las semanas, y duraron tres meses y diez días. En el medio sucedieron toda clase de equívocos, incluyendo por supuesto una tarde en la que ella le agarró la mano en el cine y él distraídamente se la llenó de pochoclo. Finalizaron cuando inesperadamente le detectaron a Marcela un nódulo tiroideo con mal pronóstico, y le recetaron una biopsia. La dentista salió a la calle, atravesada por la sorpresa y el terror, llamó por teléfono a Joaquín y le dijo que se le doblaban las piernas. El grandote pasó a buscarla y estuvieron hablando varias horas, tomando whisky con hielo y tratando de minimizar la gravedad del diagnóstico. Ella temía morirse, y él se moría de sólo pensarlo. Cualquiera que haya pasado por una biopsia sabe cómo son la espera y los malos sueños que se sueñan despiertos, boca arriba. El pánico vuelve frívola cualquier prehistoria y resignifica los pequeños grandes logros de nuestra existencia. Los amigos del alma recorrieron ese desfiladero, desde la punción hasta el viernes en que le entregaron a ella los resultados finales. Marcela sólo anhelaba leer aquellas dos palabras: “patología benigna”. Se concentraba en ellas como los fanáticos se concentran en un número determinado de la ruleta, y le rezaba a esas palabras combinadas como se le reza a un dios.

El viernes decisivo no hubo forma de acompañarla. *Hay cosas que una debe afrontar sola*, le dijo a Joaquín por teléfono. Se dicen, en esos momentos, lugares comunes. El lugar más común es la muerte. El grandote aceptó a regañadientes la orden, pero no pudo con su angustia: agarró el auto y lo estacionó frente al laboratorio. Como Marcela no salía, él entró a buscarla y no la encontró. Comenzó a llamarla por el celular, pero lo tenía apagado, y a rastrearla por los

cafés de esas cuadras: la encontró sentada a una mesa, ojerosa y pálida como nunca, tomándose un whisky doble a las nueve de la mañana. Cuando vio a Joaquín se echó a llorar y se abrazaron en silencio. Él empezó a hacerle todo tipo de preguntas, y ella le tapó la boca con la mano, y le dijo al oído: *No quiero hablar de eso ahora, llevame a casa. Llevame a casa, y no me dejes, por favor*. El grandote la llevó, y ella le pidió que se quitara la ropa. Joaquín se la quitó sin chistar, y pasaron el día entero envueltos en una penumbra transpirada y vigorosa. El sábado por la mañana, Joaquín le dijo:

—Tendríamos que haber hecho esto hace veinte años. Yo siempre estuve enamorado de vos, ¿sabés? Pero siempre hacemos las cosas importantes cuando ya es demasiado tarde, ¿no?

—No —le dijo Marcela, desnuda y con la vista baja, tomando su desayuno y señalando el sobre del laboratorio—. No es demasiado tarde. “Patología benigna.”

NUNCA QUEMES LAS CARTAS DE AMOR

Larsen fue un voluntarioso editor de suplementos luego de haber sido un periodista de batalla, pero su vocación secreta e indisimulada era el montañismo. Tenía cuarenta años, un gran estado atlético y mucha atención femenina. Fernández, sin embargo, no le conocía ningún *affaire* en la redacción, y aunque no eran grandes amigos, llevaban a cabo algunos rituales amistosos. Les tocaba irse de vacaciones más o menos para las mismas fechas. Larsen dedicaba siempre los primeros días a algún arriesgado escalamiento, y el resto a su esposa y a sus tres hijas. Se había hecho rutina que tomaran, para despedirse, una cerveza en la barra del bar de la esquina. A manera de cábala, Larsen decía al chocar las copas: *Si me pasa algo, si me quedo congelado allá arriba, si me caigo desde una roca y me quiebro el pescuezo, vos violentás el cajón de mi escritorio y quemás todo, Fernández. No dejás rastro de nada. Quemás todo*. Fernández se lo prometió la última vez y se tomó un avión a Córdoba. Cinco días después se enteró de que Larsen había muerto en Mendoza sin el menor esfuerzo: el día previo a la expedición, fumándose una pipa frente a una chimenea de leños, le dio un infarto masivo y murió al instante.

Consternado por la noticia y apremiado por la situación, Fernández llamó desde La Cumbrecita a sus compañeros para que abrieran el cajón del escritorio y despedazaran su contenido. Pero ya era tarde: después del sepelio le habían enviado a la viuda una encomienda con todas las pertenencias del finado.

Lleno de remordimientos, Fernández dejó un mensaje de condolencias en el teléfono de la mujer y regresó en silencio a Buenos Aires. No supo nada de ella hasta once meses más tarde, cuando la viuda lo llamó para pedirle un favor y quedaron en tomar un café. Se citaron un martes lluvioso, y ella se sentó en el mismo taburete en el que se sentaba Larsen a ver llover desde la barra. Era una mujer fibrosa y rubia, que fumaba cigarrillos negros y que tenía una mirada verde y lúcida. Se llamaba Mónica. En diez minutos se sacó de encima el trámite y las palabras de circunstancia, y fue directo al grano.

—¿Larsen te habló de Silvia? —le preguntó, clavándole los ojos. Ante terceros, Mónica no nombraba a su esposo por su nombre sino por su apellido, y eso a Fernández siempre le había causado gracia. Pero esa tarde no se la causaba. *¿Quién es Silvia?*, repreguntó sin sentirse culpable ni mentiroso. Larsen nunca le había hablado de

Silvia ni de ninguna mujer en especial. Habían elogiado, como hacen todos, los accidentes geográficos de algunas compañeras de trabajo, pero la cosa nunca había pasado de ese deporte masculino que las mujeres también frecuentan aunque con mayor malicia.

—Silvia era la amante de Larsen —dijo la viuda sin pestañear—. En ese cajón tenía trescientas cartas de amor, y un pañuelo perfumado.

—No te puedo creer —dijo Fernández, y ahora sí se sintió un miserable. Trató de arreglarla y la empeoró—. ¿Un pañuelo perfumado? Qué cursi.

—No lo puedo ver de la misma manera —dijo Mónica lenta y gravemente, y tomó un sorbo de su capuchino—. Me parece algo muy romántico.

—¡Y trescientas cartas! —replicó Fernández sin escucharla, a ciento veinte pulsaciones por minuto—. Cuánta paciencia y cuánta literatura desperdiciada.

—¿Podemos hablar en serio? —lo cortó. Fernández cerró la boca. Mónica apagó el cigarrillo mirando la calle y habló con otro tono, habló en serio—. Esos trescientos e-mails me aliviaron el dolor. El odio lo tapa todo. No sabés cómo lo odié durante esos días. Le deseaba la muerte. Pero ya estaba muerto, y lamentaba que hubiera sido tan fácil, que no hubiera sufrido nada. Me sentí mal por esos pensamientos, y lo extrañaba, y no le perdonaba que se hubiera muerto y que me hubiera traicionado con otra, y andaba llorando por los rincones de rabia y de pena. Todo como en una licuadora.

Hizo otra pausa tabacal y tomó de un trago el vaso de agua helada. Luego exhaló una larga bocanada de humo que se pareció mucho a un suspiro, y siguió adelante:

—Pero esas cartas me tenían agarrada del cuello. Volvía a ellas una y otra vez. Las leía de adelante para atrás y de atrás para adelante. Estuve varias veces a punto de tirarlas a la basura. Una noche, cuando escuché desde la cama que venía el camión recolector, salí en corpiño y bombacha a la calle para rescatarlas de la bolsa de residuos. ¡Estaba loca con esas cartas! Hasta que después de leerlas diez veces, las leí por primera vez. Me acuerdo que fue una mañana de sábado, las nenas estaban en el club y el jardinero hacía un poco de ruido afuera. Me senté en la cocina con una taza de té y empecé a leerlas sin dolor.

Fernández pidió un jugo de naranja para salir del paso. La esposa de Larsen tenía la vista perdida. Fernández, en ese momento de miedo glacial, la valoró mejor: era una mujer sensual y valiente.

—Trescientos e-mails de ida y de vuelta —dijo ella sin tragar saliva —. Una especie de diario erótico. Comenzó hace tres años y con el

correr del tiempo se fue haciendo más espeso. Al principio, hablaban de desesperación por verse y tocarse, después empezaron a hablar de amor, y de irse a vivir juntos. —De repente Mónica movió la cabeza y sonrió con amargura—. Se lo notaba tan feliz a Larsen, vos vieras. Era de nuevo aquel adolescente que noviaba conmigo. Te juro que esa mañana, mientras lo leía y se me helaba el té, además de bronca le tuve una especie... No sé, una especie de envidia. Esa pasión del comienzo no se vuelve a tener nunca más.

Una moza le trajo a Fernández el jugo. Mónica tenía los ojos brillantes.

—Pero lo más importante no estaba en esas primeras cartas, sino más adelante, cuando la cosa se alargaba y Larsen no podía tomar una decisión. Silvia es fonoaudióloga, ¿te conté? Sí, una chica separada que se había enamorado de mi marido. Pero el tipo, creeme, el tipo no hacía más que escribirle sobre mí. Largos textos contando lo grandiosa que yo era, lo que había hecho por él y lo que hicimos aquel fin de semana, y el anterior. Y Silvia, que es inteligente, le llevaba la corriente. Y hubo un momento en el que sólo se escribían para elogiarme, como si fueran mis dos jefes de prensa.

Mónica se empezó a reír y Fernández temió que se pusiera a llorar, pero en el último escalón de la carcajada ella se enderezó y le dijo:

—Conseguí su dirección y estuve varias semanas pensando en ir a verla, en pasarle por encima con la camioneta. Pero lo único que hice fue mandarle un correo electrónico: *Sé quién sos. Quiero que nos veamos cara a cara*.

—Te lo respondió al toque.

—Tardó diez días en atreverse a responderme. Nos citamos en El Querandí. Ella podía reconocerme fácilmente: Larsen le daba fotos mías para que viera lo bien que me conservaba.

—¿Cómo era Silvia? —se atrevió Fernández, protegido por el jugo.

—Cómo era Silvia —repitió, y se encogió de hombros—. Una cuarentona bien conservada. Otra viuda.

—¿Y qué pasó?

—Hablamos horas y horas. Nos parábamos de vez en cuando para ir a llorar al baño y volvíamos a trenzarnos. Nunca pudimos levantar la voz. En realidad, no discutíamos. Solo hablábamos de Larsen. Lo insultábamos y lo adorábamos. Así, sin solución de continuidad. Al final, cuando ya estábamos pagando la cuenta y nos habíamos pasado todas las facturas, le devolví su pañuelo. Ella se lo quedó mirando, y después me dijo: *A vos Larsen te rompió el corazón una vez, a mí me lo rompió diez veces. Vos eras la montaña más alta, y allá arriba vivían solamente ustedes dos. Y yo, por más que escalaba y escalaba, nunca pude*

llegar. Nunca. Cuando salí del café no sentía tristeza, ni bronca, ni frío ni calor. Estaba limpia. Por primera vez en tanto tiempo estaba limpia, Fernández.

—¿Por qué me contás todo esto?

—Silvia me dijo que Larsen te consideraba su único amigo verdadero, y que tenías la misión de quemar todo si a él le pasaba algo. —Afuera había dejado de llover. Mónica recogió su cartera para irse—. Te agradezco mucho que hayas llegado tarde.

EL MITO DE LAS DESPEDIDAS IMPOSIBLES

La primera de las cincuenta veces que se separaron lo hicieron para siempre.

Perdieron el crédito con Fernández cuando, a la séptima despedida, Leonardo le dijo que a pesar de la bronca y de la firme decisión que tomaba no había podido evitar dejarle a Graciela el número de teléfono de su nueva casa. Graciela no tardó en llamarlo, y todo volvió a empezar. A partir de ese momento, Fernández no supo dónde colocar el caso de su amigo. Lo buscó en las obras completas de Freud y creyó vislumbrarlo en las páginas alucinatorias de Kafka. Mucho después, recién cuando comprendió el carácter siempre insensato del amor, Fernández se dio cuenta de que Leo y Graciela sólo repetían la historia de cientos de miles, y que intentando burlar el destino con el cerebro, el destino los encadenaba con la piel. La piel es una lámina delicada y frágil, pero manda con porfía y autoridad sobre cualquier otro tirano. Leo y Graciela descubrieron esa tiranía en un viaje en micro desde General Roca hasta Buenos Aires.

Los dos eran rionegrinos, pero de ciudades distantes. Él tenía veintitrés años, quería ser veterinario y viajaba para instalarse en la Capital con sus tíos. Ella tenía veintidós, era maestra jardinera y viajaba para encontrarse con su primer novio. No se conocían ni de vista, pero les tocaron asientos contiguos y rápidamente entraron en confianza y se la pasaron charlando varias horas. Cuando a las diez de la noche hicieron una parada para comer, bajaron juntos y eligieron una mesa apartada para seguir conversando sobre sus vidas y sus proyectos. Tomaron vino y se pusieron alegres, y a la medianoche se taparon juntos con una manta mientras se contaban confidencias, y en la madrugada ella le dio un beso en la boca y él la abrazó y hubo un silencioso revoltijo que duró cinco horas. Cuando Leo despertó estaban entrando en la ciudad, y tenía a Graciela dormida sobre su pecho.

Se recompusieron en el baño, intercambiaron teléfonos y cada uno bajó por su lado como si no se conocieran. En la plataforma, el novio de Graciela la esperaba con un ramo de rosas. Ella lo abrazó dando gritos de alegría. Leo les pidió permiso para retirar su equipaje y se fue silbando bajito. Una semana después Graciela lo llamó por teléfono. Su novio trabajaba ese día y ella tenía una tarde entera para pasear: *¿No querés acompañarme?* Leo la acompañó y terminaron en un

albergue de la calle Tres Sargentos. Graciela no estaba feliz, pero no la carcomía la culpa sino la impresión de que su novio había dejado de ser quien era, que la química entre los dos había variado y que todo había sido una gran equivocación. *A lo mejor te estás enamorando de mí*, le dijo Leo con una sonrisa. Graciela asintió sobre la almohada húmeda, y al día siguiente rompió con el novio y se internó con Leo en una habitación a pasar el resto de las vacaciones. Se despidieron con tristeza en Retiro y él prometió que viajaría en un mes y medio hasta el Alto Valle y que le escribiría cartas sinceras. Ella lloró todo el trayecto, y cuando llegó a General Roca le admitió a su madre que había roto con su anterior pareja y que había encontrado al verdadero amor de su vida. Se escribieron, se citaron en Neuquén, vivieron una luna de miel en el camping del ACA de San Martín de los Andes, y una noche, mirando el lago Lacar, Leo le confesó que la quería en serio, pero que no podía llevarla a Buenos Aires y que tampoco podía renunciar a su carrera. Pretendieron que la distancia no destruiría el vínculo, pero al mes Graciela se había dado cuenta de que su vida no tenía sentido lejos de Leonardo. Se mudó con una prima lejana, que vivía frente a Plaza Falucho, consiguió un puesto de secretaria y el romance siguió con violentas vueltas de tuerca.

Al año, ella le pidió que viviesen juntos, y Leo le dijo que no estaba preparado. Tocada en su orgullo, Graciela lo dejó. Él anduvo un tiempo solo y desconcertado, y al final fue a buscarla al trabajo. Todo volvió a fojas cero. Pero la melosa insistencia de Graciela sofocaba siempre a Leo, y en un momento él hizo de tripas corazón y le planteó que tomaran distancia. Veinte días más tarde, Leo desayunaba en un bar de Palermo y vio que ella lo esperaba en la vereda, llorando y sin paraguas, bajo una lluvia torrencial. Leo no pudo resistir ese cliché. Alquilaron un monoambiente y cohabitaron un año plagado de rayos y centellas. Los dos fueron al psicólogo y empezaron el espinoso camino del autoconocimiento. Desde esa nueva conciencia se dieron cuenta de que no se convenían. Asistidos por sus terapeutas llegaron a una separación civilizada y racional. La separación duró hasta el cumpleaños de un amigo: pasados de copas se fueron juntos de la reunión y reiniciaron sobre el césped, de madrugada y frente a las espesuras del Rosedal, lo que siempre dejaban inconcluso.

Ya tenían todas las palabras necesarias para entender que, en cierto modo, eran incompatibles, pero el instinto los doblegaba y pensaban que eso era un sino imposible de desoír. Se dedicaron, no obstante, a desoírlo sistemáticamente: Leo se puso de novio con una cirujana cardiovascular y Graciela, despechada y doliente, con un personal trainer. Pero de vez en cuando se encontraban fortuitamente,

se cruzaban una mirada o un e-mail, y los edificios emocionales que cada uno intentaba construir aparte se derrumbaban en un segundo. Volvían, siempre estaban volviendo. Cargaban las orejas de sus amigos, a quienes lograban convencer de que ella era una "bruja conflictuada" y él un "insufrible caprichoso", y después los obligaban, con sus bruscas reconciliaciones, a retroceder en chancletas y a quedar en situaciones incómodas.

Fernández reconocía que Leo era sublime en las despedidas y que quizás se había vuelto adicto a ellas. Despidiéndose hasta nunca jamás era un héroe caminando hacia la gloria. Y la verdad es que, en su fuero íntimo, también Graciela parecía regocijarse con aquel glamoroso rol de heroína romántica y abandonada. Así que los intentos por terminar aquella historia tuvieron ribetes tragicómicos. Hubo quema de libros y de camisas en ceremonias paganas, bofetadas histéricas que casi los llevan a la comisaría, recriminaciones a los gritos en un restaurante repleto, llantos y llantos, y largos meses de silencio, duelo y abstinencia.

La penúltima vez que se separaron fue en el aeroparque Jorge Newbery. Leo volaba a Mar del Plata, por negocios, y Graciela le aguantó un monólogo de cuarenta minutos en la confitería. Leo le explicaba, con lógica cartesiana, por qué debían tomar rumbos diferentes, por qué hasta entonces no lo habían logrado, por qué se estaban haciendo un daño estéril y por qué el destino les deparaba, por separado, buena ventura y reconocimiento. Él tomó la valija de mano, le dio un beso en la mejilla y cruzó las fronteras aeronáuticas sin mirar atrás. Llegó a Camet después de llorar cuarenta y cinco minutos seguidos, se lavó la cara en el baño y cambió su pasaje para regresar de inmediato. Cuando ya en Buenos Aires pasaba por el vestíbulo, arrastrando los bolsos y jadeando su miedo en busca de un radiotaxi, tuvo la fortuna de pasar por la confitería y descubrir que su ex novia seguía sentada en la misma silla, frente al mismo pocillo de café, con la misma mirada perdida. Se abrazaron cinematográficamente: tres turistas brasileños los aplaudían con fervor.

Había que rendirse a las evidencias. Así que una tarde de invierno de 1996, firmaron en el registro civil de la calle Mendoza, y hubo champagne y arroz y promesas de perdices y profecías de amor eterno.

Estuvieron casados siete meses, dos semanas y cinco días. Y entonces sí, entonces se separaron para siempre.

CUÁNTA VERDAD SERÁS CAPAZ DE SOPORTAR

Fernández se tropezó con la increíble historia de amor y odio de Miguel Lear, la investigó febrilmente durante meses, se obsesionó con ella y al final la desechó por impublicable. Pero la verdad es que jamás pudo olvidarla. Lear había sido el gerente de Seguridad Informática de un banco español con sede en Buenos Aires. Un tipo moderno y audaz que combinaba su solitaria pasión por la tecnología con una auténtica vocación por los programas colectivos. Pertenecía a un clan muy amplio de la zona norte integrado por su familia multitudinaria y sus muchos amigos tiernos, y pasaba casi todo el tiempo con ellos, en esa nube ensordecedora y anestésica que producen las reuniones, las fiestas ociosas, los juegos, los deportes compartidos y las sobremesas interminables. Internauta empedernido, su otra vida estaba dotada en cambio de un silencio digital y aséptico. Amiguísimo de sus amigos, un día empezó a preocuparse por uno de ellos: Luis, el más antiguo y cercano. Ahora Luisito, que siempre había sido alegre y comunicativo, estaba ensimismado y amargo, y aunque muchas veces Lear había intentado abordarlo para saber qué le ocurría, el muchacho esquivaba el asunto y se mantenía en su misterio. El gerente informático empezó a desesperarse una noche en que lo llamaron de la comisaría para decirle que su amigo estaba borracho y que había intentando golpear a un agente en la vía pública.

Lear lo pasó a buscar, lo llevó a su casa y le preguntó, exasperado: *¿Vas a decirme de una buena vez qué te está pasando?* Luis se tomó un antidepresivo azul con un whisky doble y se quedó completamente dormido. Lear se sirvió otro whisky y anduvo merodeando por el departamento de su amigo, mirando la biblioteca y husmeando distraídamente el interior de los cajones. Al final se sentó frente a la computadora de Luis y se dijo: *Voy a trabajar un poco mientras le hago el aguante*. Pero cuando prendió la máquina no pudo resistir la tentación de descifrar la clave de su amigo y de penetrar en su correo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Luis se había enamorado de su propia cuñada. Que ella le correspondía, pero que se trataba a todas luces de un amor imposible.

Necesitó un segundo vaso para reponerse de la sorpresa. Luego lo acometió algo parecido al miedo, cerró todo y se marchó en puntas de pie. *Luisito, tan callado que se lo tenía* —pensó después bajo la ducha—.

¡Enamorarse de una cuñada! Dios mío, qué mala leche. Pero lo que más lo avergonzaba era el hecho de que él no habría descubierto la verdad ni en cien años. Pensó, durante los días siguientes, si tenía que encarar o no a su amigo y revelarle que había espiado su correspondencia y que conocía la razón íntima de su dolor. Pero luego lo vio en el golf bastante repuesto, y no se atrevió a importunarlo. Una tarde de esas, mientras probaban entre varios un vino francés de edición limitada que costaba mil dólares la botella, Lear tuvo un instante de lucidez, pudo despegarse del grupo como un alma que se despega del cuerpo agonizante, y ver la escena desde afuera y desde arriba. Quizás estaba un poco ebrio, pero aun en esa nebulosa se preguntó cuántos secretos igualmente inconvenientes ocultaban los otros integrantes del clan. Trató de imaginar, por las caras, qué clases de pecados tendrían: parecían todos tan virtuosos y normales, y el ambiente era siempre tan idílico y hogareño, que el ejercicio le resultaba muy difícil.

Esa noche, cuando volvió a su casa, fue acometido por una extraña fiebre. Se sentó frente a su Mac, munido de licor y castañas de cajú, y pasó diez horas hackeando los correos de sus padres, hermanos, tíos, primos y amigos. Era un verdadero experto, conocía todos los trucos y de joven había sido un hacker patológico, siempre a punto de terminar en la cárcel. Terminó en un banco respetable defendiendo al sistema capitalista de los piratas informáticos, como esos ladrones de joyas que terminan asesorando a las joyerías.

Así y todo, en esa primera velada varias cerraduras se le resistieron, pero siguió adelante sembrando trampas informáticas y se contentó con enterarse de que su padre se escribía cartas eróticas con una antigua novia que vivía en Holanda. La prosa lo dejó helado y luego le divirtió, porque era casi pornográfica y sobre todo porque no encajaba con el *physique du rôle* de papá, siempre tan serio, frío y distante.

A lo largo de toda esa semana, algunos peces picaron, y Lear pudo recorrer la correspondencia íntima de la mayoría de los miembros del clan. Se topó con un primo que tenía una doble vida, casa instalada con chicos y todo. Con una tía que le escribía sonetos a un hombre casado que le hacía el amor todos los jueves en un bulín de la calle Ayacucho. Con un amigo que organizaba intercambios de parejas. Con una amiga soltera que mantenía tres amantes simultáneos. Con la homosexualidad apenas reprimida de su hermano menor. Con el desamor perpetuo y explícito de varias parejas perfectas.

Lear estaba shockeado, no tanto por la comidilla sino por la sensación de haber vivido en la ignorancia. *¿Cuánto sabemos de verdad sobre las personas que más conocemos?*, se preguntaba boca arriba,

insomnio tras insomnio. No sentía culpa por estar violando la intimidad de sus seres queridos. Al contrario, sentía un sordo rencor ante su hipocresía. No podía creer que esas personas honorables se dedicaran con tanto empeño a ocultar sus verdaderos rostros, a no bajar jamás sus máscaras, a simular que vivían según las reglas puritanas de las buenas costumbres y las buenas conciencias. Aunque no lo escandalizaba ninguna de esas acciones privadas, sino su ocultamiento.

Las reuniones maratónicas se transformaron en un laboratorio humano. A ojos de Lear todos mentían y hablaban intrascendencias, con lo cual empezó a tirar consignas sobre el amor y a jugar con fuego. Preguntaba sobre amantes, sobre dobles vidas, sobre amores imposibles y sobre matrimonios marchitos. Al principio, casi todos se lo tomaban a broma, pero como el hacker los apuraba las conversaciones iban subiendo en intensidad y se hacían algunos silencios sospechosos. Luisito, en el hoyo número nueve, le preguntó un día qué le pasaba. Se lo preguntó con cierta soberbia, y Lear no pudo reprimirse: *Comparado a lo que te pasa a vos casi nada, pibe. Al menos yo no me enamoré de mi cuñada*. Casi se van a las manos, estuvieron discutiendo media hora, abandonaron los links y dejaron de hablarse durante diez días.

En otra de sus incursiones digitales, Lear se encontró una tarde de sábado con los correos de su amiga de la infancia, y el hallazgo lo dejó seco. Ella lo amaba en silencio, y comentaba con sus compañeras de trabajo lo doloroso que era contraponer la imagen gigantesca y amorosa de Lear con la imagen de los pobres hombres que la rondaban: ninguno resistía esa comparación, y así era como todos fracasaban una y otra vez frente a ese corazón tomado. La chica narraba, a veces, escenas donde ella le enviaba a Lear miradas e indirectas bien directas, y donde él jamás se daba por aludido. También contaba las veces que Lear le confesaba su amor por una mujer del club o de la oficina. Eran “confidencias de amigo”, y ella volvía siempre llorando a casa.

El disgusto fue tan grande que Lear dejó de ir a las reuniones y pidió una licencia en el trabajo. Estuvo encerrado y solo, sin responder los llamados ni abrir la máquina, rumiando su dolor y recriminándole a su mejor amiga la falta de coraje y sinceridad, y la ocurrencia de hacerlo sentir un ogro y un estúpido durante tantos años. Más tarde hizo un pedido formal en la cúpula del banco, aceptó una vieja oferta y avisó a su extensa familia que la empresa lo enviaba por un tiempo a una sucursal en Nueva Zelanda. Quisieron retenerlo y luego ametrallarlo a preguntas, y al final quisieron hacerle una gran

despedida, pero Lear no permitió nada de eso. Organizó todo, hizo su equipaje y desde un locutorio de Ezeiza tomó los correos pecaminosos que había espiado y los reenvió a todos y cada uno de los miembros del clan, para que todos y cada uno leyeran la verdad individual y colectiva.

Luego tomó su bolso, presentó su pasaporte y se fue del país para siempre.

HISTORIA DE SACERDOTES Y GUERREROS

La agonía de un viejo periodista sin familia, que Fernández acompañó durante tres largas noches de internación leyéndole sin esperanzas algunas páginas de Marcel Proust, derivó inesperadamente en un ligero chisme de pasillo, luego en la historia completa de un triángulo sentimental y por fin en un relato de corazones desatados. Fernández se enteró, tomando café con el personal nocturno del sanatorio, por qué cargaba tantas penas de amor la enfermera universitaria más linda de Palermo.

Se llamaba Marcela, era morocha y bien desarrollada, y trataba de congeniar su belleza con la eficacia y su ambición con la bondad. Solía ser, según sus propios compañeros, abnegada pero luchadora, y sensual pero fría. Militaba en un feminismo básico, y detestaba obviamente a los hombres prepotentes e insensibles. Por eso enamoró a un médico clínico y odió con ímpetu a un cirujano de planta.

El clínico resultó ser un hombre separado y responsable, médico de familia, idealista, humano, ético y emocional, dueño de palabras hondas y portador sano de notables signos de admiración: un sacerdote. En cambio, el cirujano resultó ser un hombre duro, valiente y egoísta, brillante desde la técnica y cerebral en la batalla, dueño de un humor ácido que espantaba y de un escepticismo práctico a prueba de misiles: un guerrero.

El sacerdote se llamaba Juárez y el guerrero Katz. Marcela quiso al clínico con tanta devoción que a los dos años nadie entendía por qué razón no se había casado con él. Fue más o menos para esa fecha en la que la dirección incorporó al staff oficial al doctor Katz, que entró como un vendaval y tuvo guerra dialéctica permanente con la enfermera diplomada.

Juárez cortejaba con palabras, cuidado, altruismo y alta sensibilidad a Marcela, y ella sentía que el clínico era su mejor amigo y su compañero de ruta, un maestro sofisticado que le enseñaba el progresismo de la vida. Katz, en cambio, le parecía aborrecible porque era elemental. Uno curaba con la observación, el otro con el cuchillo, y para Marcela ese detalle instrumental constituía una metáfora acabada de sus diferencias.

Se fraguaba, sin embargo, algo oculto e intangible en la rutina amorosa de la enfermera y el clínico. Cierta clase de amor sólo sobrevive en las incertidumbres. Cuando se sobreentiende que no hay

amenazas posibles, el amor languidece de un modo silencioso y maligno. Es como si el amor fuera un avión a pedal: si el ciclista deja de pedalear el avión cae. Esas parejas se adormecen en las llanuras y renacen en los abismos.

Un poco adormecida, pero todavía sin conciencia de estarlo, Marcela viajó a Mar del Plata con la cúpula del equipo médico del sanatorio para participar de unas jornadas de capacitación. Juárez no pudo dejar su consultorio privado, pero Katz aprovechó el viaje para hacer sus enfáticos discursos sobre los límites de la vida, contar chistes de humor negro en las sobremesas y jugar de a ratos al tenis. Les tocaron, para desgracia de Marcela, asientos juntos en el avión y luego en el salón de convenciones. Y no pudo evitar que el cirujano la menospreciara con sutil humor, la abordara a cada rato y le sonsacara datos sobre su vida personal. Ofendida en su ego, batalló con Katz unas horas sin lograr sacárselo de encima, y llegó a la primera noche un poco turbada. No sabía qué estaba ocurriendo y entonces, con la mente en blanco, habló una hora desde su habitación con Juárez, que le contaba anécdotas y proyectos. Al día siguiente, mientras se hacían dificilísimos juegos de management entre las mesas, Katz vino en su ayuda, y ella sintió por primera vez algo parecido a la simpatía. Desvelada y extraña, en la segunda noche Marcela bajó al bar y pidió una copa, y el guerrero se le sentó en el taburete de al lado, y estuvieron bebiendo y hablando dos horas en una rara intimidad nocturna. Un poco mareada, Marcela se metió en el baño y se miró al espejo. *Esto no puede estar pasando*, se dijo. Pero estaba pasando, y chocaron los planetas.

La enfermera regresó a Buenos Aires creyendo que todo había sido un lamentable error y un mal sueño, y se dio ánimo pensando que no tendría consecuencias. Pero las cosas comenzaron a ser distintas entre ella y el sacerdote. Y el guerrero la encadenó a su cama y al mes Marcela se dio cuenta de que tenía un novio formal y un amante institucionalizado, y se horrorizó ante la idea. *Yo no soy así, esto no puede estar pasando*, se repetía. Pero estaba pasando, y duró seis meses. La enfermera era incapaz de cortar la relación con el guerrero pero se sentía desfallecer ante la sola posibilidad de perder al sacerdote, que parecía ser el hombre de su vida. ¿Los quería a los dos? Sí, pero de un modo tan distinto. Tenía que admitir, a fuerza de sinceridad, que el guerrero le despertaba algo atávico, algo anterior a la ideología, la civilización y lo políticamente correcto. Era algo vinculado a esa dimensión cavernícola y animal que deriva del duelo y el cortejo entre el macho y la hembra. El sacerdote, en la vereda de enfrente, representaba todo por lo que ella había luchado, todo en lo

que creía y también todo en lo que buscaba convertirse con desesperación. No había perdido tampoco la pasión por el sacerdote aunque el conocimiento profundo del guerrero le reveló a alguien sensible e intuitivo escondido dentro del envase de un hombre de acero inoxidable. Por increíble que parezca, Katz estaba ahora completamente enamorado de ella, y las dudas de la enfermera lo debilitaban, lo convertían en un tipo en paños menores azotado por los vientos del Polo. El cirujano sabía de la existencia de Juárez, pero el clínico nadaba en la ignorancia, aunque percibía que Marcela estaba lejos sin entender del todo a qué se debía esa nueva modorra.

Un obstetra, íntimo de Juárez, escuchó primero el rumor en Enfermería y luego pescó de casualidad un gesto secreto e inequívoco de Marcela hacia Katz en la sala de operaciones. Un amigo es un amigo: puso al tanto al clínico de la situación mientras lo emborrachaba. Al principio, Juárez no quiso creer la verdad. Transido por el dolor, comenzó a espiar a Marcela y, como quien busca encuentra, finalmente encontró algunos indicios de infidelidad. Y al final la confrontó desde la cruel honestidad de los inocentes. Ella no pudo negarle los hechos. Él pegó un portazo, se subió a su camioneta y manejó quince horas por rutas perdidas. Estuvo tres días desaparecido, y cuando regresó le dijo a Marcela que se equivocaba, que Katz no podía hacerla feliz y que él daría batalla hasta el final.

Los dos hombres dieron batalla. Cada uno con sus armas, e impostando mutuamente las armas del enemigo. El guerrero fue pasional pero se volvió locuaz y comprensivo; el sacerdote fue entrañable pero se volvió audaz y lujurioso. Marcela vivía aterrorizada por la guerra declarada, por las mutaciones de sus hombres y por la propia confusión en la que se iba hundiendo. A veces pensaba que quería a uno pero que estaba enamorada de otro. Y otras veces pensaba exactamente lo contrario. Imaginó en ocasiones tomar una decisión arbitraria y drástica, pero percibía que el corazón no funcionaba con ordenanzas, que no podía equivocarse porque le iba la vida y que quedaría atrapada para siempre en esa encrucijada tenaz.

Los contendientes se evitaban en el sanatorio, pero una tarde coincidieron en la playa de estacionamiento. El sacerdote lanzó un dardo verbal y el guerrero le devolvió una trompada. Se estuvieron pegando un rato, sin pericia y sin oficio, enmarañados y a los raspones, hasta que lograron separarlos. Los dos jadeaban, derrotados y contenidos, y el encargado de la playa, que era un filósofo tanguero, arrastró en voz alta: *Hay mujeres demasiado importantes para un solo hombre*.

El incidente fue narrado una y mil veces en el sanatorio, y la frase

del encargado se convirtió en leyenda. Una noche, en vísperas de que el viejo periodista a quien Fernández cuidaba finalmente muriera, el encargado le aceptó un paquete de cigarrillos negros y le reveló el desenlace: *Al final ella se quedó con los dos. Es decir, se quedó sin ninguno*. Fernández no quiso conocer los detalles.

CRÓNICA ÍNTIMA DE UNA ADICCIÓN

Claudia era vocera de un ministro poco influyente a quien ella manejaba como a un muñeco. No sólo atendía sus relaciones con la prensa sino que lideraba su gabinete político, conducía a su grupo de secretarias y disponía de su agenda como si se tratara de su marido. Para Fernández, Claudia era una fuente invalorable de información, y solían almorzar a solas en Happening una vez por mes para intercambiar datos y opiniones, y sobre todo como un atropellado ejercicio intelectual. Fernández admiraba la picardía y ejecutividad de aquella rubia ondulante que vivía la política con auténtica pasión, y con quien en muchas ocasiones terminaba discutiendo a los gritos.

Esos almuerzos, sin embargo, se interrumpieron en junio sin razón alguna. Al parecer, Claudia ya no tenía tiempo para los periodistas, y los derivaba sin remordimientos ni explicaciones a las segundas líneas de su equipo. Fernández volvió a verla en diciembre, y Claudia había engordado varios kilos y había envejecido cinco años. Cenaron juntos donde siempre, y a la tercera copa de malbec ella abandonó el chisme político y le contó la verdad.

Se había enamorado de un fotógrafo de celebridades. Un joven viejo de cuarenta que había dado varias veces la vuelta al mundo retratando el horror y la fama, que había fracasado tres veces con el matrimonio y que estaba harto de tener contactos higiénicos e intrascendentes con las modelos de tapa. Se llamaba Eduardo, y mientras le hacía una producción fotográfica al ministro no pudo evitar coquetear con Claudia. La vocera se había separado hacía tres años de un senador que la dejó por una de veintisiete, y había puesto desde entonces toda su libido en el trabajo. A ella, el trabajo y el progreso del país le parecían una sola cosa. Claudia se sorprendió a sí misma respondiendo los flirteos y luego aceptando una cita en un restaurante de Las Cañitas. No pudo resistir llevárselo a su departamento la primera noche, y llamó al Ministerio por la mañana para decir que estaba engripada y que tardaría tres días en reincorporarse. En verdad, sólo se reincorporó de la cama para cocinarle a Eduardo platos caseros pero afrodisíacos. Cuando volvió a su oficina lo primero que hizo fue escribirle un mail de treinta y tres mil caracteres donde le decía que él había cambiado su vida y que era más feliz que nunca. El fotógrafo le devolvió, doce horas después, un mail de una sola línea: *Yo también la pasé bárbaro*.

La portavoz del ministro leyó aquella tarde veinte veces esas veintidós letras, mientras iba y volvía de su oficina, y era cegada por todo un abanico de sensaciones: primero decepción y bronca, luego risa, después lujuria, al final amor. En el curso de todo ese día interminable, ella lo llamó tres veces a la redacción y cinco al celular. El fotógrafo andaba muy apurado, pero no la esquivaba. Le concedía conversaciones cortas e insinuantes, y le prometía otra noche caliente. Claudia se retiró antes de hora del trabajo, se depiló y se dio un vaporoso baño de inmersión. Cuando todavía estaba en la bañera, Eduardo le avisó que se veía obligado a un cambio de planes: su equipo de fútbol jugaba esa noche contra el equipo de "Telenoche", y no podía faltar. Eduardo era el wing izquierdo y el capitán, y estaban peleando el campeonato. Claudia le dijo que no se preocupara, colgó y se quedó fría en el agua fría. Cómo podía dejarla por un partido. Cómo podía dejarla después de lo que habían vivido en la intimidad. Cómo podía romperle así el corazón.

A la medianoche, se sentó en la cama y lo llamó al celular cuatro veces. Estaba apagado o fuera de servicio. Claudia se pasó en vela el resto de la oscuridad, y se quedó dormida recién al alba. Eduardo la llamó cuando desayunaba a las corridas. Habían perdido tres a uno, y se habían desquitado con un asado hasta las tantas. *¿Te paso a buscar para cenar?,* le preguntó él. Ella volvió a sonreír y tuvo que esforzarse mucho para no decirle allí mismo que lo amaba.

El fotógrafo cumplió con el cometido de ser imborrable. A las tres semanas, ella no podía recordar cómo era su vida anterior. Eduardo era fogoso pero lacónico, intenso pero distraído, amoroso pero solitario, sensible pero hermético, obvio pero misterioso, y entusiasta pero holgazán. Ella lo ametrallaba con mimos, regalos y halagos, y él aceptaba las ofrendas sin desoírlas y sin sentirse abrumado, pero manteniendo una sutil distancia. Para sacarle un "te quiero", Claudia tuvo que esperarlo dos meses. Pero cuando finalmente se lo dijo, ella por poco se desvanece de la emoción. Tomó aquel bocadillo como si tuviese la misma consistencia que el preámbulo de la Constitución Nacional, y a partir de ese piso comenzó a edificar sus sueños.

Esa arquitectura imaginaria le agregaba a Eduardo un ochenta por ciento de todo. El fotógrafo, en la cabeza de la vocera, era más inteligente y sensual de lo que era, y estaba más comprometido y gustoso de lo que estaba. Muchas veces, casi siempre, el objeto del amor no es lo que es sino lo que la imaginación del que ama le construye. Claudia adjudicaba más profundidad, trascendencia y futuro de lo que esa relación tenía. En su mente, la realización final del amor con Eduardo terminaba en casorio.

A Eduardo esas elucubraciones afiebradas le parecían encantadoras, pero provisoriamente delirantes. Su largo plazo, en el amor, era el fin de semana. Y no se trataba de que los anteriores fracasos lo hubieran dejado alerta e inmune, ni que la vocera no le calara hondo. Al contrario, Claudia le producía un cosquilleo que nadie nunca le había producido, pero tenía menos desesperación y más sentido lúdico de la vida. Claudia nadaba contra la corriente, Eduardo se dejaba llevar por ella. Claudia era producto del esfuerzo, la estrategia y la voluntad; Eduardo era producto de la intuición, la armonía y el destino.

Esa desigualdad no tardó en envenenar el romance. En el viejo juego de la acción y la reacción, ella se entregaba y él se preservaba, y entonces la vocera redoblaba fuerzas: grandes olas que rompían inofensivamente en la costa de Eduardo, que ni se despeinaba.

Ella era capaz de cualquier cosa por estar con él. Manipulaba la agenda del ministro y la acomodaba a las necesidades del fotógrafo. Levantaba reuniones de gabinete, corría encuentros con diplomáticos extranjeros, reprogramaba viajes al interior y al exterior, y le encantaba solucionarle problemas operativos a Eduardo. Movía, por ejemplo, sus influencias para que el fotógrafo pudiera acceder a la intimidad presidencial, le pasaba datos secretos para que pudiera montar guardias y sacar exclusivas, lo subía a aviones y helicópteros donde la prensa tenía prohibido subir y hablaba con amigos para que le facilitaran el acceso a fiestas exclusivas.

Pero no se detenía en las áreas profesionales, también ingresaba en los aspectos íntimos y domésticos de Eduardo. Si el fotógrafo tenía algún problema legal, Claudia hablaba al amigo de un juez y se lo solucionaba. Si la madre del fotógrafo tenía algún problema de salud, Claudia hablaba con el subsecretario del sector y le pedía que interviniera. Si el fotógrafo tenía un problema de plomería, Claudia hablaba con los técnicos de Mantenimiento de la Casa Rosada.

Vivía imaginando los pasos de su amante. Ahora está corriendo en los bosques de Palermo, ahora está en el médico, ahora está en el estudio fotográfico, ahora está en la Reserva sacándole fotos a una modelo, ahora está comiendo con su mamá, ahora está gestionando una visa. Apenas podía ella concentrarse en su propia rutina, tan obsesionada estaba con seguir e intervenir en la vida de él. Muchas veces hasta le organizaba los horarios, puesto que Eduardo era olvidadizo e informal. Claudia le enviaba mensajes de texto, e-mails elaborados y creativos que muchas veces no tenían respuesta, faxes con frases y dibujitos, cartas perfumadas que llevaban motoqueros y, por supuesto, lo agasajaba con llamados precisos a horas francas, que

cubrían desde el amanecer hasta la medianoche.

El hombre no se sentía acosado sino arropado, pero hacía oídos sordos a los reclamos de correspondencia. La mujer se sentía cada vez más neurótica y vulnerable: experimentaba celos ya no de otras mujeres sino directamente de situaciones ajenas. Si él asistía a un almuerzo con un fotógrafo, ella se sentía marginada e impaciente. Si él dedicaba un feriado a sus hermanos, ella se sentía rebajada y proclive al fatalismo y la melancolía. En algunas ocasiones, temblaba de nervios, como si tuviera un síndrome de abstinencia. Y en otras renacía en euforias insostenibles. Un gesto mínimo le producía un éxtasis de felicidad, y otro gesto mínimo la derrumbaba. Tenía todo el tiempo una pelota en el estómago, y vivía comiendo caramelos Refresco. Pero no había nada que la refrescara, apenas algún fin de semana romántico y excluyente que se prodigaban cuando la revista donde él trabajaba se los permitía. La vocera salía de esas experiencias con gran optimismo, pero también con tristeza: él siempre se estaba yendo a alguna parte, cada pequeña despedida era para ella una metáfora de la despedida final, cada vez que Eduardo le decía "hasta luego" Claudia sentía la congoja de quien era abandonada en un aeropuerto.

La independencia del fotógrafo era una puñalada, y la vocera atacaba con todo tipo de armas esos permisos. Llegó incluso a pergeñar negocios con el Estado, y a tramitar becas en fundaciones y embajadas para que Eduardo dejara de trabajar y pudiera dedicarse despreocupadamente a realizar fotos artísticas. *Nos vamos a vivir juntos* —le proponía ella—. *Y vos hacés lo que tenés ganas, y ya no dependés de ningún sueldo*. Claudia quería, claro está, que él dependiera de ella. Quería poseerlo y amarlo por fin con exclusividad y sin miedos, pero el fotógrafo rehusaba amablemente el convite y pedía paciencia.

Claudia, con el correr de los meses, fue sintiéndose exhausta. El sacrificio tenía sus recompensas, pero ese toma y daca era cada vez más desproporcionado, y el estrés emocional iba minando sus increíbles fuerzas. En un momento ya sufría más de lo que gozaba, y lloraba muy seguido, y se sentía deprimida casi todos los días, y engordaba comiendo caramelos y dejándose estar. Eduardo se había vuelto una droga. Una especie de cocaína que le producía placer pero que la hundía en pantanos monstruosos. De sólo pensar que debía dejarlo le entraban convulsiones. El fotógrafo le había dado un nuevo sentido a su vida, y había borrado de un plumazo su vocación política. A ella no le interesaba lo más mínimo la marcha del gobierno, ni el progreso del país ni mucho menos la imagen del ministro. Y no podía imaginar cómo sería volver a esa nada gris después de haber probado

los colores magníficos del amor. Tampoco podía imaginar cómo sería posible olvidar. ¿Quién puede olvidar el paroxismo de amar sin límites?

El fotógrafo se dio cuenta, por supuesto, de que ella se estaba degradando, y puso mucho esfuerzo en contenerla, pero después percibió que debía hacer concesiones inaceptables para estar a su altura. Eduardo cantaba, sin darse cuenta, la vieja canción del Nano: *Es insufrible ver que lloras y yo no tengo nada que hacer*.

Claudia tuvo un brusco dolor de pecho, sufrió un desmayo en el Ministerio y tuvieron que internarla en el Instituto del Diagnóstico. Después de muchos exámenes le descubrieron una isquemia cardíaca. Su amor por Eduardo le había producido un espasmo en una rama de la arteria coronaria izquierda. Eduardo la abrazó en la cama, y ella dio vuelta la cara hacia la pared y dijo: *Dejame*. Lo dijo envuelta en cables y lágrimas.

Le recomendaron tranquilidad y psicoanálisis. Asistió a una terapia de grupo para adictos al amor creyendo que el origen de su mal residía en la inmadurez emocional del fotógrafo. Y descubrió, en la primera sesión, que era ella la inmadura emocional, que aquello no se trataba de amor sino de obsesión, y que debía cambiar si no quería morir. Así de simple y de trágico.

Convaleciente y sin ansiedades, Claudia se dedicó a arreglar sus plantas, a hacer yoga y a leer a Kureishi. Al principio, Eduardo trató de sostener la relación redoblando él mismo sus esfuerzos, mandando e-mails más largos y acordándose de llamarla por el día y por la noche. Pero no estaban en su naturaleza esos ejercicios concentrados y sostenidos, así que la relación se fue enfriando y Claudia dejó, no sin dolor y humillación, que eso sucediera debajo de sus narices. Se sentía como descarnada, como si hubiera vuelto de la muerte y de la idiotez, y por lo tanto se engañó a sí misma: se dijo que era lo mejor y que tal vez Eduardo tuviera razón en poner todo en manos del destino. Extremista en un sentido, comenzó a serlo en el otro, sin saber que no sirve tener presión alta ni baja, que lo difícil es mantenerse en el medio. Y que el medio es la incertidumbre permanente, y que para el amor hacen falta esa clase de templanzas.

—Nunca cortamos oficialmente, pero ya no nos vemos más —le dijo la vocera a Fernández en Happening, al regreso del infierno—. Te parecerá una contradicción o un consuelo. Pero ahora siento que recuperé mi centro. Que volví a ser yo. Que mi vida volvió a ser mi vida.

A Fernández no le parecía una contradicción ni un consuelo, le parecía una paradoja existencial. Propuso un brindis por los que

vencen los vicios y resucitan. Brindaron con malbec, y ella de pronto miró irreflexivamente el reloj.

—¿Qué? —preguntó Fernández—. ¿Te tenés que ir?

—No, pidamos un postre —le respondió ella y se acarició el reloj con la vista perdida—. A esta hora Eduardo está corriendo por Palermo. Debe estar dando la segunda vuelta.

LA GRAN LECCIÓN DEL MAESTRO

Un compañero del hijo menor de Fernández tenía la mejor zurda de Palermo Soho y estaba enamorado de la chica más linda del mundo. Fernández acompañaba a su propio hijo a ese descascarado club todos los sábados por la mañana, se acomodaba en las gradas y disfrutaba viéndolo lidiar por el medio, mientras el padre de otro jugador daba siempre un espectáculo bochornoso junto a la línea. El zurdo tenía quince años y se llamaba Cristian, y el padre desaforado, que le gritaba instrucciones y lo llenaba de insultos cuando fallaba una pelota, era un cuarentoide tostado y panzón que firmaba cheques con el nombre de Gabriel Paz. Cuando terminaban aquellos partidos intercolegiales, Gabriel solía invariablemente recriminarle de todo a Cristian, aunque el chico hubiera metido ese día cuatro goles de media distancia. Le compraba una coca y le daba una filípica de quince minutos en el buffet. Fernández los veía de lejos: el padre, colérico y decepcionado; el hijo, triste y con los ojos perdidos.

A los seis meses, cuando ya el torneo había terminado, Fernández se enteró por una serie de infidencias de barrio la historia de estrategias y de amor que Cristian y Gabriel Paz habían urdido. El fútbol es un arte difícil de premeditar, pero el amor es directamente un arte imposible. De los dos, pocas dudas quedan sobre cuál es más peligroso y fortuito. En el amor fallan las jugadas de pizarrón, cunden los goles en contra y nos corren todo el tiempo el arco.

Gabriel, por decisión propia, se había separado hacía un año de la madre de su hijo, una mujer sufrida que se quedó más sola que un banderín. No había una tercera en discordia, sino varias mujeres inespecíficas y el ánimo de desplazar a esa señora aseñorada y mustia que no tenía retorno y que estaba destinada al ostracismo y la soledad. Gabriel era barrigón, pero se consideraba un seductor nato. Compró un departamento de cuatro ambientes, y una computadora para que su hijo pudiera quedarse a pasar con él algunos fines de semana, y se dedicó a ser soltero, oficio que algunos veteranos mitifican, luego sufren y al final abandonan.

Aunque Gabriel, claro está, parecía detenido todavía en aquella primera fase gloriosa cuando Cris empezó de pronto a perder peso. El padre no pudo menos que preocuparse, no tanto por el aspecto sino por la debilidad física que acechaba al aguerrido zurdo de Palermo Soho. Después de algunas vueltas, y de una revisión médica, resultó

que el chico tenía nada más que un problema: por primera vez en su vida le habían atravesado el corazón.

El pequeño drama ocurría en un secundario de la calle Borges. Y Mariana era la hija de una ex mannequin y de un mediocre actor secundario de telenovela. Producto de esa cruza exótica resultaba, en lenguaje de barrio, "un minón infernal". Todos los chicos de su curso le rondaban, y ella tenía mucha conciencia de su propia belleza, aunque poseía una personalidad fluctuante entre una lánguida ingenuidad y una sorprendente picardía. Parecía, alternativamente, una niñita inexperta y una hembra madura. A Cris todavía le interesaba más la playstation que los labios de una mujer. Sin embargo bastó que Mariana le diera un beso en la mejilla, lo abrazara y le rozara inocentemente el cuerpo en la algarabía general por el gol de Cambiasso contra Serbia y Montenegro, para que Cris quedara duro, seco, húmedo y rendido. Pero ese entusiasmo sorpresivo, vivido en el aula y al calor del Mundial, no se correspondió luego en la vida diaria: Mariana practicó siempre con él una tenue indiferencia. Tocado y desesperado, Cris habló con su madre. *Vos querela mucho, hijo* —le recomendó ella—. *Las chicas buenas no resisten que las quieran con todo el corazón. Y si es una chica mala, mejor perderla que encontrarla, ¿no?* Gabriel reaccionó con ira y desprecio, diciéndole a Cristian que ésa era una sentencia infundada y un clásico pensamiento de resignación, que su madre no entendía nada del amor, y que él tomaría el comando de la crisis y que, dada su vasta experiencia, sería el director técnico de la conquista.

Cris acató la orden como antes acataba las directivas futboleras, y se brindó por entero a una escrupulosa entrevista que su padre le hizo mientras le cocinaba unos spaguettis y lo obligaba a comérselos. Gabriel preguntaba todo tipo de detalles sobre el mundo adolescente, sobre los noviazgos de hoy en día, y sobre los ritos y ámbitos de la seducción. También sobre las características del objeto deseado. La conversación desembocó en Internet. Cris le enseñó los rudimentos del MSN y le explicó que cuando intentaba entrar en diálogo con Mariana ella no aceptaba o le daba respuestas cortas. *Te histeriquea, hijo* —teorizó el padre—. *Es para que no creas que está entregada*. Durante tres tardes consecutivas, el chico trató de acceder a la chica inaccesible, con su padre mirando por sobre su hombro y dictándole filosos diálogos. Como la táctica no daba resultados, Gabriel decidió que Cristian tenía que crear un nick, un nombre falso en una nueva cuenta de mail, y cautivarla con sus propias armas. *A ver, ¿a ella qué le gusta?* —meditó el padre—. *¿Me decís que le gusta Calamaro? Entrá en Google y bajá todas las letras. Todas. Vamos a estudiarlas una por una*. Cris le

hizo caso, y estuvieron leyendo en voz alta y analizando esos versos sobre amores desgarrados y perdidos. Gabriel le sugirió que abriera una nominación con uno de esos versos. Cristian Paz pasó a llamarse *Salmón. Sentiste alguna vez lo que es tener el corazón roto*, y Mariana cayó en la trampa: lo dejó entrar y estuvieron chateando una hora sobre las canciones. Gabriel aplaudía, Cris estaba asustado.

A lo largo de dos semanas, el padre asistió al hijo en sucesivas esgrimas del chateo que tenían como único objetivo arrancarle información privada a la chica más linda del mundo. Cumpleaños, fiestas, amigos en común, ídolos, gustos, rutinas. *Salmón*, a su vez, iba construyéndose como personaje apócrifo, cediendo datos sobre su misteriosa biografía, generando suspenso y acomodándose a los anhelos de ella. En paralelo, Gabriel le aconsejaba presentarse en tal fiesta, o hacerle determinado comentario en clase, o prestarle discos nuevos que ella no tenía. Los resultados eran desparejos. De atrás para adelante, Mariana aceptaba los préstamos sin entusiasmo, los comentarios casi no los oía y en los bailes lo trataba a Cristian como si fuera de vidrio. El hijo de Gabriel Paz fracasaba en los hechos mientras *Salmón* triunfaba en la realidad virtual. Los chateos eran cada vez más largos y profundos, mientras que los contactos reales no progresaban ni un centímetro. El padre, fuera de sí, le dijo una tarde: *Escuchame, esta mina está enamorada de* Salmón. *Tenés que hacer la Gran Batman. Vas mañana en un recreo y te sacás la máscara. ¡La derretís!* Cris temblaba de miedo. El primer día ni se atrevió a salir al patio. El segundo se le acercó pero a último momento siguió de largo. El tercero, conminado por su director técnico, acometió de frente, le dijo que era *Salmón* y Mariana se quedó muda, helada, seca y enfurecida. *Sos un infeliz*, le dijo y se fue corriendo.

El hijo estaba devastado, pero el padre no quería dar el brazo a torcer: *Cuando una mina dice que no quiere decir que sí, hijo. Ahora tenés que ser más valiente todavía. Ahora te la tenés que apretar*. Cristian vomitó el almuerzo, cayó en cama con fiebre, y resistió la orden de su padre durante cinco días. Pero al final no pudo contrariarlo más, asistió a un baile, arrinconó a Mariana contra la pared cuando salía del baño y le dio un beso rápido en los labios apretados. Ella, devolviéndole la gentileza, le dio un puñetazo en el pómulo izquierdo.

Harto de esa señorita impertinente, Gabriel Paz tomó el teléfono, llamó a la casa de Mariana y habló con su madre. *Yo también pensaba llamarlo*, le dijo la ex mannequin. Se citaron en un bar de Palermo Hollywood. Paz le llegaba al hombro. Era una mujer alta, espigada y elegantísima. Por un momento, Paz pensó que podría levantársela. Pero desechó rápidamente esa idea incorrecta y fue al meollo:

Escuchame, esto lo tenemos que arreglar nosotros —le dijo—. *Los pibes se quieren. No saben cómo manejar este asunto, pero se quieren de verdad*. La ex mannequin se lo tomó a la risa. Se rió un buen rato de una manera delicada y discreta, hasta que viró de pronto hacia la furia y le prometió a Gabriel Paz que haría expulsar a Cris del colegio y que luego lo demandaría a él por daño moral.

Al día siguiente, Cris era el hazmerreír del curso. Los preceptores se le reían en la cara y los profesores le hacían bromas en clase. Cris se refugió a tiempo completo en la casa de su madre, y Gabriel Paz creyó que su ex esposa estaba ejerciendo una influencia nefasta. El chico se llevó nueve materias, y las rindió entre diciembre y marzo. Volvió a la casa de su padre recién en abril. Lo encontró diez kilos más gordo, un poco deprimido y bastante desgreñado. Cris estuvo un rato nada más, tomó con él unos mates hablando de Excursionistas y al final recogió su mochila para marcharse. Antes de hacerlo, le dijo: —Ahora salgo con otra chica del barrio, papá. Una chica buena. Con buenas tetas.

—¡Hijo de tigre! —dijo Gabriel, levantando las cejas. Todo lo demás lo tenía caído. Su hijo abrió la puerta y a último momento se volvió hacia su padre, lo miró a los ojos y agregó: —Ah, y me olvidaba de algo. ¿Sabías que mamá tiene novio?

LA TEORÍA DE LOS MAMÍFEROS

Esta historia se hubiera hundido para siempre en el mar del olvido y la clandestinidad si no fuera porque a mediados de junio un profesor de matemáticas le escribió una carta a Fernández sintiéndose profundamente agraviado y amenazándolo con una demanda civil. El profesor se llamaba Omar Taibo y el cuento de Fernández trataba sobre un viejo relojero que se había enamorado de una mujer casada. La mujer, luego de muchos tironeos existenciales, había elegido quedarse con su marido y abandonar al amante, que la esperó décadas hasta que, recién en su viudez, logró reconquistarla.

Taibo sostenía que alguien había cometido una infidencia con el periodista y que éste había reproducido su desgarradora experiencia personal con leves simulaciones, personajes fantásticos y final cambiado. Se sentía vejado y expuesto, y quería la cabeza del "autor del libelo". Al principio, Fernández creyó que el profesor era un querellante profesional y se preparó para hacerlo trizas en los tribunales. Pero con la segunda carta se dio cuenta de que se trataba de un hombre ingenuo, y ofreció acompañarlo hasta Béccar para visitar la vieja relojería. No hizo falta. Taibo entendió que Fernández había actuado de buena fe y que se trataba de una casualidad. Tomaron un café en el Plaza Roma y el profesor admitió que el amor estaba lleno de lugares comunes, que todos éramos de manual y que solíamos tocar tres o cuatro variaciones de los mismos tópicos de siempre. *Es imposible plagiar un cliché* —dijo Fernández—. *Pero a la vez cada historia y cada ser humano tienen sus matices, ¿no? ¿Cuáles son los suyos?* El profesor Taibo no llegaba a los cincuenta, tenía ojos grises y bigotes cuidados; vestía un ambo negro y una corbata al tono, y parecía elegante en su esmerada austeridad. Pidió un coñac mientras escuchaba los argumentos de Fernández y al final, tres copas después, no le pidió reserva. Sólo le pidió anonimato. Fernández aceptó el relato sin prometer que lo publicaría. *Si lo publica puede titularlo: "La teoría de los mamíferos" o "No hay nada más difícil que separarse de un hombre bueno"*, sugirió Omar Taibo, y empezó a narrar con adverbios y adjetivos las consecuencias de un accidente.

Taibo llamaba "accidente" al hecho inesperado, irrefrenable y fatal de haberse enamorado de una profesora de Lengua que se llamaba Hilda Piqué. Trabajaban juntos en un colegio de Olivos y confraternizaban en la sala de profesores. Ella tenía cinco años menos

y era una mujer castaña y suave, hecha de sensaciones pausadas y de variadas lecturas. Los libros, precisamente, eran el territorio común por el que navegaban aquellos dos profesores mal pagos que amaban lo que hacían. A Hilda le parecía imposible que el hombre de las ecuaciones se interesara por Flaubert y por Dostoievsky. Ella le prestaba libros de literatura francesa y rusa, y él le traía en canje novelas de aventuras de Stevenson y Conrad. Ambos estaban felizmente casados: él con una atractiva ama de casa, ella con un mecánico dental. Pero los hijos de Taibo ya estaban en la universidad. Piqué, en cambio, tenía mellizos de ocho años: un varón y una nena. Eran dos sólidas y armónicas familias que vivían en los suburbios de la zona norte. Omar nunca le había sido infiel a su mujer. Hilda sólo lo había sido con un remoto catedrático francés con quien había mantenido alguna vez un romance esencialmente epistolar: cuando quisieron pasar de la fantasía a la realidad el amor se desvaneció en el aire. Pero ella había despertado a un nuevo escenario. *¿Por qué no?* —se preguntaba—. *Si es controlado resulta inofensivo. Y si no se mezcla es un desahogo de la vida. Nada más*. Usó esos argumentos cuando Taibo reculaba, con los pelos de punta, al comprobar en una confitería que sus sospechas eran fundadas: Hilda Piqué quería pasar de las novelas a los cuerpos. No se trataba de una mujer vehemente ni arrolladora: hablaba en susurros lentos y con una suavidad acaramelada que a Taibo le resultaba confiable, y que a la vez le transmitía sensualidad y misterio. Se movía también con una cautela felina, y lograba concentrarse en las cosas de un modo tan excluyente que a veces las cosas la borraban del mundo.

Con el tiempo, el profesor aprendería de la profesora esa gran lección. Ella le aplicaba un gozo intenso a cuestiones vitales pero mínimas: el sol, la luna, el cielo, el río, el verde, los olores, el pan, los sabores, los libros, el sexo. De adolescente le habían enseñado la mística de no hacer dos cosas a un mismo tiempo: cuando se come se come, y cuando se hace el amor se hace eso y nada más, saboreando todo lentamente, entendiendo que en esa concentración está cifrado el verdadero secreto de la dicha. Durante un año entero Taibo y Piqué hicieron el amor muchas veces. Y él, que en raras ocasiones lograba perder la lucidez, permanecía con los ojos abiertos, extasiado frente al éxtasis concentrado de ella, que apagaba la mente y vivía cada segundo para ese deleite como si no existieran pasado, presente ni futuro en esos momentos de gritos y colores. Esa estrategia de concentración gozosa, esa progresión permanente de uno a otro casillero sin pensar en el siguiente, hacía que ella perdiera también la memoria, e incluso la perspectiva. Es por eso que el profesor debía

resumirle de vez en cuando cómo se veían desde afuera, por qué casilleros había escalado y qué figura formaba su itinerario. Ella iba ladrillo a ladrillo, y él trataba de mostrarle cómo era la medianera y qué edificio estaban construyendo.

El profesor era, como se ha dicho, un amateur en amores extramatrimoniales. Desnudarse por primera vez ante otra mujer fue tan fácil cómo saltar de un rascacielos a otro. Primero la paseó una semana entera por Martínez y Acassuso, y luego le dio un beso en la boca en una plaza de San Isidro. Ella le escribió con el dedo índice "te deseo" en el muslo izquierdo, y esa misma noche él entró en Google para buscar un albergue transitorio. Descubrió un hotel para parejas que se llamaba Troya y la llevó al día siguiente en su Chevrolet Corsa. Le temblaban las piernas y tenía frías las manos del miedo, pero el asunto resultó mejor de lo esperado. El asunto fue incluso más que eso. Fue intenso, dulce y conmocionante para los dos. Y lo repitieron de lunes a viernes durante meses, sin lograr despegarse de esa experiencia turbadora que los estaba cambiando.

Omar fue el primero en percibir el terremoto. Después de una vida serena y previsible despertaba a una vida peligrosa, brillante, cálida, esperanzadora. Una vida sensual. El sacudón fue tan fuerte que de inmediato quiso casarse con Hilda. Se lo propuso entre risas mientras tomaban el té. Era ridículo y lo sabía, pero lo estaba diciendo en serio, y ella se dio cuenta. Taibo quería, infantilmente, empezar de nuevo y garantizarse para siempre esos destellos. Ella, que era más madura, tomó la taza con las dos manos, como si fuese un tesoro humeante, y le dedicó una sonrisa encantada pero escéptica. La pasión, según distintas teorías, no podía superar los 180 días o a lo sumo los tres años, le dijo. La pasión, pese a que Taibo oponía citas de escritores franceses, era perecedera.

De inmediato se abrieron las aguas. La profesora, plástica y dividida, separó en dos planos sus días y no dejó que aquel romance escondido interfiriera en su vida marital. Tejía de día y destejía de noche, como Penélope, y creía que el torrente de aquel nuevo mundo no pasaría las grietas de la pared ni inundaría su dormitorio. Le marcó claramente a su amante los límites, le dijo que había una pared y que él no podría franquearla jamás. Y que sobre esa pared podía construir lo que quisiera mientras lo que quisiera no fuese tirarla abajo. Práctica y con enorme capacidad para escindirse, ella le decía en la cama palabras de amor indisimulables, pero luego se bañaba, se vestía y se marchaba; cruzaba los puentes y vivía sin prejuicios en el otro mundo, y al ser interrogada por Omar sobre sus declaraciones amorosas de la víspera, simplemente las negaba. O las colocaba cuidadosamente en

contexto: en el colmo del placer se pueden decir muchas pavadas. Ella no estaba enamorada, que no se confundiera. Admitirse "enamorada" implicaba algo muy grave. Implicaba dejar que él rompiese la pared y penetrara en su mundo. Y su mundo era feliz y funcional, un hogar cálido y bien constituido, un paraíso inexpugnable.

El profesor, en cambio, se dedicó desde el comienzo a sufrir mal de amores. Tuvo una visión simple pero realista de su propia situación: se había enamorado de Hilda Piqué y eso significaba que había dejado de amar a su esposa. La quería como siempre, era una esposa bella y admirable en todos los sentidos posibles, pero otra mujer le acababa de quebrar el espinazo. Una mujer que ni siquiera podía corresponder a sus sentimientos. Omar Taibo sentía esa doble tragedia sobre sus espaldas: su matrimonio estaba terminado y afuera no podía contar con nadie.

Hilda Piqué, al verlo tan deprimido, le regaló un disco del Cigala. *No te puedo comprender, corazón loco. Yo no me puedo explicar cómo las puedes amar tan tranquilamente. ¿Cómo se puede querer a dos mujeres a la vez, y no estar loco?* Taibo leyó con ligereza esos versos, pero adoptó el carácter melancólico de "Lágrimas negras" como si fuera la banda sonora de su catástrofe sentimental. Piqué le estaba diciendo que lo quería y que eso debía resultarle suficiente, y también que jamás renunciaría a su "amor sagrado", al compañero de su vida, marido y padre a la vez.

El profesor de matemáticas era un monogámico estructural y esa esquizofrenia le parecía inalcanzable. Sufría como un colegial y se sentía un inepto al no poder ser un mero amante deportivo. También al no poder ser honesto con su esposa: mirarla a los ojos y decirle la verdad de un tirón. Ella no tenía culpa de nada. Nadie se había equivocado y nadie era culpable. Lo que había ocurrido era un accidente. Es un accidente, querida, y ahora tengo que irme de casa.

Se fue de casa recién a los seis meses, cuando su esposa descubrió, dentro de un libro de logaritmos, un largo poema que se llama simplemente "Hilda". Hacía rato que no hacían el amor y que Taibo permanecía largas horas en silencio, mirando sin expresión las bibliotecas. El poema delator había sido escrito y escondido por el inconsciente del profesor de matemáticas para que su mujer pudiera hallarlo. La ruptura no fue muy civilizada. Nunca lo es. Las rupturas, como las devaluaciones, no se dividen en buenas y malas, sino en malas y peores. Una de las formas del infierno podría ser ésta: *infligirás dolor a una persona que quieres*. Para dejarla, para juntar el coraje de dejarla, Taibo tuvo que infligirle un gran dolor a su mujer contándole lo que había pasado, y ella trató una y otra vez de revisar lo que

habían hecho mal. Desesperado en su argumentación, Omar tuvo entonces que disecar su matrimonio y hacharlo sin piedad, como si nunca hubiesen sido felices y como si tuviera que demostrar un teorema matemático. El remedio fue peor que la enfermedad, y su esposa quedó sola y herida; lo odió de inmediato. Lo odió con toda su alma. Otra de las formas del infierno: *te odiará una persona a la que quieres y respetas*. Taibo se llevó el Chevrolet Corsa y alquiló un departamento de tres ambientes frente a la estación de La Lucila.

Los seis meses previos estuvieron signados por el mutuo descubrimiento. Piqué no podía evitar llamarlo varias veces por día, y tampoco citarlo para paseos románticos en las márgenes del río o en callecitas coloniales. Se contaban febrilmente sus historias personales, y a veces ella se dejaba llevar por el ensueño y caía en el juego que el profesor le proponía: soñaban entonces una existencia en común, a la luz del día, sin mentiras ni ocultamientos. Taibo estaba dispuesto a criar a sus hijos y a pagar todos los precios. La profesora empezó a tener olvidos. Olvidaba una carpeta en un café, el celular en el baño de un restaurante o una gargantilla en la habitación 12 del hotel Troya. Una tarde, cuando Taibo le rescató unos apuntes olvidados en un zaguán, Hilda le dijo al borde de su propio jardín:

—Tengo un mal presentimiento, ¿sabés? Me parece que me estoy enamorando de vos.

—No te preocupes —le dijo él—. Ya se te va a pasar.

Hasta entonces Hilda parecía inconscientemente feliz. Podía disociar y llevar con elegancia su doble vida. Pero a partir de esa tarde comenzó a verificar que el amor de Taibo contaminaba su matrimonio. Ella vivía hechos de amor innegables, pero vivía negándolos. Atravesaba la crónica de la noticia, pero no podía hacer su análisis. Omar tenía que analizar lo que estaba aconteciendo. El mecánico dental con el que estaba casada era un ídolo de sus amigos y de su familia, el vértice de todos los encuentros y solidaridades, el héroe desinteresado de su amplísima zona de influencias. Pero llegó el día en que la profesora no podía siquiera besarlo en la boca.

Fue en ese momento cuando el profesor se dejó ganar por la esperanza. Se dijo a sí mismo: *Me ama, pero no puede blanquearlo ni siquiera ante sí misma, y no puede hacerlo por miedo. Por miedo al derrumbe de su modelo*. Una vez más Hilda Piqué podía concentrarse en los ladrillos, pero no podía ni quería ver las formas que tenía la construcción. Taibo creía que su amante construía, sin proponérselo, un castillo para ellos. Un acogedor castillo de afinidad y de pasiones.

El frío entre la profesora de Lengua y su esposo fue en aumento hasta que una noche el mecánico dental le pidió que fueran juntos a

misa de siete y que se quedaran un rato en silencio dentro de la capilla cuando todos se habían retirado y empezaban a apagarse las luces. El mecánico era muy creyente. Le acarició la cabeza y cuando ella se volvió para mirarlo se dio cuenta de que estaba llorando. *Te estoy perdiendo*, le dijo él. Estuvieron llorando juntos toda la noche, hablando de lo que les ocurría y de la necesidad de ponerle empeño a una reconciliación. Al día siguiente, Hilda dio muchos rodeos pero al fin le comunicó a Omar que debían terminar. El profesor estaba devastado. No podía creer lo que escuchaba. ¡De manera que todo había sido un fraude! ¿Cómo había podido engañarse de tal forma? ¿De esto se trataba todo? ¿De una esposa aburrida que quería divertirse y que todo lo que pretendía era despertar a su marido de la indiferencia? La despidió entre lágrimas negras, y dejó de hablarle por una semana. Ni siquiera tomaba café en la sala de profesores. Hacía tiempo en los pasillos, fumando y fumando mientras masticaba la pena y el desengaño. Pero Hilda le cortó el paso un viernes por la tarde, a dos calles del colegio, lo abrazó con desesperación y le dijo al oído: *Te extrañé tanto, te extrañé tanto, mi amor*. Y volvió a arder Troya.

Después de ese reencuentro abrasivo siguieron flotando juntos a la deriva, sin tratar de entender adónde los llevaba la corriente, anhelando que la vida fuera dictando sentencia y que en el carro, como decía el apotegma peronista, los melones se fueran acomodando solos. Los melones hacían lo que querían. El corazón no acepta decretos de necesidad ni de urgencia. Hilda Piqué podía sacrificarse en el altar familiar, negar el deseo y la ilusión, y poner a disposición la voluntad y la cabeza, pero no podía sostener su plan en tiempo y espacio. Porque su plan era puramente cerebral, y lo que estaba en cuestión aquí eran las emociones, esas hadas malditas.

A medida que pasaron las semanas, el mecánico dental se iba desentendiendo de la cuestión: el asunto no podía ser tan grave, apenas una bajada después de una subida, ciclotimia de un matrimonio largo que luchaba por mantenerse vivo. Nada más. Omar Taibo, en la otra vereda, se jugaba el pellejo cada día, daba todo lo que tenía y desbordaba amor, lujuria, tiempo, esfuerzo y cuidados. Hilda era una esponja, tomaba todo una y otra vez, y hasta permitía que el profesor actuara como jefe operativo de la pareja. Omar le daba coartadas y preparaba las complicadas salidas en los laberintos de la clandestinidad. A veces, se sentía el jefe de seguridad de su propio purgatorio: en lugar de conseguir que todo volara por el aire, vigilaba con ojo de detective cada detalle para que ella no fuera descubierta; se encerraba metafóricamente en su celda cada noche, daba dos vueltas a

la cerradura y se tragaba la llave. *Pedime lo que sea*, le ofrecía. *Solamente te pido que me quieras mucho*, le respondía ella. Se trataba de un pedido sumamente raro. Si algo estaba claro en toda aquella historia era que el pobre hombre moría de amor por esa mujer, aunque Hilda no podía devolverle las mismas gentilezas. Ella seguía dudando si se había enamorado o si se trataba de un gran malentendido. Quería que la quisiera mucho porque se imaginaba, intermitentemente, cambiar su "paraíso" por aquel profesor que la amaba con minuciosa obstinación, y necesitaba ese combustible nuclear para llevar a cabo semejante despegue.

Taibo trató de razonar con ella. *Somos mamíferos* —teorizaba—. *El león deja su cueva y se va con otra leona sin remordimientos. Lo hace siguiendo su instinto vital. Nosotros, en cambio, somos mamíferos refinados, nos cortamos las uñas y nos vestimos con ropa elegante, jugamos a ser racionales pero nunca dejamos de ser animales sublunares. Hemos construido cultura y religión sobre ese instinto, y entonces practicamos la culpa y no queremos dañar a la leona que dejamos*.

Piqué aceptaba ese argumento porque se consideraba una mujer esencialmente instintiva. Pero regresó de un fin de semana con una refutación: *Estuve todo el domingo estudiando con los mellizos, mirándolos de a ratos e imaginándome el hondo disgusto, la tremenda herida que les provocaría con mi egoísmo* —le confesó lagrimeando—. *No hay forma de explicarles a dos chicos de ocho años la teoría de los mamíferos. Casi no pude dormir, Omar. Hay otro instinto. El instinto de la cría. No puedo hacerles esto. ¡No puedo!*

El profesor percibió que la profesora intentaba desertar y, para que no sufriera, decidió cooperar con ella: la llevó a comer a un restaurante de Martínez, le preparó el terreno y puso en su boca las palabras que lo ajusticiaban. Se despidieron tiernamente, diciéndose que nunca se olvidarían. La mujer tomó una servilleta de papel, dibujó un corazón y escribió*: te quiero, lindo*. Pero el corazón no cerraba en punta, quedaba abierto. Como si drenara cualquier certeza. Taibo se lo metió en el bolsillo y anduvo como un alma en pena. Dejó que su esposa descubriera la verdad y se mudó a La Lucila. Dos semanas de silencio más tarde, Hilda lo llamó para decirle que estaba embarazada.

Una nueva sensación de vacío y de soledad desgarraba a Omar Taibo. De pronto se había quedado sin su esposa y sin su novia, se ahogaba en su improvisado bulín y salía todos los días al balcón a ver la estación ferroviaria y a fumarse los nervios. No era un Don Juan ni estaba preparado para confraternizar con otras mujeres. Apenas podía atemperar la tristeza con las visitas de sus hijos, que se habían hecho el propósito de quedarse a dormir con él varios días a la semana a

pesar de que no se les había pasado el enojo. Los tres hijos se habían alineado con la madre y les parecía que Taibo había perdido temporalmente la razón.

La noticia del embarazo sacudió al profesor, y lo llenó de miedos e ilusiones especulativas. De nuevo se estaban evitando en el colegio, pero ante la emergencia dejaron de hacerlo para hablar a puertas cerradas en el desierto salón de actos. El profesor no quiso tocarla, pero la profesora le tiró los brazos al cuello y se acurrucó en su pecho. No estaba embarazada, pero era muy regular y tenía un atraso considerable. Se le había metido en el cerebro la idea obsesiva y paranoide de que Dios, con "su magnífica ironía", castigaría así sus pecados: tenía un verdadero susto de muerte. Había una sola manera de sacarse la duda. Ella le hizo dos rápidas preguntas: *¿Me acompañás?* Y luego, mientras caminaban por la galería: *¿Qué harías si estuviera embarazada?* Taibo se encogió de hombros: *Haría lo que vos quisieras.* Hilda le apretó la mano. Estaba conmovida. Compraron un evatest en una farmacia. Ella se metió en el baño de un bar y él la esperó en la vereda comiéndose las uñas. Colijo, en ese instante crucial, que lo mejor para todos sería un resultado negativo, pero luchaba internamente con la luz de la esperanza, con la fantasía de tener un hijo con Hilda y que con ese hito diera vuelta la partida. Pasaban los minutos y Piqué no salía, y Taibo le prometió al cielo que si todo resultaba bien, si lograban zafar de aquel enorme aprieto, él se entregaría pacíficamente al olvido y recuperaría la vertical.

La profesora salió a la calle con una sonrisa inconfundible. Negativo. Se abrazaron a pesar del peligro de mostrarse juntos en público, y respiraron aliviados. Fueron a almorzar a uno de los restaurantes de la calle Dardo Rocha para despedirse con grandeza. Pidieron champagne. La comida duró tres horas. Estaban eufóricos y Taibo hablaba de libros y de aventuras. Piqué, en un arrebato, le dio un beso con la boca abierta. *Perdoname* —le dijo—. *La carne es débil*. Los rodeaban cientos de personas. La llevó en el Chevrolet Corsa hasta su casa. Tres calles antes ella le pidió que doblara hacia el río: quería mostrarle algo. Estacionaron en la playa de un club náutico, a la sombra de un árbol. Piqué se le subió encima y tuvieron sexo apurado y delicioso.

Después pasó lo que ya había pasado. *Si no podemos estar separados* —sintentizó la profesora—, *tendremos que estar juntos*. Y retomó dos cosas: la ardiente rutina con Taibo y las sesiones de psicoanálisis que había abandonado en 1989. Seguía sin poder asegurarle a nadie que amaba al profesor, seguía creyendo imposible separarse del mecánico dental, pero se volcó al diván con disciplina, buscándose a sí misma.

Se buscó y se buscó, y fue descubriendo lo obvio: su matrimonio languidecía. Cada vez que salía de la sesión, Taibo la esperaba con el motor prendido. Ella siempre lloraba. Las primeras veces porque se daba cuenta de que estaba realmente enamorada de Omar; las otras porque iba reconociendo los conflictos negados de su matrimonio. Un día le pidió a Taibo que la acompañara a la sesión, se lo presentó a la psicóloga y le propuso que contara su versión de los hechos. Era una lacaniana heterodoxa y comprensiva, y a pesar de que el profesor se afanó por demostrar que los unía un amor inconmensurable, la psicóloga se fijó más en los gestos que en las palabras. Taibo temió haberse comprado una enemiga, pero nada de eso sucedió. El lenguaje corporal benefició aquella tarde al profesor y Piqué, inesperadamente orgullosa, lo llenó de besos en la calle.

Taibo percibía con cierta lucidez que ella lo había llevado para que él pudiera resumirle, una vez más, cómo se veía desde afuera, por qué casilleros había escalado y qué figura formaba su itinerario. Ella seguía yendo ladrillo a ladrillo, y él debía mostrarle en terapia cómo era la medianera y qué edificio estaban construyendo.

La progresión de los hechos los llevó a un fin de semana riesgoso. Hilda tenía que corregir una montaña de exámenes y el mecánico dental tomó a los mellizos y se los llevó de paseo tres días a Colonia, donde vivía gran parte de su familia. Piqué invitó a Taibo a conocer su casa. Le pidió que trajera cepillo de dientes. Esa noche, el profesor cruzó el jardín y entró en el chalet de piedra que tantas veces había visto de lejos. Llevaba los testículos en la garganta. Ella cerró la puerta y lo abrazó con amor y deseo. Tenía preparadas las bebidas y pedida la comida china a un restaurante de la zona. El delivery los sorprendió cuando hacían el amor en el sofá. Luego lo hicieron en la cocina, sobre la alfombra del comedor, en la cama del dormitorio y hasta en el baño. Como si quisieran imprimir en cada palmo de ese territorio lo que eran y lo que sentían. Apenas pudieron dormir, dominados por las ganas, y vivieron como marido y mujer el sábado y el domingo. Piqué le hizo un recorrido por su guardarropas, sus rincones y sus recuerdos. Y Taibo tragó saliva mirando las fotos de sus hijos. Los mellizos eran enormes. Enormes. Eran más altos de lo que habían sido las Torres Gemelas. El instinto de cría se escondía detrás de todo, con su sombra amenazante. Y luego estaban sus múltiples amigos y parientes. Eran cientos de ellos, formaban una comunidad autónoma: caras y caras de personas que creían que el mecánico dental y la profesora de Lengua armaban la pareja perfecta. ¿Qué pensarían de ella sus hijos, sus parientes y sus amigos si se enteraran de que había dejado de querer al hombre más querido de la Humanidad? ¿Qué relato podría

construir ante ellos y ante sí misma? *Nunca estuvimos realmente casados, ¿saben? Nos quisimos, pero sin entregar nuestros respectivos interiores. Fuimos barcos que navegamos juntos, pero cada uno encapsulado en sí mismo. Y las mareas de la vida imperceptiblemente nos fueron separando, y hubo un momento en que anduvimos a la deriva, y otro momento en que descubrimos que ya el mar nos había llevado lejos, a un punto sin retorno*, podría haber dicho ella sin decir la verdad. La verdad indecible era así: *También pasó otra cosa que no puedo decirles. Pasó que en el trayecto me enamoré de otro hombre. ¿Hice mal? No fue mi intención, se los aseguro. ¿Me perdonan? ¡Por Dios, perdónenme, soy buena!* Una mujer buena tratando de abandonar a un hombre bueno. No hay nada más titánico que separarse desde el amor. Es por eso que la gente prefiere derivar las cosas hacia la indiferencia y el odio: desde esos diques es más fácil soltar amarras.

La profesora tenía baja tolerancia a la crueldad. Y la situación la obligaba a ser cruel. Era toda una contradicción: tenía que mentir para no causar daño; tenía que ser deshonesta para ser buena. ¿Cómo una buena persona le dice adiós a otra buena persona? Curiosamente, desanimada con él y enamorada de otro, no decirle adiós sería deshonesto. Podía llamarlo "piedad" o "mentira piadosa", pero sería realmente de mala persona ocultarle a un hombre bueno que ha dejado de quererlo. Un hombre bueno tiene derecho a la verdad, por más dolorosa que sea, pero la profesora era incapaz de decírsela para no lastimarlo. Qué paradoja.

Cuando Hilda Piqué orillaba esos escenarios, cuando llegaba a ese monólogo interior, el miedo la nublaba y la hacía retroceder. Taibo descolgó de una pared una foto de su casamiento y miró con interés el rostro de su marido.

—Yo lo sigo queriendo, Omar —le dijo entonces ella, detrás suyo —. No estoy enamorada, pero lo sigo queriendo.

—Las cosas nunca se terminan completamente —le respondió él, acusando una puntada en el costado—. Yo también sigo queriendo a mi ex mujer. La carne siempre queda cruda. Recién se cocina en el horno de la próxima relación.

—No sé —redondeó Hilda, pensativa—. No sé, no sé.

Caía la tarde del domingo y Omar se tenía que ir. Taibo pensó: *Ella no tiene antes ni después, pero tampoco tiene atrás ni adelante; ella resbala y cambia, y nunca se queda fija. Nada se puede construir sobre un blanco móvil*. Se paró frente al living, un minuto antes de salir, y le dijo:

—¿Y yo qué puedo ofrecerte, linda? ¿Qué puedo ofrecerte si vos lo tenés todo?

Ella lo abrazó: *Tu amor, tu protección, tu sensibilidad*, le enumeró,

enternecida. Taibo volvió a La Lucila caminando, con la cabeza gacha. Era pesimista, y tenía razón: a la semana la profesora le contó que había vuelto a hablar con el mecánico dental, y que había ido a fondo sin revelar el gran secreto, y que él le había pedido asistir a una terapia de pareja con la lacaniana heterodoxa y comprensiva. Taibo había estacionado el Chevrolet Corsa en una calle que chocaba contra las vías del tren.

—¿Y de qué van a hablar si lo principal está callado? —preguntó el profesor de matemática con dolor y con rabia.

—Él quiere jugar el partido y yo tengo la obligación moral de jugarlo, mi amor.

—¿Moral? ¿Obligación moral? ¿Y yo qué voy a hacer mientras tanto?

—No sé, no sé —seguía respondiendo, inquieta y nerviosa—. No sé, esperarme.

—¿Esperarte? ¿Dónde? ¿En el banco de suplentes?

La esperó en el banco de suplentes, donde la piel quema y el tiempo es lento y tortuoso. Ella pidió licencia sin goce de sueldo en el colegio, y Taibo pudo imaginarla durante varios días haciendo el amor y los deberes del deber ser con aquel mecánico dental, saliendo juntos por las noches y riéndose hasta el amanecer, felices de haberse recuperado. Fue en ese breve interregno en el que el profesor quiso dedicarse a otras mujeres, para quienes era muy buen partido. Pero no importaba lo que pasase, Taibo siempre terminaba solo, en su balcón, fumando y fumando la paciencia del relojero frente a la misma estación ferroviaria, consumido por su precariedad emocional, por sus celos y por su angustia.

Tres semanas más tarde, cuando la relación cumplía exactamente un año, la profesora lo llamó por teléfono para citarlo en el bar del Centro Asturiano de Buenos Aires. Taibo estuvo a punto de mandarla a la mierda, pero no pudo reprimir un gruñido, ni bañarse en perfume, ni manejar con el alma en vilo hasta Vicente López. Ella lo esperaba, sombría, leyendo unos versos de Baudelaire. Le contó todas las instancias de la terapia. Le contó que estaba conmovida por los esfuerzos de su marido, que él estaba modificando punto por punto lo que fallaba entre los dos, y que ella andaba todo el día con el corazón revuelto. Luego le pidió que caminaran un rato. Caminaron por el Campo Covadonga hasta el río, y ella lo abrazó y lo besó largamente, y le dijo: *Te extrañé tanto, te extrañé tanto, mi amor*. Fueron directo a Troya y ella mezcló orgasmos con llantos ingentes. Taibo creyó que se estaban despidiendo, pero Piqué decía una y otra vez: *No tengo energía, mi amor, ya no tengo energía para amarlo*.

El profesor de matemáticas, desnudo en la tormenta, entendió entonces lo contrario. Entendió que todo se resolvería a su favor. Pero ella se despidió efectivamente para siempre: no respondió nunca más sus llamados y renunció al colegio y a sí misma. Habían trascurrido tres meses desde entonces. Taibo le preguntó a Fernández en el bar Plaza Roma:

—Usted que es un experto, ¿qué piensa de todo este lío?

—Que necesito un trago —dijo Fernández.

Le trajeron un coñac. Fernández dijo: *Somos extraños los mamíferos*. Y Taibo movió la cabeza, sonreía con los ojos grises:

—No me estará compadeciendo, ¿no?

—Compadezco a todos a quienes alguna vez les cae encima la maldición del amor.

—¿Le serviría saber que Hilda salvó mi vida?

—¿La salvó?

—¿Le serviría saber que si tuviera que vivirlo todo de nuevo lo haría?

Taibo y Fernández se clavaron la mirada. Había ruido de vajilla y olor a café. Fernández alzó su coñac. Chocaron las copas.

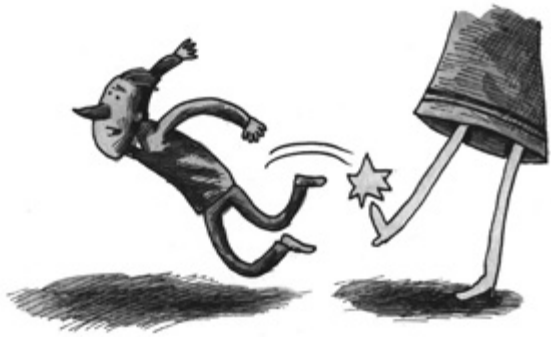
—Sí —dijo—. Me serviría.

"La teoría de los mamíferos", por entregas y con nombres cambiados, salió publicada los cuatro domingos sucesivos de agosto. En diciembre, Andrés Calamaro dio un recital multitudinario al aire libre en Obras Sanitarias. Lo acompañaban los músicos de la Bersuit Vergarabat, y Fernández llevó a su familia a corear aquellas canciones de la resurrección.

A pocos minutos del comienzo, hizo una cola de cien metros para desahogarse en un baño químico y descubrió al azar, entre el gentío, a Omar Taibo. El profesor de matemáticas discutía amablemente con un puestero de souvenires rockeros y les iba probando vinchas y remeras negras del ídolo a dos chicos de nueve años: una nena y un nene rubiones e idénticos, que se mostraban fascinados con la situación. Taibo parecía más joven, con su campera náutica y sus zapatillas deportivas. Fernández lo vio pagar con un billete, tomar a los mellizos de la mano y caminar hacia la muchedumbre apretada. En un momento, y por alguna razón, giró su cabeza y los dos hombres cruzaron miradas soñolientas. Los ojos se iluminaron en un segundo, y Taibo sonrió ampliamente, y levantó un brazo y lo agitó con simpatía y con cierta nostalgia. Fernández le devolvió el gesto desde lejos. Taibo parpadeó otro segundo, volvió a tomar de la mano a los chicos y desapareció en la marea humana.

Esa noche Calamaro cantó un tema escasamente frecuentado que

decía: *La culpa es un invento muy poco generoso, y el tiempo, tremendo invento sabandija. Será que será suficiente con que uno elija, porque si no la buena fortuna pasa de largo*. Fernández trató, hasta último momento, de localizar con la vista al profesor y a los mellizos. No le interesaba tanto verlos de vuelta como observar el rostro castaño y acaramelado de la misteriosa Hilda Piqué. Pero no fue posible. Se los llevó la corriente. Eran ya parte de todos.



UNA RADIANTE MAÑANA DE HIEL

Julio murió en agosto. Murió figurativamente durante una mañana soleada de agosto de 1995, cuando un mal pálpito o acaso la inquietante proximidad de su mujer lo despertó de un sueño profundo. Su mujer se llamaba Claudia y lo estaba mirando dormir. Cuando notó que abría los ojos ella emitió un respingo, se recompuso y se levantó de la cama. Julio observó que ya estaba vestida para ir a dar unas vueltas en bicicleta por los contornos del lago Regatas, como hacía todos los domingos. La vio caminar hasta la ventana, correr las cortinas para que entrara el sol, desaparecer en la cocina y regresar con la bandeja del desayuno. Era evidente que ella ya había desayunado. Julio se sentó frente a las tostadas y al café con leche, y Claudia le dijo un lugar común. Le dijo: *Tenemos que hablar*. Los lugares comunes son grandes ideas que han resistido el paso del tiempo, y son principalmente herramientas útiles cuando las papas queman. Esa mañana las papas quemaban:

—Mirá, Julio, hace un tiempo que vengo pensando esto, dándole vueltas y vueltas al asunto, pero no hay caso —se largó—. La verdad es la verdad, y no hay forma de cambiarla. Yo no te quiero más, Julio. Es un dolor muy grande decírtelo. Porque en realidad te quiero, tengo un gran afecto por vos, sos un buen tipo. Pero ya no te amo. Dios mío, perdoname el kitsch. Te quiero pero no te amo. Y esto se tiene que terminar. Y se tiene que terminar lo más rápido posible.

—¿Me estás jodiendo? —atinó a preguntar Julio, y volcó el café.

Era una declaración sin preaviso y sin anestesia. No venían de ninguna crisis, no habían discutido ni se habían enfriado sexualmente, ni había terceros a la vista, ni siquiera había signos visibles de algún tipo de desgaste. No era una larga agonía con un final de muerte anunciada. Era un día soleado y pacífico con una repentina explosión ensordecedora. Una explosión que cambiaba una vida.

La conversación triste y abrupta, al borde de la cama matrimonial, duró cincuenta minutos, después ella tomó su bicicleta y desapareció por seis horas. Cuando volvió al departamento comenzó a hacer sus valijas. Esa noche durmió en casa de una amiga. A los quince días, y luego de varias discusiones telefónicas, habían comenzado los trámites de divorcio. A los dos meses estaban legalmente divorciados. A los cuatro, Julio defendió a Fernández en una audiencia de conciliación con un sindicalista que lo acusaba de calumnias e injurias. Julio era

un gran abogado penalista: con argumentos cívicos y judiciales pasó literalmente por encima al querellante, y el gremialista tuvo que recular esa tarde a una ronca disculpa. Fernández abrazó a Julio en Plaza Lavalle y éste pasó de la sonrisa a la melancolía, y de allí directamente al llanto. Se sentaron juntos en un banco para que el abogado pudiera recuperarse, y Fernández, con la boca seca, le puso una mano sobre el hombro. Julio le pidió disculpas, quiso cambiar de clima y de tema, pero trastabilló con una lágrima y terminó explicándole el dolor que sentía. Su abogado era un hombre durísimo, verlo derrumbado dejó a Fernández en extrema vulnerabilidad. Le dijo lo primero que pensó: *Tiene otro tipo*. Julio se encogió de hombros: *Me parece que no. Pero igual, ¿qué importa? El daño está hecho*.

A lo largo de todo ese año, Julio se llenó de trabajo, ruido y expedientes. Cada noche, exhausto como estaba, apoyaba la cabeza en la almohada y lloraba hasta quedarse dormido. No vio ni tocó a ninguna mujer en todo aquel tiempo, y no cayó nunca en el mal gusto de hablar mal de ellas, algo que sus amigos hubieran entendido. Eso sí: el amor, para Julio, era un caso cerrado.

En 1996, de vacaciones por Francia y por Italia, una estudiante noruega se lo llevó a la cama y luego una italiana del sur lo tuvo prisionero tres días en una posada de Florencia. Regresó a la patria con otro ánimo. Tiró los lutos a la basura y comenzó la cacería. Para hacerlo, se dio cuenta de que debía adelgazar varios kilos y desarrollar musculatura. Abandonó entonces su caprichoso sedentarismo y acudió todos los días, con lluvia o sin ella, al gimnasio de la vuelta. La estrategia tuvo éxito. Julio era relativamente joven, promisorio, convincente y seductor. Comenzó a tocar todas las puertas, y muchas, pero muchas, se le abrieron. Amigos le presentaban a amigas, asistía a fiestas donde alternaba con chicas que le daban calce, recorría los circuitos de solos y solas, chateaba en sitios de citas, y caminaba los pasillos de Tribunales buscando presas. Se trataba de un deporte como otro cualquiera, una distracción magnífica contra la soledad del desamor y de la muerte.

El abanico de edades era abierto, pero Julio prefería mujeres de veintiséis o veintisiete años porque por lo general permanecían todavía solteras y porque querían casi siempre la misma medicina que él necesitaba: diversión intensa sin ningún compromiso. Pasados los treinta, esa situación iba progresivamente cambiando: las mujeres se presentaban muy deseosas de casamiento. En los cuarenta, el peligro era directamente letal: muchas mujeres separadas buscaban un padre para sus hijos. Salvo raras excepciones, Julio no se metía con las chicas de cincuenta: eran las más inteligentes, se jugaban a todo o

nada y podían enredarlo con suma facilidad.

Cuando una mujer hacía extremadamente bien el amor, él se despedía de ella sin darle la menor chance y sin volver la vista atrás. Cuanto más le gustaba una mujer más rápido la abandonaba. No engañaba a ninguna: había sido herido una vez y no podía darse el lujo de volver a sufrir. *Tenés que irte, bebé, mañana me levanto temprano*. Se había convertido en un atleta de los sentimientos, pero no por picardía o por convicción sino por miedo. Tenía muchísimo miedo de volver a enamorarse. De entrar de nuevo en el gran juego, y despertarse una mañana y que su nueva mujer lo estuviera esperando con una taza, una tostada y una pésima noticia. Cada domingo por la mañana recordaba, aunque sea por unos segundos, aquel amargo despertar. Y aunque era capaz de reconocer el mecanismo irracional que encerraba ese temor, no podía superarlo. Claudia, contra todas las apuestas, vivía sola y tenía romances ocasionales, pero mantenía la idea de que el amor se había terminado con Julio, y que mantener por conveniencia el matrimonio era una miserable traición.

Una dama vagamente parecida a Claudia logró cuatro encuentros sucesivos con Julio. El récord fue roto recién durante el apocalíptico año 2000 y la señorita se llamaba Daniela: era una simple maestra jardinera, pero logró lo que ninguna otra. Logró que Julio sintiera, una tarde, deseos de volver a verla. Y que esos deseos se repitieran a lo largo de meses sin que el abogado lograra sustraerse de esa riesgosa cautivación. Julio se reconocía ante Fernández como alguien consciente de que era un auto avanzando a toda velocidad contra un muro, pero la verdad es que por primera vez no lograba torcer el volante. Iba directo al choque, con los ojos abiertos y la mente fresca.

Daniela no tenía remilgos, ni le impresionaba el carácter huidizo de Julio, ni intentaba congraciarse con sus dolores y francamente le importaban un bledo sus aires de conquistador inconquistable. Desde el principio lo amó sin prejuicios ni miedos, con voracidad, con ternura y con rigor. Fernández le había explicado a su abogado defensor que, en el terreno del amor, muy de vez en cuando se alineaban los astros y que a ese extraño fenómeno en su barrio lo llamaban la Triple C: carne, comunión y compromiso. La combinación de sólo dos de esos factores no garantizaba nada: se podía tener carne y compromiso, pero si faltaba la comunión espiritual y psíquica esa fórmula se resentía. A la vez, se podía tener carne y comunión, pero la cosa no pasaba entonces de un asunto pasajero. Finalmente, se podía tener compromiso y comunión, pero eso sólo formaba amistades bellas que simulaban ser amores tranquilos. Cuando esas 3C se ensamblaban, sin embargo, no quedaba más remedio que entregarse: con Daniela la

carne era ardiente, la comunión profunda y el compromiso total.

Tardó un poco en demostrárselo, pero él increíblemente la esperó, como si intuyera que el tremendo peligro valía la pena, o como si su inconsciente le dijera que, a pesar del abismo, correspondía caminar sobre el alambre y sin red. Así anduvo, sin red, hasta que un día se encontró pidiéndole que se mudara a su departamento. Ella dudó un tiempo, mientras él se mordía las uñas, y al final se mudó sin hacer aspavientos. Julio dejó la cacería femenina y concentró toda su energía en Daniela, que lo exigía a fondo.

Convivieron cinco años en precariedad total, sin proyecto y sin expectativas, paso a paso, semana a semana. Hasta que Julio acusó silenciosamente una punzada de pánico. Se dio cuenta, con los dientes apretados, que no podía retroceder, que ya no conseguía imaginar la vida sin esa chica y que estaba a punto de tropezar por segunda vez con la misma piedra. Fue más o menos por esa época, un domingo soleado de agosto, que al despertar vio a Daniela esperándolo con el desayuno servido en bandeja. En cámara lenta, como en una película de asesinos seriales, Daniela sonrió con toda la boca y le dijo: *Tenemos que hablar*.

Fernández fue testigo del civil.

EL AMOR ES MUY PUTO

Hacía rato que Helena García sorteaba la depresión del domingo por la tarde comprándose un libro usado en la feria artesanal de Plaza Italia. Tenía cincuenta y cuatro años y hacía tres que estaba sola. Los sábados salía con amigas y se acostaba al amanecer, y arrancaba después del mediodía caminando al sol por los bosques de Palermo, se detenía un buen rato en los puestos de Santa Fe y revisaba con deleite las ofertas. Era una lectora voraz y utilizaba el resto del día para liquidar una novela o un libro de cuentos. No se iba a dormir si no lo acababa. Normalmente, la maratón comenzaba en el café Martínez y seguía en el departamento de la calle Godoy Cruz. Trabajaba en una editorial y había ocasiones en las que, empecinada por terminar la lectura, se quedaba en vela toda la noche y llegaba somnolienta a la oficina. *Es mi vacuna*, decía como excusa. Se vacunaba contra la implacable soledad de los domingos, cuando los hombres y las mujeres impares son más solitarios y desdichados que nunca.

Un helado domingo de junio Helena encontró, entre los polvorientos libros usados, una compilación algo silvestre de "los mejores cuentos" de Scott Fitzgerald, en una edición pirata que comentaba un antologista francés. Su articulación, decía el antologista, no era caprichosa: todos los relatos merodeaban romances contrariados o mal habidos. Helena se relamió por dentro, eligió una mesa sobre Uriarte y pidió una lágrima. Se enfrascó enseguida en las piruetas sentimentales que el autor le proponía y, cada vez más intrigada, en las anotaciones manuscritas que un anterior lector dejaba en los márgenes. Con evidente letra masculina, pero con delicados trazos, el anterior dueño de aquel libro había subrayado párrafos enteros, frases determinadas y algunas palabras significativas. En ocasiones, utilizaba corchetes y signos de admiración, y en otras, dibujaba un gancho interrogativo o escribía consideraciones al margen. Lo curioso es que, lejos de molestarle, a Helena comenzó a fascinarle esa relectura. No sólo porque se sentía usurpando un libro ajeno, haciendo de voyeur involuntaria de un lector desconocido y enigmático, sino porque los subrayados y las acotaciones eran de una inteligencia muy sutil. Promediando la compilación, la García pidió otra lágrima y se espantó al descubrir que leía impacientemente las páginas que no habían sido marcadas y que esperaba con ansiedad las que venían con las huellas de lectura de su anterior inquilino. Pasando

la mitad, leyó en un margen una línea vertical en estilográfica que decía: *El amor es muy puto*.

Helena García se quedó entonces muy quieta. Un parroquiano que la mirara en esos momentos de perplejidad podría suponer que aquella mujer que leía había recordado de pronto una puñalada de la vida. Estaba petrificada, con los ojos pardos en blanco, traslúcida y rubiona, atractiva con sus pechos importantes, con esas caderas rebeldes y con ese cuerpo sensual de ex regordeta puesta a trabajos forzados.

El amor es muy puto, leyó una y otra vez, tratando de asimilar cada palabra y de comprenderla cabalmente. Claro, se dijo, muy puto. No le gustaban las malas palabras, pero tenía que admitir que no existía sinónimo en el castellano moderno para esa expresión soez. Podía decirse que el amor era resbaladizo, egoísta, maldito, cambiante, caprichoso y hasta perverso. Pero aun así nada describía tanto el hondo carácter del amor como la palabra "puto", que no aludía a la prostitución ni a la homosexualidad sino al filo inestable de un sentimiento que no aceptaba reglas, chantajes ni definiciones.

Tres veces más encontró esa frase a lo largo de los quince cuentos, y cuando cerró el libro ya era de noche y llovían piedras sobre la avenida Santa Fe. No podía recordar los argumentos ni los diálogos porque todo estaba teñido de aquella letra azul manuscrita, y de aquella sentencia repetida y temeraria. Caminó bajo la lluvia sin mojarse, se tomó dos whiskies con hielo y se quedó dormida al amanecer, presa de sus viejas escenas de metejones, desencantos y despedidas.

Antes de desayunar avisó a la editorial que ese día llegaría tarde y esperó hasta las diez de la mañana, hasta que el puestero de la feria de Palermo abriera y comenzara a ordenar sus libros sobados a mitad de precio. Era un hombre de corta estatura y pequeña barbita, un Quijote diminuto con unos anteojos que podían pasar por quevedos. *Buen día, ¿recuerda por casualidad quién le vendió este libro?*, lo asaltó Helena. El puestero la miró con desconfianza, presumiendo quizás que venía con algún reclamo. Tomó el libro entre las manos, lo abrió en varias páginas y se acarició por un momento la barbita. Helena, para sacarlo de dudas, le dijo: *Me interesan mucho sus anotaciones, quiero conocerlo.* El pequeño Quijote alzó la vista y la miró mejor, como calibrándola. Después sonrió levemente, se encogió de hombros y le devolvió el libro de Scott Fitzgerald. *Yo no compro* —dijo, quitándose los anteojos y mirándolos al sol—. *Es mi mujer la que compra. Tiene un puesto en Plaza Lavalle. Vaya a verla de parte mía. A lo mejor se acuerda.*

Pidió la ubicación, dio las gracias y se subió a un colectivo. Estaba excitada. No quedaban restos siquiera del insomnio. *El amor es muy*

puto. Tenía que encontrar a ese tipo. Aunque más no fuera para tomar un café con él, y escuchar sus múltiples y coloridas experiencias. Ese hombre conocía más que nadie sobre el amor, y parecía conocerla en profundidad a ella misma. Era como si ese hombre sabio hubiera intuido su aguerrida historia, y como si entendiera las íntimas razones de su desdicha. Estoy loca, se dijo, y se echó a reír. Pero se bajó en Plaza Lavalle y fue directo a su objetivo. La esposa del Quijote diminuto era una gorda homérica, y Helena no pudo menos que imaginárselos en la cama. Al hacerlo escuchó un imaginario y escalofriante crujir de huesos.

—Mire, acá viene mucha gente, pero si mal no recuerdo esta antología me la trajo un cliente que tengo desde hace muchos años —dijo la gorda de corrido, mientras tomaba mate con tortas fritas—. Es un periodista gráfico y las editoriales le mandan todas las novedades. Él me las trae y canjeamos veinte por uno. Pero sabe elegir. Se lleva los clásicos. Y hacemos negocio. Como también anda canjeando por otros lados, resulta que a veces me trae libros usados como éste. Me lo trajo el mes pasado, entre bazofias de autoayuda y obras maestras de Bucay. Se había comprado los *Cuentos completos* de Scott Fitzgerald de Alfaguara y ya no necesitaba esta compilación. Se llevó una primera edición de Bioy y algo de Henry James. Ningún tonto.

—¿Cómo se llama, dónde trabaja?

—Se llama Fernández —dijo la gorda—. Y es un berreta. Escribe historias de amor.

Estuvo tres días trabajando y pensando en Fernández. Y hasta soñó que lo desnudaba en su dormitorio. Se lo imaginaba alto y sereno, un Clint Eastwood lleno de arrugas sensuales. Alguien que, como decía Hemingway, había vivido con los ojos, que había amado y sufrido, y que escribía sobre el drama de los hombres y las mujeres que luchaban contra el destino y la soledad. El miércoles entró en Google y en Yahoo y estuvo leyendo sus artículos, reportajes y relatos. El jueves consiguió su teléfono. Y el viernes juntó coraje y lo llamó a su directo. La atendió su secretaria, le dijo que estaba muy ocupado y le sugirió que le escribiera un e-mail. Se lo escribió el sábado y lo estuvo depurando toda la tarde. Por la noche salió con sus amigas y les contó que había dado con el hombre de su vida. Lo dijo en broma, y lo aclaró. Pero ellas le recordaron los gruesos tratados de Freud sobre el chiste. El domingo compró *Cuentos de amor* de Bioy, y estuvo leyendo y mirando el reloj, inquieta por volver a casa y revisar el correo. No tuvo ni noticias hasta el martes siguiente, cuando Fernández le devolvió el e-mail y le dio cita en el diario para esa misma tarde. Helena lo había capturado con el misterio de aquel libro. Ningún

periodista, ningún escritor de raza resiste encontrarse con alguien que le escribe sobre su sapiencia de lector, lo azuza con el enigma de un libro viajero y le promete una historia de amor inolvidable. La señorita García salió más temprano de la editorial, se dio un baño de inmersión, se depiló, fue a la peluquería y se puso sus mejores trapos. A las dieciocho en punto lo esperaba en la planta baja. Fernández apareció en el pasillo y Helena sintió el pinchazo de la decepción. Fernández no era Clint Eastwood. No era alto pero tampoco era flaco, siendo casi calvo tenía unos pelos impúdicos y vergonzantes que pretendían algo más, vestía como un muchacho bien intencionado de la década del 80 y, aunque estaba en el top ten de los más guapos de la redacción, tenía menos sex appeal que Roger Moore después de Unicef.

La saludó con simpatía y la invitó a tomar un café en el Plaza Roma. A pesar de la decepción, Helena se sintió a gusto cruzando a su lado la calle y sentándose frente a un capuchino. Fernández le hacía preguntas sobre quién era y a qué se dedicaba, y dónde había encontrado aquella botella lanzada al mar. Hablaron un rato de la feria de Palermo y de los tesoros de las librerías antiguas, y a Helena le pareció de repente que Fernández ganaba apostura cuando hablaba y la perdía cuando se quedaba callado. *Si sigue hablando me lleva a la cama*, se dijo, algo sofocada.

—Bueno, a ver, contame: ¿qué pasa con esto? —dijo de pronto Fernández palmeando el libro de tapas duras. Fue como si hubieran llegado a un rellano de la escalera.

—Lo leí con tus ojos —le respondió bajando la vista.

—El amor es muy puto —asintió Fernández. Parecía como si estuviera sonriendo.

—Tal cual.

—Me dedico a escuchar historias, a transfigurarlas y a escribirlas de nuevo —dijo Fernández de corrido, e hizo un silencio de parpadeos y uñas comidas. Luego se tiró hacia atrás y se cruzó de brazos. Le duraba la sonrisa en la mirada—. Dale. Te escucho.

Pedro no era agraciado ni brillante, pero noviaba con la chica más codiciada de Ramos Mejía. El abismo estético que los separaba era notable. Y en los bailes de Pinar de Rocha todos decían que representaban la perfecta ley del embudo: la mejor mina con el más boludo. Pedro había tenido que despellejarse los nudillos en varias ocasiones defendiéndose de las cargadas y de las patotas nocturnas. Y por las buenas, tampoco había podido evitar explicarles a sus amigos una y otra vez cómo era que un adefesio como él se había levantado a semejante hembra. Fue así como se le hizo carne a Pedro que por más

que ella lo quisiera y todo eso, tarde o temprano la perdería. Su derrotismo fue minando la confianza de aquella pequeña beldad de barrio y al final se produjo lo tan temido, la profecía autocumplida: Pedro la descubrió con un pibe de Haedo y la ilusión del primer amor se cayó a pedazos.

Tremendamente escaldado, Pedro se dijo que sus infortunios tenían que ver con el hecho de no haber sabido reconocer a tiempo su lugar y sus limitaciones. Sin confesárselo a sus amigos, sin siquiera admitírselo a sí mismo, Pedro buscó entonces una novia fea para que no lo abandonara. Para que él no tuviese que competir con cientos, para asegurarse de una vez y para siempre la paz y la fidelidad, para evitarse a cualquier costo el mayor de los dolores. El dolor que provoca la traición.

La chica más fea del grupo se llamaba Helena García. Tampoco carecía de encantos: los ojos, las facciones y la pechera. Pero el conjunto resultaba muy pobre: estaba veinticinco kilos por encima de su peso, tenía pelo corto y pajoso, y vestía ropas sueltas, amorfas y anticuadas.

Nadie se fijaba en ella hasta que Pedro se fijó. La transformó rápidamente en su mejor amiga y luego en su prometida oficial. Noviaron cuatro años y cuando Pedro consiguió una parte en una agencia de lotería, se casaron en Ramos, vacacionaron en Miramar y vivieron en Mataderos.

Fueron felices, a pesar de que Pedro ponía toda su libido en el progreso. Y cuando progresaron Helena buscó un embarazo. La plata llegó pero la prole se resistía. Después de muchos esfuerzos, de tratamientos y consultas, Helena se encontró frente a una encrucijada: adoptaba un chico o terminaba la facultad. Se recibió de contadora pública nacional e ingresó en una multinacional a prueba.

—Entrar en el mundo laboral fue un hito en mi vida —dijo, sorbiendo la espuma del segundo capuchino que le servían en el Plaza Roma. Fernández la observaba atentamente—. Yo estaba recluida, dedicada día y noche a la casa, consagrada a mi marido, y cuando logré terminar mis estudios y conseguir un laburo, la cosa tomó un giro inesperado. Pedro nunca quiso que trabajara. Saboteó todo lo que pudo mi período de estudiante y se volvió completamente loco cuando me dieron el cargo. No era para menos.

Helena se encontró de repente con otro mundo. Un espacio donde hombres y mujeres mundanos vestían, actuaban, negociaban y se movían con otro estilo y con otras lógicas. Se sintió, de inmediato, anacrónica y burda, además de sentirse, como siempre, simplemente fea. Pero hizo amigas rápido, y lo primero que le sugirieron fue que

cambiara de look, se arreglara el pelo y modernizara su vestuario. En pocos meses Helena parecía otra. Ahora era, al menos, una gordita elegante y afable. Y empezó a sentirse muy a gusto. Tanto que, con el tiempo, no pudo eludir a un nutricionista. Empezó una dieta y a caminar en jogging una hora y media todas las tardecitas. Atravesaba los barrios porteños emponchada, y volvía a casa sudorosa justo para la hora de la cena. Bajó así quince kilos bien bajados, cambiando completamente el metabolismo y consolidando con lentitud la tendencia. Se le hicieron un hábito adictivo las caminatas aeróbicas, y después la gimnasia localizada. Bajó diez kilos más antes de comunicarle a Pedro que había visitado a una cirujana plástica. La nariz distorsionaba seriamente su cara, y Helena se sentía cebada por la metamorfosis. Quería más y más, y no aceptaba negativas. Le modificaron la nariz y le inyectaron colágeno. Al final, tres años más tarde, Pedro estaba demudado y sus compañeros de oficina, decididamente calientes. No era que Helena se hubiese convertido en una diosa, pero su autoestima se había duplicado, los hombres le decían cosas por la calle y varios ejecutivos la acosaban.

Fue un cambio sin prisa pero sin pausas y Pedro no acusó recibo hasta que el asunto se volvió irreversible. Entonces empezó a desesperarse y a boicotear el régimen y las ocurrencias gimnásticas y estéticas de su mujer. Había buscado una mujer fea para no ser abandonado, para vivir tranquilo, y ahora Helena García había decidido transformarse en lo contrario que prometía. Lleno de miedos y de celos, aterido por una inseguridad creciente, plagado de antiquísimos fantasmas, Pedro empezó a torturarse y a torturarla, a perseguirla y a espiar sus movimientos, a ponerle todo tipo de palos en la rueda y a presagiar de nuevo el apocalipsis. Aquella afable calma matrimonial, que tanto se parecía a la paz de los cementerios, había volado por los aires.

Pedro sospechaba de todo y de todos, y razones no le faltaban. Hernán era una buena razón. Ejecutivo de cuenta, casado con una mujer agria y fría, bordeando la crisis de los cuarenta, se hizo compinche de Helena, y luego se tiró varios lances con ella. Hernán era buen mozo, pero cándido. Un chico bonachón, un antihéroe de escritorio que se ganó el corazón de García antes de que ella pudiese pensar en él como en un amante ardiente. La pasaban muy bien juntos y, espalda con espalda, daban guerra al trabajo y compartían gustos, confidencias y solidaridades. Una noche, después de una fiesta empresaria, algo pasado de copas y a punto de subirse a su auto, Hernán le dio un beso en la boca. Helena se quedó atónita, parada en la playa de estacionamiento del subsuelo, y él arrancó como si lo

persiguiera la policía.

En esos días, Helena se sentía halagada y confundida y por supuesto también agobiada por temores íntimos. Nunca había sentido esa electricidad ni ese deseo, ni siquiera cuando Pedro le metía mano en un cine de Ramos Mejía. A pesar de los empeños de su esposo, nunca se había sentido linda como ahora. Y esa sensación hacía toda la diferencia. De repente había cambiado su relación con el cuerpo y cuando alguien se siente atractivo termina convenciendo a los demás de que lo es. Hernán estaba convencido, la miraba como nadie: Helena García jamás había sido mirada de esa manera. Y eso le resultaba tan delicioso y gratificante que los cimientos de su propia conciencia comenzaban a trastabillar. Sin ceder a los esfuerzos de Hernán, pero sabiendo que si le daba una uña se tomaría el brazo, trató de bajar su propia fiebre y de evaluar lo más fríamente los pros y contras de probar suerte. Se dio cuenta de inmediato que deseaba probar, pero también de que si lo hacía el temblor sería tan grande que probablemente arrasaría con su matrimonio. Trató de negociar con sus deseos y se llenó de terrores para disuadirse, y luego comenzó a inventarse coartadas para rehuir el combate. La coartada definitiva fue la coartada del agradecimiento. *Las mujeres somos agradecidas* —les dijo a sus compañeras, que no podían creerlo—. *¿Qué gracia tiene que te quieran cuando sos linda? Cuando estás fuerte todos te buscan. Pero el verdadero amor se prueba cuando te eligen a pesar de que sos un escracho. Pedro lo hizo y eso tiene mucho valor. No puedo ser ciega ni desagradecida.*

Fue la sentencia de muerte para Hernán, con quien empezó a poner sutiles distancias. El antihéroe era hipersensible y se dio cuenta de todo sin que tuvieran que avisarle. Pidió un cambio de sección y al tiempo aceptó un puesto en una empresa aérea.

Interiormente, Helena estaba apenada, pero sabía que era lo mejor para todos, ocultó el cadáver de Hernán en el baúl y le puso garra a la reconciliación con Pedro. El rey de las loterías también percibió que su esposa le daba una oportunidad, y desplegó todos sus encantos: ponderaba su ropa, organizaba salidas nocturnas, la llevaba en viajes relámpago a la Costa, la mantenía abrazada en las reuniones y le traía rosas y jazmines día por medio. Para su cumpleaños le hizo siete regalos, que le fueron llegando a lo largo del día en sobres, paquetes y encomiendas. El último regalo de la noche fue una gargantilla de oro y diamantes. Helena estaba conmovida pero incómoda. Nada de lo que Pedro hacía le movía un pelo. La emocionaba su esfuerzo titánico, pero se trataba de una emoción humanitaria que no reavivaba en su interior ningún fuego y que encima la hacía sentir culpable. Era como

ver desde adentro a un pajarito confundido y desenfrenado golpear una y otra vez contra el vidrio de una ventana, tratando de entrar y destrozándose en cada intento. Ella hubiera querido abrir la ventana, pero sencillamente no podía. La ventana estaba cerrada. Y cuando en el amor una mujer cierra la ventana no hay fuerza humana que pueda abrirla.

Hubo un año de amesetamiento en el que Pedro pasó de la reconquista directamente a la retención. Si no podía reconquistarla al menos la retendría para sí al calor de su protección paternal. Pedro se conformaba con poco: un gran compañerismo hasta el crepúsculo de la vida. Helena, un poco decepcionada de sí misma, flotó río abajo sin destino, acatando los deseos de su esposo resignado. Hasta que Guillermo, el nuevo gerente de ventas, la invitó a tomar una copa y la meseta se volvió una peligrosa pendiente. Helena cayó por ella hasta el fondo del barranco, y aprendió muchas cosas.

Guillermo se estaba quedando pelado así que se afeitó la cabeza. Ahora era un pelado integral, perfumado y carismático, muy dueño de sí mismo y de su sonrisa, un hombre moderno que intimidaba a sus enemigos y hechizaba a sus subordinados. Valoró de inmediato el talento de la García y la ascendió para que trabajara directamente a sus órdenes. Guille la consideraba tanto que comenzó a consultarle todo, y ella a demostrar agudeza y sentido común. Tuvieron muchas batallas y muchos triunfos, y sobre todo demasiadas horas extras, agotadoras jornadas de trabajo nocturno donde aprendieron a conocerse a fondo. Guillermo era tan apasionado por su oficio que desplegaba una seducción animal. Para ciertas mujeres, un hombre que ama tanto lo que hace emite sin querer un erotismo demoledor. Como si dijera sin decir: *Si puedo amar mi oficio de esta manera, imaginate lo que puedo amarte a vos*. Helena, que era de esa clase de mujeres, hizo esa clase de cuentas. Hernán era un tierno, Guillermo un audaz, y cuando no hay ternura debe haber aventura: un sentimiento bajo y rebelde la empujaba a no dejar pasar este nuevo tren después de haber perdido el anterior. Luchó de nuevo con ese sentimiento, pero haciendo trampa, como quien ante un espectáculo morboso se tapa los ojos con las manos mientras espía la realidad por entre los dedos.

Al final pasó lo que ella quería que pasara. El pelado la avanzó en un bar y terminaron en la cama de un hotel. Fue un sacudón en la conciencia: Helena no tenía idea de que podía disfrutar tanto de su propio cuerpo. Ni que un hombre podía estar cinco horas haciéndole el amor sin acabar, atento únicamente a que ella gozara, gozando con los orgasmos de ella y sin la mínima necesidad de acometer los suyos.

Sólo cuando estaban por irse, cuando estaba seguro de no necesitar ningún vigor más, Guillermo eyaculaba y Helena lo sentía venir con una felicidad desconocida.

Se enamoraron. Qué otro remedio. Aunque cada uno a su manera. Ella lo hizo de un modo torrencial, sin economías; él, de una forma más prudente, como sopesando los miedos y las consecuencias. El caballero, en calzoncillos, era vulnerable como un ciervo. La dama, en ropa interior, era más decidida que un jabalí herido. Esos descalces se tradujeron, como casi siempre, en repliegue masculino e histeria femenina, pero el fenómeno no hizo más que unirlos, pegotearlos, involucrarlos en una escalada de callada pasión y de clandestinidad atrevida, en una ruleta rusa que jugaban por las calles como si quisieran desafiar al destino y ser finalmente descubiertos. No lo fueron porque Dios es grande y porque Guillermo separaba con esquizofrénica pulcritud la vida social de su vida íntima. En el plano social, el pelado incluía su propio matrimonio: lucía a su propia mujer en las innumerables reuniones que organizaba o asistía, y procuraba con tanta fiesta y tanto ruido, y tantas horas de trabajo y tantos compromisos y tantas relaciones, tapar el vacío, el tedio amargo de su convivencia. Al no haberse atrevido a romper ese vínculo enfermo, Guille agregaba distracciones a su coexistencia y construía, mientras tanto, mundos paralelos, habitaciones ocultas, pasadizos secretos donde amar y ser amado a los gritos. Helena habitaba ahora esos aposentos, pero se quedaba en ellos. Guillermo siempre apretaba un botón, la falsa pared se cerraba y él seguía con su vida oficial, mientras la amante encerrada se quedaba despierta, pidiendo con alaridos y golpes de puño que él volviera. *¿Cómo puede olvidarme tan rápidamente, cómo logra sacarme del medio después de lo que vivimos, cómo puede seguir con esa farsa como si nada, cómo puede dormir con esa muerta?*, se preguntaba Helena García, al borde de la obsesión y también de la ira.

Esa rabiosa obsesión la convirtió precisamente en insomne, y en distraída, y Pedro percibió que después de haberla recobrado estaba de nuevo a punto de perderla. Una tarde la llevó a navegar por el Tigre, a comprar canastos al mercado de frutos y a comer una parrillada junto al río, y cuando volvían, seis horas después, el rey de las loterías le preguntó por qué no había pronunciado una sola palabra en todo el paseo. Ella lo miró un instante y siguió mirando la nada, y Pedro asintió en silencio, y dijo con voz tenue: *Vas a dejarme, ¿no? Hacelo rápido. Hacelo rápido, linda. Porque lento duele más*. Helena le tocó la mejilla, y al llegar armó las valijas y los bolsos. El amor no es agradecido, el amor es muy puto. Recaló diez días en la casa de una

compañera, pidió licencia sin goce de sueldo y luego alquiló dos ambientes en el barrio de Flores. En esos primeros diez días de su nueva vida, Guillermo se las arregló para no llamarla ni por teléfono. Primero estaba enfermo, después de viaje y, al final, estaba desaparecido.

Como gerente de ventas, el pelado resultaba valiente e incisivo y nadie hubiera creído ni por un momento que, en realidad, también fuese lo que era: un cobarde. Caída su armadura de gladiador profesional, y de regreso a casa, el terror de los competidores, el negociador omnipotente e implacable no resistía las órdenes ni los caprichos de su esposa. Dependía de ella hasta para las mínimas decisiones de la vida doméstica, y tenía un enganche psicológico que rayaba con la patología. Le había ido cediendo, a lo largo de dos décadas, el control total de la familia y del hogar y, salvo en la oficina, en todos los demás sitios de la vida se hacía lo que ella dictaminaba. Porque lo que ella dictaminaba era "por el bien de todos". Ella encarnaba el bien y los buenos sentimientos, actuaba como una segunda madre y se desvivía por hacer su propia voluntad mientras le hacía creer que estaba haciendo la suya. Como la araña, la esposa había tejido durante años alrededor de Guillermo una tela sutil pero irrompible donde la mosca era alimentada para ser deglutida. Esa red invisible era vasta y confortable, el pelado podía ser rey mientras era prisionero, y entonces se dejaba reducir a servidumbre. Era un soberano cómodo y apoltronado, un ser incapaz de concebir una ruptura ni de nadar contra la corriente, alguien que se inventaba amores ocultos para reemplazar al amor impuesto.

Casi dos semanas después de la separación de Pedro y Helena, el gerente de ventas tocó timbre, pidió perdón por el portero eléctrico, la abrazó en el palier, lloró en el umbral y dijo en la cocina, ya con los pantalones bajos: *Me cagué en las patas, Helena. Perdoname, perdoname, por favor*. Helena lo perdonó, pero no se hizo ilusiones: Guillermo no podría cortar nunca el cordón umbilical.

Consciente de eso, fatalista como nunca y tratando de hacerse amiga de la soledad, la García empezó a sentir vértigo. Como si el ancla se hubiera zafado allá en el fondo y como si ahora ella estuviera a la deriva en una tempestad. Pensó sinceramente que se estaba volviendo loca. Empezó a sospechar que tenía cáncer, sida y diabetes, se persiguió con decenas de estudios médicos, adelgazó seis kilos más, desarrolló herpes y divertículos, estuvo deprimida y al final fue medicada. Tomaba una pastilla llamada Zoloft y practicaba tai chi. Pedro no la llamaba y Guillermo la eludía.

Volvió despacio al trabajo, y le pidió al gerente que la cambiara de

sección. Le dieron un lugar en compras, y en los meses que siguieron no hizo otra cosa que recuperarse. Guille le mandaba, de vez en cuando, clavelinas y cartas muy cariñosas, y caía imprevistamente en su casa para hacerle el amor a horas insólitas. Pero no hablaban en todo ese tiempo de sentimientos ni de porvenires: Helena presentía que si lo presionaba el ave se asustaría y volvería a levantar vuelo.

Una Semana Santa, y casi por azar, el pelado logró desembarazarse de su familia y vivió cuatro días con Helena, jugando a la casita como marido y mujer. El domingo de resurrección, en la cama, apoyado en un codo y en un extraño arrebato, le dijo que la amaba, que ella le enseñaba a ser verdaderamente feliz y que quizás había llegado la hora de afrontar los hechos.

Intentó afrontarlos. Helena le recomendó un psicólogo y se dedicó a asesorarlo en las sombras. Guillermo juntó coraje en octubre y le planteó a su mujer que las cosas entre ellos no andaban bien. La mujer llamó a Helena a su oficina y, sin mediar explicación ni presentaciones, le dijo que si no dejaba a su marido iba a matarla.

Extrañamente esa amenaza de muerte la puso de muy buen humor. Es que durante todo aquel trayecto Helena se veía a sí misma como "la mujer invisible". *Tengo un problema existencial, Guille* —le decía—. *No existo*. Después de haber sido todo para Pedro era casi nada para Guillermo. No la tocaba ni le hablaba en público, no le había contado ni la más mínima cosa de su romance secreto a sus familiares o amigos, y la tenía confinada al ostracismo de los amantes, que a veces es el lugar más solitario del planeta. La llamada fatal de la esposa abría la puerta y dejaba entrar un poco de luz. Ahora Helena García, enamorada de Guillermo, cobraba existencia, aunque más no fuera como blanco seguro de una potencial asesina.

El pelado se agarró también de esa amenaza inaudita para extremar los argumentos: *Tenemos que tomar distancia, aunque sea por un tiempo* —le dijo a su mujer—. *Vamos a terminar odiándonos y yo no quiero odiarte*. No le resultó, por supuesto, tan sencillo. Las conversaciones dolorosas duraron dos meses más, y la araña hacía retroceder y confundir muchas veces a la mosca. Pero para Navidad el asunto estaba prácticamente saldado: Guillermo se mudó con su hermano y en febrero se fue de vacaciones con Helena a Puerto Madryn.

La García se sentía reconfortada, aunque una superstición personal le indicaba que no debía cantar victoria. Que a una buena seguiría una mala, y que la araña no se entregaría. Y efectivamente no se entregó: siguió arreglándose para tenderle trampas a su ex marido y para mantenerlo unido al cordón umbilical, que muchas veces se estira

pero no se corta. Helena se sentía insegura frente a las conspiraciones permanentes de la ex esposa, y ya no le causaban tanta gracia aquellos mensajes sucesivos donde le narraba con lujo escatológico cómo y dónde le clavaría veinte puñaladas.

Guillermo se sobrepuso a la culpa y a las dificultades operativas y psicológicas de esa nueva orfandad, y a los pocos meses tuvo la necesidad de ratificar el camino: inició los trámites de divorcio y le pidió a Helena que alquilaran juntos en Palermo una casa chorizo. Alquilaron después de una larga búsqueda y vivieron dos o tres años de dicha en común; personas nuevas con una nueva utopía y una nueva oportunidad. La García no podía creerlo, miraba en retrospectiva el largo sendero que había entre Ramos Mejía y las luces del centro, y entre aquella feúcha que planchaba en Pinar de Rocha y esta mujer desenvuelta que había conquistado al hombre inconquistable.

—Yo no podía creérmela —repetía Helena jugando con la azucarera. Fernández jugaba con una cucharita, mientras las calles oscurecían y se despoblaban—. De chica había sido el patito feo, la chaperona de mis amigas, la confidente, a lo sumo la simpática. Mientras ellas vivían una vida plena, llena de misterio y de seducción, yo me quedaba atrás leyendo a Jane Austen. Era una chica fantasiosa y romántica, pero me consideraba un aparato y me agredía comiendo y tirándome la moral al piso. Te imaginás: me agarré de Pedro como de un fierro caliente. ¿Cómo no enamorarse de alguien capaz de enamorarse de un esperpento? Yo en aquella época pensaba: *Nadie se da cuenta de que por dentro soy una persona bella, pero alguien vendrá alguna vez, me mirará bien y me descubrirá, y entonces la vida va a brillarnos a los dos, para siempre*. Te aseguro que Pedro me parecía ese príncipe azul. Y lo fue, lo fue. Fue el príncipe hasta que la rana se transformó en princesa. Entonces todo se cayó a pedazos. Me avivé de que yo era condescendiente con él y conmigo, y que ahora era otra, que quería subir otro escalón y entregarme a otro hombre. Con el amor pasa como con el río del tiempo de Heráclito. Nunca somos la misma persona que entra al agua, y nunca es el mismo río. Dos personas firman hasta que la muerte los separe, pero eso no es muy sensato, ¿no? El tiempo nos cambia, las aguas bajan turbias, y el orden de los factores altera el producto. A ya no es A, ni B es B. ¿Me entendés?

—Manipulás con gran impunidad las fábulas y las matemáticas —se rió Fernández—. Pero sí, creo entender.

—¡Son licencias literarias! —se escandalizó ella poniéndose toda colorada. Era como si él la hubiese pescado en un pecado de

ignorancia—. Perdoname, me olvido con quién estoy hablando.

—Olvidate. Estás hablando con un boludo.

—¿Te interesa todo esto o te parece un plomo? Decime la verdad.

—Me interesa —dijo Fernández, mirando su reloj—. Y tengo tiempo. Pidamos un whisky.

Helena García se levantó para ir al baño del subsuelo. Se miró en el espejo y descubrió que había estado lagrimeando. Buscó el delineador, el rimel y la sombra, y estuvo trabajando un rato para recuperar cierto estado de decencia civil. Al regresar a la mesa se encontró con el whisky cargado de hielo. Fernández cerró su celular y le propuso un brindis. Brindaron por las cursilerías de la vida real. Ella se mojó los labios, suspiró ruidosamente y dijo:

—Hablando de cursilerías, ahí van dos o tres que a Fitzgerald y a Bioy les pondrían los pelos de punta.

—A ver.

—Yo no estaba enamorada de Guillermo sino de la idea de amar sin frenos a un igual. Y no estaba enamorada de un hombre en particular sino de estar enamorada. ¿Qué hay más glorioso que estar enamorada?

—Los que se enamoran del amor son proclives a la entrega absoluta y por lo tanto a la decepción —le previno Fernández, como si supiera.

—Claro, nunca la realidad resulta tan extraordinaria como la imaginamos, y la pasión sin límites termina por asustar siempre al otro, ¿no?

—Le pasaba a Borges, que se entregaba tanto.

—*Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.*

—*El Amenazado* —asintió Fernández con una sonrisa melancólica —. *Me duele una mujer en todo el cuerpo*.

—Las mujeres lo hacían sufrir.

—Tremendamente. Y Bioy le recomendaba que no se entregara tanto y que tuviera amantes. Decía que las amantes ayudan a equilibrar las cosas, quitan la obsesión por una sola y las mujeres se sienten así menos seguras, por lo tanto más interesadas.

—Me suena a darse un martillazo en un dedo para que no te duela tanto la muela.

—¿Qué pasó con Guillermo?

—Sufrí lo indecible por tenerlo. Te lo aseguro. Y porque me sacara del placard. Y cuando por fin pudimos irnos a vivir juntos, sentí que la vida era benigna conmigo y que todo lo que había padecido de chica y de grande estaba de alguna manera justificado: era un camino de espinas que yo había tenido que andar para aprender. Y había

aprendido.

—¿Qué pasó con la esposa de Guillermo?

—Primero lo amenazó con un suicidio y después con un juicio. En el medio le quería seguir manejando la vida, le solucionaba problemas, le pagaba cuentas y le hacía trámites que nadie le pedía, le armaba encerronas donde se quedaban solos, lo trataba de seducir, le trabajaba la culpa, le provocaba lástima, le manipulaba a las hijas. De todo. Yo tenía los nervios crispados. Pensaba para mí misma: *Guille no va a resistir, se va a entregar, un día va a dejar de pelear y yo me voy a quedar sola, reducida a lo que siempre fui, una gorda fea*. Pero de repente la bruja frenó en seco y la guerra terminó. Fue cuando la bruja se puso de novia con un banquero. El banquero se la cogió bien cogida, y se la llevó a veranear a Villa La Angostura. Ahí recién se consumó la separación. Ahí todo bien, todo sonrisas y qué sé yo. Hasta pasamos año nuevo todos juntos, como una gran familia.

Helena cayó muy bien entre la multitud de amigos que el pelado cultivaba. En ese nutrido pelotón la ex esposa de Guille siempre había sido resistida. La García era más bien solitaria y tuvo que hacer ciertos esfuerzos para socializarse, pero el encanto de ser vista y de poder mostrar abiertamente el amor que durante tanto tiempo habían escondido convirtió su vida en una larga sucesión de asados. Guillermo parecía contento, pero Helena sentía una pequeña molestia. Al año se dio cuenta de que el peligro y el deslumbramiento del amor prohibido actuaban como acicates del deseo, y que sin esos ingredientes la pareja era ahora más tranquila pero también más opaca. Inevitablemente, todas las noches terminaban hablando de trabajo y de los jefes, compañeros, clientes y proveedores que compartían. De modo que, más por cambiar de aire que por convicción, Helena aceptó un puesto en una editorial y tomó un poco de distancia. Eran igualmente felices pero la convivencia los estaba percudiendo. Helena se encontró un día con Pedro en la calle y fue a tomar algo al Café de la Victoria. Pedro había encanecido bastante pero seguía teniendo los ojos jóvenes. Le contó, con aire tranquilo, que el negocio marchaba muy bien y que pensaba abrir otra agencia en Belgrano. También que se había reencontrado con los muchachos de Haedo, y que iba a bailar a un “local de jovatos” donde todavía pasaban canciones de Gloria Gaynor.

Se estuvieron riendo un poco con esos anacronismos de época y recordaron minuto a minuto aquel remoto baile de 1978 cuando un flaco de la barra había dado la nota: tenías tres novias y tuvo esa noche la mala suerte de que se encontraran en el mismo boliche y a la misma hora. Hubo insultos, forcejeos, puñetazos, tarascones, tirada de

mechas y rodadas patéticas. Pedro y el flaco se habían alejado por esas cosas de la vida y ahora se estaban frecuentando de nuevo. El flaco no se había casado, tenía siempre tres o cuatro amantes rotativas, y sólo había estado cerca del altar en los noventa con una chica amorosa. Amorosa y todo no soportó las infidelidades y lo dejó de repente, y él se puso una Bersa en la boca y apretó el gatillo. El tiro del final le falló, se tomó una ginebra y después kilos de prozac, y estuvo varios años tratando en terapia el pánico al abandono. Ese pánico, heredado de su madre abandónica, había producido un mecanismo de defensa: *Cuando tenés muchas no te importa que te deje una* —decía el flaco—. *Nunca pongas todos los huevos en la misma canasta*. Pedro le contó a Helena que esa anécdota los había acercado, y ella sintió un puntazo en el alma. Su ex marido no había dejado de amarla, y lo que era mucho peor: nunca volvería a enamorarse de nadie.

Trabajar separados, en barrios lejanos y empresas diferentes, distanció mucho a Helena García y su carismático concubino. Lejos de calentar la relación la fue entibiando, pero lo hizo lenta y progresivamente, mes a mes y año a año, sin que ella pudiera capitalizar la felicidad de vivir juntos después de tanto anhelo. Como si faltara siempre una zanahoria para seguir tirando, como si Guillermo fuera un externauta que no pudiera conectarse con sus sentimientos profundos y sólo viviera en los contornos sociales con cierta inimputabilidad y cierta lejanía. Helena no podía entender qué le pasaba, y mirándolo en detalle creyó percibir que ocultaba algo.

Al principio era nada más que una sospecha. Y la señorita García se planteó seriamente si esa sospecha no era producto de haber vivido tanto tiempo en el otro lado del espejo. Cuando un amante presencia la actuación mentirosa que adopta su pareja clandestina para encubrir el asunto ante su mujer o marido, y ante terceros, luego inevitablemente piensa que alguna vez le harán probar de su propia medicina. ¿Cómo confiar plenamente en un hombre a quien se ha visto tantas veces mentir sin que se le moviera un músculo? ¿Quién me dice que ahora no me estará mintiendo a mí?

Los desganos de la relación, el misterio de aquel pelado esquivo y esa visión pesimista de quien ha perdido la confianza fueron corrompiendo la paz de Helena. Cada día que pasaba la señorita García se iba encontrando con indicios de infidelidades, pero eran tan sutiles que no resistían la luz del día, no tenían el menor sustento cuando ella los ponía a consideración de sus amigos. Estaba paranoica y tenía que parar con tanto espionaje y tanta obsesión. La actitud de Helena era típica: olía sus ropas, revisaba sus bolsillos, husmeaba su agenda, lo controlaba por teléfono todo el día, llamaba a restaurantes

para confirmar una comida de negocios, y le tendía trampas: le decía que se iba hasta la noche y volvía de improviso; o se escapaba de la oficina para un almuerzo sorpresivo con Guillermo, que se las veía en figurillas para dejar los compromisos y cumplir con ella.

Una ansiedad creciente, un deseo horrible y autodestructivo la empujaba a buscar con avidez las pruebas de un adulterio y Guillermo se dio cuenta de que se trataba de una persecución. Al principio intentó hacer buena letra, pero cuanto mejor la hacía más era hostigado. Se vio entonces empujado, por oposición, a buscar mayor autonomía, y ella a torturarlo con su morbosa presión. En su loca carrera, Helena pasó por los usos y costumbres del celoso patológico: le reprochaba todo, lo interrogaba, le hacía escenas ridículas, atacaba a sus amigas, subestimaba su inteligencia y sobreinterpretaba sus deseos.

Un mediodía lo siguió en su auto a toda velocidad por la Panamericana y se llevó puesto a un motoquero. Guillermo no percibió lo que había ocurrido y se enteró recién por la noche, cuando la policía le avisó que su mujer estaba prestando declaración en una seccional de Acassuso. El motoquero se recuperó bastante bien del desvanecimiento, pero Helena estuvo varios días muda y con ataques de llanto.

—A veces hay que darse un palo para entender —dijo la García revolviendo sonoramente los últimos hielos. Fernández se había tomado todo su whisky y tenía los ojos brillosos, como si estuviera a punto de llorar o de dormirse. Se notaba que a ella todavía le dolía en la garganta toda aquella decepción—. Ahora mismo, mientras te lo cuento, pienso que tuve toda la culpa. Que produje todas las calamidades que me arrasaron. Que algunos no estamos preparados para triunfar. Que nos da miedo alcanzar la zanahoria y que por eso nos la arreglamos para destruir lo que construimos. Me sentía una gordita fláccida y espantosa que se había ganado la quiniela, y que se creía culpable de haberse quedado con un premio que no le correspondía.

—Vos también tenías pánico al abandono.

—Efectivamente.

—¿Qué hiciste después de ese palo?

—Me convencí de que no podía estar todo el día pensando en Guille.

—No podías poner todos los huevos en la misma canasta.

—Iba contra mi naturaleza —dijo encogiéndose de hombros—. Y luché mucho contra esa idea.

—¿Pero?

—Pero apareció Hernán.

Coincidieron de casualidad en una fiesta de comunión y se quedaron hablando solos hasta las cuatro de la mañana, sin decirse una indecencia ni tocarse un pelo. Guillermo dormía como si no fuera a despertar nunca cuando ella entró en puntas de pie a la casa chorizo de Palermo y se acomodó cuidadosamente entre las sábanas. Se quedó así cinco o seis minutos y después volvió a levantarse. Caminó hasta el living y marcó un número en el teléfono. Dijo en voz muy baja: *Quiero coger con vos, Hernán. ¿Qué tengo que hacer?* Hernán se quedó helado. Después lanzó una carcajada y le dijo: *Venir esta noche a las diez. Y no traer nada. No va a haber tiempo ni para cenar*. Hernán tenía razón: tomaron por asalto su departamento de soltero y rompieron el somier. El antihéroe se acababa de divorciar de aquella mujer fría y agria, y llevaba dos años de soltería rampante. No se dieron tregua durante toda una semana. Pedían permisos especiales para salir del trabajo antes y hacían el amor hasta el anochecer. El viernes, al desperdirse, mientras Helena se secaba frente al espejo del baño, le dijo lo que pensaba: *Somos amigos con derecho a roce. Nada más*.

Hernán parpadeó tratando de entender qué era exactamente lo que se le estaba ordenando, luego sonrió con fatigada alegría y asintió con la cabeza. No se habían dicho te quiero, te necesito, ni siquiera se habían dicho te deseo. Era un acuerdo de mutua conveniencia. Se encontrarían para amarse físicamente, se tratarían con el cariño de siempre, pero ninguno de los dos abrigaría la más mínima esperanza de nada. Helena estaba contenta, era como si la locura de todos aquellos meses de celos y enfermedad se hubieran de pronto aventado. La polémica teoría de Bioy, que en ese momento ella desconocía, se verificaba en los hechos. El vicio de posesión que había desarrollado por Guillermo y la baja autoestima que le corroía el corazón quedaron relativizados de repente: un nuevo actor había entrado en el escenario, y a veces hay que pegarse un martillazo en un dedo para que no duela tanto una muela.

Los amigos se abocaron entonces a rozarse con frenética insistencia, y lograron durante semanas que el roce no encendiera más que los cuerpos. ¿Pero quién dijo que los seres humanos no somos únicamente eso: cuerpos elementales recubiertos por teorías y razones acomodadas? ¿Quién dijo que cuando jugamos con el cuerpo no estamos, en realidad, jugando con el alma? Después de hacer tanto el amor comenzaron a compartir pensamientos en voz alta y largos suspiros, y a crear una cierta adicción física y psicológica. No hablaban jamás de los sentimientos, pero ese silencio resultaba ruidoso. Había, cómo no, sentimientos y cables cruzados, y los dos

hacían esfuerzos callados para no pisar el terreno del amor, ese arenal movedizo en el que estaban metidos hasta la cintura. Pero Helena conocía la sensación. La conocía perfectamente. Hernán estaba haciendo con ella lo que Guillermo había hecho alguna vez: conquistarla sin treguas, de manera hipnótica y absorbente, produciéndole sueños con los ojos abiertos y peligrosas fantasías de futuro que apartaba como si fueran jejenes. El alivio de ser otra una vez más, de haber recuperado la cabeza y el dominio sobre sí misma, de no estar ya pendiente de las llegadas tardes y de las sospechas de infidelidad del pelado, la gratitud por haber dejado en el pasado a aquella mujer odiosa, se confundían ahora con esta marea tibia y romántica que su amante le proporcionaba. Un domingo la señorita García rompió el acuerdo tácito, salió a comprar facturas y llamó desde la calle a su antihéroe. Tuvo la mala idea de decirle "te extraño". Hablaron un ratito y cortaron, pero casi enseguida Hernán llamó para pedirle que al día siguiente desayunaran antes de entrar al trabajo. Helena tomó aquel apuro como impaciencia sexual y eligió ropa íntima color bordó. Esa misma mañana había hecho el amor con Guillermo, que seguía siendo un maestro en la materia, pero ella no había podido evitar pensar en Hernán mientras le aguantaba las embestidas.

Hernán la estaba esperando tempranísimo en el Café de la Victoria. Ella llegó sonriente; él permanecía serio e incómodo. Helena preguntó qué pasaba. Fueron rápido al punto. Pasaba que Hernán se daba cuenta de que ya no eran amigos con derecho a roce y que Helena claramente se estaba enamorando. *Y no podés enamorarte de mí, ¿sabés?* —le explicó—. *No podés enamorarte porque yo no estoy preparado. Me separé porque me enganché con otra mujer. Fue un amor brutal, y aunque luego no se consumó, la verdad es que no me puedo desenganchar. Helena, no podemos seguir por este camino porque yo no puedo corresponderte, y porque no quiero romperte el corazón*.

La García reaccionó con violencia. Quién se creía él. Estaban cogiendo y nada más. Era amistad con derecho a roce, por favor. Helena no se hacía ninguna ilusión, Hernán estaba muy equivocado, y si él tenía el corazón ocupado ella también lo tenía. Y nadie entraba en ese corazón. *Esto es cama y nada más, pura diversión*, le dijo. Y el antihéroe se vio en la necesidad de alzarse de hombros, y ella de cambiar de tema. *¿Estás bien?*, le preguntó luego, algo mosqueado. *Perfectamente*, le respondió ella: se le hacía tarde. Se despidieron en la vereda y Helena García caminó hasta la editorial, pero pasó de largo y para cuando se dio cuenta estaba en el Parque Lezama, sentada en un banquito, cagada por las palomas.

No devolvió los llamados de Hernán hasta dos días más tarde y cuando lo hizo fue para decirle que podían seguir siendo amigos, pero que nunca más podrían tener roces. Hernán le respondió que se alegraba de esa decisión, y que le iba a costar mucho ser su amigo después de haberle tocado las tetas, pero que podía intentarlo. Lo intentaron: almorzaron un par de veces y cruzaron e-mails, pero cada vez con más pereza y vacío.

Tres meses después Helena García descubrió que el pelado le metía los cuernos con la moza de un bar.

Hay algo reparador, una cierta tristeza amigable cada vez que la realidad le da la razón a un paranoico. Helena se sentía reivindicada: eso y las enredadas escaramuzas en las que había perdido a Hernán, amortiguaron bastante el dolor. El que a hierro mata a hierro muere, se dijo. Últimamente se habían mezclado mucho los piolines y ella se había visto muy tironeada en una madeja que nadie había tejido, pero esta bomba oxigenaba el ambiente y ponía a las blancas con las blancas y a las negras con las negras. Helena ya no tenía esposo, novio ni amante. Los había perdido a los tres. Ya no era la prisionera adorada de Pedro, ni la celosa psicótica de Guillermo, ni la amiga sexual de Hernán. Ahora era la viuda de todos ellos, una mujer sola.

Sucedió cuando ya no vigilaba. Una noche se fue a acostar temprano con un diario arrugado que el pelado había traído de la calle, y se puso a leer el suplemento de espectáculos mientras Guille veía televisión. En los bordes internos de la cartelera cinematográfica había una pregunta escrita con birome: *¿El jueves a las seis?* Y un redondel alrededor de un cine de Mendoza y Obligado. Podía tratarse de uno de esos periódicos sobados que la gente deja al final de la jornada sobre la mesa de los bares, y de hecho lo era, pero Helena anotó mentalmente la cita, y ese día y a esa hora justa se sentó en el café de la esquina a mirar el paisaje. No tardaron demasiado. La rubiecita y el pelado se saludaron con un beso eléctrico y entraron en la sala. Helena pidió dos copas de anís, luego preguntó por el horario de salida, contrató un remise con vidrios polarizados y esperó a que salieran. Salieron de noche y no se avivaron que alguien los seguía. No fue una persecución de película. Apenas veinte cuadras por Cabildo hasta un barcito donde él se sentó junto a la ventana, y ella saludó con un beso al viejo de la caja del mostrador. Era una rubiecita bien proporcionada, desapareció un momento en el privado y cuando volvió llevaba falda corta y delantal. Guillermo leía un diario usado mientras ella atendía a los clientes. De tanto en tanto, los amantes secretos se cruzaban miradas de deseo y mohínes. Cuando el pelado volvió a casa, Helena le tiró una silla por la cabeza. Se pelearon a los

gritos, con portazos y vajilla rota, y Guillermo le dijo que hacía rato no andaban bien y que la "rubiecita" no era una aventura. Helena se quedó pasmada un minuto entero, y luego se echó a reír. Se reía a carcajadas, mientras se agarraba la panza y tosía.

Guille hizo las valijas durante ocho horas de discusión, donde hubo recriminaciones, amnistías, histerias, euforias, besos, revelaciones escandalosas, venganzas, amagues de sexo, rechazos, bofetones, whiskies, argumentos, mentiras, recuerdos, caricias y puteadas. Se fue de casa al amanecer. La García había imaginado tanto tiempo aquella probable escena que la vivió como una obra repetida y triunfal. Pero cuando le bajó la calentura, cuando los efectos del alcohol se desvanecieron, Helena se agarró de una almohada y estuvo llorando tres días.

Durante un tiempo indefinido esperó el arrepentimiento del pelado, pero nunca se produjo, y los amigos de ambos no hicieron más que traerle malas nuevas. A Guille lo veían bien y decidido, y les parecía que en cualquier momento iba a presentarles a la noviecita.

Como ese rapto de pasión juvenil de Guillermo les parecía producto del viejazo o la andropausia, los amigos se propusieron remar una reconciliación con Helena. Todo lo que lograron fue una serie de vergonzosos estropicios: llevaban y traían falsos deseos, organizaban reuniones donde dejarlos solos, trataban de persuadirlos con largas diatribas y probaban con los celos, la lástima y hasta el miedo. Zafarranchos que no conducían, obviamente, más que al oprobio y la enemistad.

Para huir de todos, para huir básicamente de sí misma, Helena García dejó la casa chorizo, alquiló un departamento en la calle Godoy Cruz, sacó todos sus ahorros y emprendió un viaje por el norte que terminó en Machu Picchu. Hizo el camino del Inca y al llegar a las grandes ruinas acusó un golpe místico, luego estuvo sola varios días en Aguas Calientes, pensando y pensando, y regresó resignada y bastante compuesta.

—Sí, fue una montaña rusa —dijo Helena al ver que Fernández se había tirado hacia atrás, se había sostenido la nuca con las dos manos y resoplaba con gesto atosigado—. Pero una montaña rusa en cámara lenta. Todo esto no pasó en un instante. Pasó en quince o dieciséis años, desde los veinte hasta los treinta y cinco. La verdad es que cuando lo cuento todo junto parece que yo soy una loca inestable, y que no había nada que me viniera bien. Pero no es así. Y no soy una chica muy extravagante: mis amigas tienen un currículum amoroso tan o más intenso. Algunas incluso se casaron varias veces en la misma cantidad de tiempo.

—No te excuses, por favor —dijo Fernández volviendo a poner los codos en la mesa—. ¿Fue Wilde quien dijo que los dioses maldecían a los hombres cumpliéndoles los deseos?

—A los hombres y principalmente a las mujeres —se rió ella, y se acomodó el pelo detrás de las orejas, como preparándose para un discurso—. Aquella vez en Perú estuve en los festejos de la Pachamama. Había un campesino, completamente borracho, que se servía una y otra vez cerveza. Pero borracho y todo, lo primero que hacía era arrojar el primer vaso a la tierra. Tributaba al dios que le daba frutos y prosperidad. Estoy convencida de que es un deseo atávico: todos debemos tributar por nuestra buena fortuna. Cuando te va bien tenés que pagar de alguna manera, y a veces pensando en los tétricos futuros que te esperan. Es un mecanismo que te va limando la cabeza, y entonces resulta que al final vos misma creás esos futuros.

Fernández la miraba con desconfianza.

—Vinieron años de terapia —adivinó.

—Décadas —dijo ella desviando la vista—. Décadas de terapia para tratar de entender quién era yo y por qué me pasaba todo esto.

—No querías ver a un hombre ni pintado.

—Los mantenía lejos, hablaba mal de ellos, salía con amigas, veíamos strippers.

—¿Cuántos años de abstinencia?

—Uf, como cinco —sonrió—. Abstinencia y diván, y mucho laburo y lectura. No quería más quilombos.

—¿No lo viste nunca más a Guillermo?

—Nos cruzamos una noche en un restaurante. Estaba más gordo, y andaba del brazo con otra mina. Al día siguiente me llamó y nos encontramos a tomar una cerveza.

—¿Fueron a la cama?

—Una vez, pero sin consecuencias.

—¿Y Hernán?

—Callate que una vez cayó por casa a las tres de la madrugada y a los gritos —dijo, divertida. Buscó en su cartera unos chicles Beldent de menta. Ofreció—. Yo estaba con un novio nuevo, que ahora te voy a contar, y de repente se aparece Hernán borracho y me grita desde la calle que le abriera, que me seguía queriendo y no sé cuántas boludeces más.

—No le abriste.

—Nooooo.

Fernández extendió los brazos y ladeó la cabeza como si no le creyera. Helena asintió:

—Al tiempo hubo algo. ¿Querés que te lo cuente ahora? Porque

antes estuve enamorada de otro.

—Contame ahora.

—Bueno, mirá —dijo, envalentonada. Luego trató de recular—. No sé, es algo anecdótico.

—¿Eso quiere decir que te avergüenza?

—¡Sí, es bastante vergonzoso! —se rió como si fuera a hacerse pis.

—Entonces no vas a tener más alternativa que contarme.

La García respiró hondo, no había dejado de reír con los ojos.

—Una noche de hace dos años dormí con Pedro.

—Ajá.

—No sólo dormí —rectificó con cautela—. Me quedé todo un fin de semana con Pedro, charlando de Ramos Mejía y de nuestra adolescencia. Me agradó mucho. Mucho, mucho. No era amor, eh. No vayas a confundirte. Era placer, nostalgia, mimos. Lo repetí cada tanto, siempre dejando en claro que no era almuerzo sino copetín. Nada más que copetín. Nos juntábamos en su casa y nos sacábamos la ropa, y después escuchábamos discos y veíamos fotos.

—No veo nada de vergonzoso.

—Pará y vas a ver —dijo, frenándolo con las manos. Luego entrelazó los dedos sobre la mesa y tragó saliva—. Era verano, y mis amigas no estaban, y yo andaba de acá para allá, un poco caprichosa y aburrida. Y entonces le toqué el timbre a Hernán.

—No me sorprende. ¿Te seguía queriendo?

—No sé, estuvo bueno —se le endulzaba ahora la mirada—. Con Hernán también teníamos afinidades y recuerdos, ¿sabés?

—Si me decís que hiciste lo mismo con Guillermo me levanto y me voy. —Fernández largó una carcajada. Los mozos comenzaron a levantar las sillas y a barrer el piso.

—Ay, hice lo mismo —le confirmó mordiéndose teatralmente los dedos—. Durante varios meses los veía alternativamente a los tres. ¿Estoy loca?

—Por completo.

—Me encamaba con ellos, pero lo que más me gustaba era hablar de aquellos mundos en los que yo había vivido.

—Mundos perdidos. ¿Tratás de excusarte?

—Todo eso fue a la salida del momento más triste que viví. —Había vuelto a ponerse sombría. Una grave arruga le quebraba la frente—. Estuve tres semanas internada en un neurosiquiátrico. No te estoy jodiendo.

Fernández recibió en su frente la misma arruga de preocupación. Se acarició la barba del mentón y esperó a que la mujer se explayara. Esa notable picaresca de dormir con sus ex amantes y de tratar en

vano de recrear las distintas Helenas que había sido con ellos no tenía más espesor que el espesor del tiempo. Pero la historia de Juan no era leve ni pícara. Era una historia densa.

La García lo conoció en la editorial. Era cobrador y estaba a su cargo. Un muchacho diez años más joven y veinte kilos más delgado, que tenía una introspección casi patológica destinada a hacerlo irrelevante e invisible, pero que lograba llamar la atención de las mujeres gracias a su lejano parecido con el primer Gregory Peck. Helena lo adoptó como si fuera un perro desvalido y lo ayudó a capacitarse. Tardó todo un año en sentir otra cosa que no fuera un afecto doméstico. A Juan no lo registraba el radar, pero Helena se encontró teniendo sentimientos perturbadores cuando la invitó a bailar en una fiesta de fin de año. Bailaron toda la noche. Primero salsa y merengue, luego canciones de Donald y Francis Smith, y al final boleros de Manzanero y Chico Novarro. Helena bailaba sin respiro, primero divertida, luego entusiasmada, y al final inquieta. Juan era callado pero tremendamente sexy. Tenía un cuerpo fibroso y lo movía como si supiera. Se fue a acostar sola, recriminándose las fantasías que le despertaba, y en los días siguientes recibió todo tipo de bromas: la leyenda interna decía que habían pasado una noche lujuriosa en un hotel de Puerto Madero. Se instaló con la fuerza de una presunta verdad y Helena no se ocupó en desmentir los hechos porque no tenía compromisos y porque le encantaba esa posibilidad aunque fuera una hermosa mentira. Lo único que le molestaba era que el cuento le llegara a Juan y que se sintiera incómodo. Un viernes, antes de dejar la oficina, el cobrador le envió un mail desde su escritorio. Conocía una milonga. Le preguntaba tímidamente si a ella le interesaría bailar tango. No llegaron a la milonga, Helena se le tiró encima en el interior del auto, le arrancó la corbata y le quitó la camisa, le abrió el cierre del pantalón y tuvo sexo con el cobrador en un estacionamiento cercano a la Plaza Dorrego.

Luego de tanta abstinencia y soledad, de tanta amiga y tanto discurso feminista, la García se abrazó al más callado de todos y tuvo con él una larga relación de casas separadas y orgasmos conjuntos. Helena tenía devoción por aquel Gregory Peck del subdesarrollo, y una vez que lo agarró del cuello no lo dejó escapar. Juan no expresaba fríos ni calores, pero estaba siempre dispuesto para lo que la señora mandase. Y la señora mandaba amorrrrrrrrrr. Amor con subrayados. Amor y gloria después de tanta sed y tanta amargura.

Como ella ejercía el poder, pasó lo habitual: le ordenó la vida, le redecoró la casa, le cambió la ropa y le explicó los deseos. Juan, que era introvertido más por mudez simple que por introspección

analítica, aceptó todo, incluso que ella le explicara lo que él sentía y lo que tenía que hacer.

Era muy simple lo que tenía que hacer. Después de dos años de romance volcánico, él tenía que mudarse con ella y dejarse adorar como si fuera un dios.

No parecía una tarea demasiado pesada por lo que Juan, en oficio mudo, dio su aceptación y comenzaron los preparativos. Helena estaba, una vez más, enamoradísima de aquel chico, y no le importaban ni la diferencia de edad ni los comentarios adversos de sus amigas. Juan no discutía nunca nada. No tenía la estructura psicológica de quien puede hilvanar una argumentación y sostenerla. Era más bien un animalito sensible que esquivaba las balas y jamás las devolvía. Un osito cariñoso y tácito.

Helena le hizo abandonar el departamento que alquilaba e instalarse en su casa de Godoy Cruz, y antes de comenzar una vida en común pagó por adelantado un crucero por el Caribe. Fue una luna de miel perfecta: se filmaron desnudos en una playa desierta, riéndose en la cubierta del barco y montados en una moto de agua. Al volver a casa, listos para afrontar una experiencia conjunta, preparados para vivir como marido y mujer aunque sin papeles, Juan salió a caminar un rato solo por Palermo. Helena se preocupó muchísimo cuando, diez horas más tarde, no volvía ni contestaba los llamados al celular. Empezó a llamar a compañeros, amigos y parientes, y después a los hospitales y a las comisarías. Le avisaron de madrugada que Juan se había suicidado arrojándose al paso del tren del Mitre. El maquinista no tenía dudas: vio de lejos que el muchacho se sentaba en las vías como si fuera un Buda y empezó a tocarle bocina. Le gritó desesperadamente que se corriera y trató de frenar a tiempo, pero todo fue en balde. Pasaba seguido, no le sorprendía nada. En un bolsillo del pantalón Juan llevaba una foto de Helena con dos palabras en el dorso: *Perdón* y *Gracias*. No había tenido argumentos para oponerse a lo que Helena García le planteaba. Estaba atrapado y no podía contradecirla.

—Me internaron con un ataque de locura —dijo Helena, y Fernández volvió a tomarse la cabeza, pero esta vez como si quisiera taparse de paso los oídos para no escuchar la realidad. Cuando abrió de nuevo los ojos vio a Helena atenta y lúcida—. Voy a ahorrarme toda aquella época, si no tenés problemas.

—No tengo —dijo Fernández como si boqueara—. Sí, por favor, ahorremos aquella época.

—El amor es muy puto. ¿Entendés ahora?

Fernández se pasó una mano por la cara, se quedó negando algo

con la cabeza y luego pegó lentamente su chicle en el cenicero. No quería ni podía decir una palabra. Estuvieron en silencio casi diez minutos. Los mozos del Plaza Roma los veían tan dolidos que no se atrevían a interrumpirles el sufrimiento, pero la verdad es que ya estaban vestidos de civil, esperando que los últimos dos clientes se levantaran y salieran, y que ellos pudiesen por fin apagar las luces del bar y marcharse de una buena vez a casa.

—¿Vamos? —propuso Fernández.

Salieron a la vereda, hacía frío y estaba oscuro. Pero Fernández la miró de otra manera, bajo el resplandor de la luna. Pensó en la culpa, en el miedo y en la desdicha, y en cómo había sobrevivido a los traspiés y a las caídas. Ella le devolvía la mirada con las manos en los bolsillos del abrigo, sin saber cómo seguía este asunto. Fernández no pudo más:

—El libro de Scott Fitzgerald era mío, pero yo no escribí esas anotaciones.

La García tuvo un estremecimiento y se dobló, como si un martillo gigante le hubiera empujado el pecho.

—¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo?

El periodista la agarró del brazo y la obligó a cruzar la calle y a atravesar la plaza. Había piqueteros rezagados y mendigos, y algunos enamorados franeleando en los bancos. Los pasos hacían ruido sobre el pedregullo de ladrillo. Fernández le soltó el brazo y le dijo la verdad entera:

—Yo también lo compré en una librería de usados. En Talcahuano y Corrientes. No tengo idea de quién es ese hombre sabio que vos buscás, Helena. Pero te prometo una cosa. Te prometo que vamos a encontrarlo.

A veces los periodistas se sienten unos miserables, y a veces directamente lo son. Personas capaces de hacer chistes negros en medio de una catástrofe, tipos propensos a reírse de una desgracia y saborearla por sus carnosas aristas narrativas, sujetos dados al vampirismo de historias luctuosas, orejas inocentes que traicionan para contar secretos: hasta los mejores y más honestos periodistas se sienten a veces unos miserables. Otros periodistas sin escrúpulos directamente lo son. Pero a Fernández, que tenía tantos defectos, curiosamente no le cabía ese último sayo. Lo que a Fernández lo mortificaba era el síndrome Capote, esperar lo trágico o lo frívolo para después narrarlo con pelos y señales, a traición plena, sin piedad. Como esos corresponsales de guerra para los que un conflicto armado siempre es una buena noticia, porque les permite correr la tremenda aventura de contarlo por dentro y de aspirar a la fama, a un aumento

salarial o a un premio que les haga más fácil la subsistencia.

Fernández sentía que se había aprovechado de Helena García, le había tirado de la lengua pensando que su derrotero servía para un relato, se había regocijado internamente pensando cómo escribiría todos esos reveses y penas, y ahora estaba en falta con ella, le debía mucho. Ayudarla a ubicar a ese agudo lector de Scott Fitzgerald, para empezar, y tratar de hacerle más fácil el camino. Lo primero que hizo fue regresar a Talcahuano y Corrientes, interrogar a los libreros y ofrecerles una recompensa monetaria a cambio de un dato fidedigno. Imaginó, en esos momentos, que podía escribir una *nouvelle* con las vicisitudes de Helena García, y que también podía relatar pormenorizadamente esa búsqueda por las librerías porteñas. Una investigación hilvanada al estilo Ross MacDonald, un thriller cultural con enigmas y vueltas de tuerca, y libreros que no eran lo que parecían.

La realidad fue menos glamorosa. Un librero le dijo que si estaba dispuesto a gastar no se privara: que imprimiera cuatrocientos volantes, los pegara en todas las librerías y grandes cadenas, y ofreciera mil pesos por una pista. Un domingo Helena vio tres volantes pegados en los puestos de la feria artesanal de Palermo: se sintió tan conmovida que llamó a Fernández para invitarlo a cenar. Cenaron juntos dos o tres veces, y él tuvo que controlarse con el vino porque la conversación era por momentos tan íntima que Helena podía hacerle cometer un error. Ella lo envolvía y de un modo sutil lo buscaba, y él se hacía el distraído. La verdad es que le parecía atractiva, y que saber con detalle toda su experiencia lo erotizaba: los distintos hombres de Helena habían formado capas geológicas sobre su personalidad, y eso subjetivamente la embellecía. Para sacarla de tema, Fernández le hablaba de autores argentinos y le sembraba intrigas sobre aquel desconocido que había leído a Fitzgerald: ¿cómo sería, cuántos amores habría vivido para entender tan bien el carácter taimado del amor?

—Cuanto más pienso en ese lector más creo que es un hombre de unos sesenta años —dijo Helena—. Es cierto el lugar común de que ya no hay hombres. Los hombres de cuarenta o están casados o quieren chicas más jóvenes. Sólo se interesan por nosotras los de sesenta para arriba, y ahora con el viagra la combinación no es tan disparatada.

Fuera del suicidio de Juan, que era un hecho extraordinario, nada original había en los sucesos amorosos de Helena. Como tantas otras mujeres había vivido y sufrido, había amado y había sido abandonada, había experimentado la ilusión de la felicidad y había probado la precariedad de los sentimientos y los tirabuzones del destino. A Fernández, sin embargo, no le interesaban los amores exóticos. Creía

que en los amores de las personas comunes se escondía el ADN del género humano. Pero ya empezaba a hartarse de esas columnas dominicales y sabía de sobra que el diario no tardaría mucho en darse cuenta. ¿Se atreverían a publicar un cuento largo llamado "El amor es muy puto"? Lo dudaba. Se cuida mucho el buen gusto en las publicaciones profesionales. Fernández tendría que escribir la historia de Helena García para sí mismo, o para el trasnochado anhelo de su editor. Pero a esa altura ya estaba comprometido. En la literatura, como en el amor, hay calenturas, enamoramientos, enfriamientos y desilusiones. Para Fernández el periodismo era una esposa pasional, pero la literatura era una amante inevitable. La novela de Helena lo tenía agarrado de las pelotas.

Hubo varias falsas alarmas a lo largo de dos meses de búsqueda. Personajes insólitos se presentaban diciendo que el libro les había pertenecido, pero lo cierto es que ninguno podía pasar una pericia caligráfica. No daban la talla y algunos no habían leído siquiera los relatos del gran cuentista. Otros directamente no pasaban una pericia siquiátrica: un ex rabino le confió a Fernández que era la reencarnación misma de Scott Fitzgerald. Y una anciana distinguida pero venida a menos adujo ser la anterior propietaria del libro. Cuando se la confrontó con la caligrafía masculina dijo, sin parpadear, que ese inconfundible rasgo de género se debía a que ella de joven había sido lesbiana. Luego se había "curado".

Cuando al cabo de sesenta días todo indicaba que jamás lograría ubicar a aquel maldito lector, un librero de Barrio Norte le avisó que tenía un candidato muy firme. Fernández hizo algunas averiguaciones y el caso le pareció lo bastante sólido como para convocar a Helena. Se citaron con el candidato en el café Havanna que abrieron sobre la Plaza San Martín. *Para ser el hombre de tus sueños está bastante destruido*, le dijo Fernández por lo bajo a Helena mientras avanzaban entre las mesas. Era, en efecto, un anciano bien vestido pero mal conservado. Se apellidaba Navia y había sido actor. Ahora vivía de la caridad ajena en la Casa del Teatro, y escribía monólogos que nadie quería representar. Helena lo observaba con entusiasmo y con devoción. Fernández extrajo el libro mágico y lo colocó sobre la mesa. Navia tardó en agarrarlo, perdido en relatos de su vida de trashumante. Los viejos tienen la necesidad de hablar. Porque los viejos siempre están solos. Fernández dejó que se fuera por las ramas un buen rato y la espera tuvo sus frutos. En un momento dado, cuando pedían la segunda ronda de cafés, Navia recogió el libro, lo sopesó sonriendo, le pasó una mano cariñosa por la portada, lo dio vuelta para leer la contratapa, lo abrió en la primera página, le siguió

detalladamente las anotaciones manuscritas, jugó con las hojas, lo cerró después de una buena inspección y lo devolvió a la mesa. Su leve sonrisa no se había alterado. Tomó un sorbito de café humeante y le dio dos golpecitos al libro: *Sí, es el mío* —dijo—. *Pero yo no escribí esas cosas*.

Se tapó la boca con el pocillo, tomándose hasta el fondo el café, y dejó por unos segundos a sus interlocutores con el aliento cortado. Después bajó el pocillo y se limpió cuidadosamente la boca. Levantó la vista cansada y dijo sin hacerse esperar: *Me lo regaló mi hermano hace mucho tiempo. Mi hermano es menor que yo y vive en Mar del Plata. Se llama Francisco, va por los sesenta, y tiene la mala costumbre de garabatear pensamientos en los libros que lee. Puedo darles su dirección: es en el bosque Peralta Ramos. Pero antes me tienen que contar por qué tantas molestias*.

Se lo contaron. Navia se reía de todo, le parecía una buena obra de teatro. Estuvieron dos horas sondeándolo: Fernández estaba seguro de que no era un charlatán ni un estafador, pero quedó completamente convencido cuando Helena le preguntó si sabía a cuántas mujeres había amado Francisco.

—A una sola —respondió Navia—. Mi hermano no se casó nunca. Y se enamoró una sola vez en toda la vida. No hace falta amar a muchas para saber del amor, ¿no es cierto?

Trató Fernández de hacer un cheque a su nombre pero Navia insistió en que lo hiciera a cuenta de la Casa del Teatro. Luego les dio la dirección de Francisco y las buenas tardes. Se puso un sombrero de fieltro verde oscuro y salió a la calle con lentitud, apoyado en un bastón con cabeza de galgo.

Se quedaron atontados, jugando con la servilleta donde habían apuntado la dirección de Francisco Navia, el irredento lector de Francis Scott Fitzgerald, el hombre que sabía más que nadie sobre el tema que interesaba a todos.

—¿Si me prestan un auto me acompañás? —quiso saber Helena.

Salieron un sábado tempranísimo a bordo de un Fiat. Era un día ventoso y no había nadie en la ruta 2. Helena puso discos de Bill Evans y Keith Jarrett, y sobre el piano perpetuo superpuso durante todo el trayecto su propia voz entusiasmada que contaba libros y tramas y personajes ficticios que la habían subyugado. Mar del Plata recién se desperezaba cuando la cruzaron como un relámpago de norte a sur. Pasaron el faro y doblaron en una calle de asfalto hasta una tranquera abierta, entraron en el bosque y anduvieron a los tumbos por esas calles de tierra poceada hasta un camino transversal que terminaba en una vieja cabaña de piedra. Helena apagó el motor y

tocó bocina. Había una camioneta estacionada bajo un alero, el viento movía los eucaliptos como si fueran plumas, y se oían chirridos de pájaros y zumbidos lejanos de una sierra eléctrica. *¿Será acá, che?*, dudó ella, y miró de nuevo la dirección en su agenda. Fernández bajó y caminó hasta la entrada haciendo sonar las palmas. *Es acá*, dictaminó. Las ventanas estaban cerradas pero en el porche había una reproducción en madera de la fragata Uruguay. El trabajo, se veía, estaba a medio terminar, pero Navia les había dicho que su hermano había sido marino mercante y que tenía afición por la madera y por construir y vender réplicas en miniatura de grandes barcos, que varios artesanos ofrecían luego en el puerto por chirolas. *¡Fernández!*, le gritó Helena. Se había apeado y señalaba un sendero por el que bajaba un hombre alto y delgado, con una barba blanca. Un John Houston en carpinteros y suéter, con un hacha al hombro y un galgo con correa y bozal. Fernández podía sentir, desde donde estaba, los latidos de emoción de Helena García y los gruñidos del perro. No estuvo tranquilo hasta que Francisco Navia sonrió. Cuando lo hizo se dio cuenta de que los esperaba y que tenía la misma buena leche que su hermano. *Me avisaron de Buenos Aires* —dijo dejando el hacha y estirando la mano—. *Soy Francisco, encantado.* Fernández le estrechó la mano, Helena se acercó y le dio un beso en la mejilla. Fue un gesto natural y al viejo marino no le provocó sorpresa. *Pasen, pasen*, invitó con voz afable. Ató al galgo a una estaca y abrió el mosquitero y la puerta. La sala era grande y estaba tapizada con barcos antiguos, lupas, pinceles y herramientas. También con tres o cuatro óleos sobre los bautismos de fuego de Guillermo Brown y sobre las maniobras de Trafalgar. *En esta casa y a esta hora, solamente se toma mate,* dijo en broma. Se lo aceptaron gustosos y se sentaron en un sofá junto a la chimenea. Helena se vio obligada a contar una vez más dónde había comprado el libro y qué había sentido al leer las anotaciones. Navia la escuchaba como relamiéndose. Trajo mate y termo al living, se sentó en un sillón y empezó la ronda. Era un amargo hecho con delicadeza, y Fernández sintió que el agua caliente le acomodaba el cuerpo. Cuando Helena empezó a relatar el asunto de la recompensa y de los volantes, Francisco Navia miró a Fernández y la interrumpió: *Si necesita mi verdadero nombre para esa novela, la entrevista terminó acá nomás, ¿de acuerdo?* Su tono no era autoritario sino firme. Fernández percibió que no se trataba de un hombre bueno. Se trataba, como pedía Nietzsche, de un hombre justo. Le dio su palabra de honor. Pero, ¿cuánto vale la palabra de un periodista ambicioso?

Cuando Helena reinició su soliloquio Fernández los observó a los dos con distancia y espíritu crítico. No hacían mala pareja. Navia, al

revés que su hermano, parecía más joven de lo que realmente era. Tenía la piel curtida por el sol marino y huesos enormes, pero seguía siendo un niño lungo, un amante de la naturaleza, un ermitaño que no podía vivir sin el oxígeno de los mundos abiertos y silvestres. Helena, junto a ese espécimen, era distinta. Tenía la dignidad de los que se han caído y levantado más de una vez, pero también una notoria ansiedad por saber todo acerca de Francisco y por ver si existía una conexión posible entre dos personas tan opuestas. A lo largo de la mañana, ella pasó de la verborragia al silencio respetuoso, pasando por derretimientos varios: cruzaba y descruzaba las piernas, se comía las uñas, seguía con delectación las palabras de Francisco y miraba una y otra vez a Fernández para verificar el impacto que le producían.

Lo más extraordinario era que Navia, el marino, no había navegado los siete mares por una mujer, ni tenía una novia en cada país, ni podía relatar un romance imposible. Su vida estaba llena de ausencias, de océanos y de prostitutas. Sólo tenía para contar un amor único y monogámico: su mejor amiga de la infancia, una chica llamada Elsa que había crecido con él y que había sido su novia intocada en la adolescencia. Luego Francisco se embarcó largo tiempo, dio la vuelta al mundo, y ella se casó con un empresario marplatense. Durante años Navia se lamentó de aquella decisión, pero no fue capaz de torcerla. Tampoco fue capaz de volver a enamorarse de otra mujer: todas le parecían un fiasco al lado del recuerdo mítico de su primer amor. El empresario le hizo a Elsa cuatro hijos, pero nunca la dejó salir de casa. El empresario era igual a su padre y representaba todo lo que una mujer como ella debía desear. Sostuvo todo lo que pudo la creencia de que lo amaba, y cuando no pudo más se dijo que ya era tarde para cambiar. Se sentía una inservible con cama adentro, atada a las supersticiones, caprichos y economías de su marido, rodeada de una familia carcelaria, reducida a la ineptitud de quien nunca ha tenido que caminar sola ni valerse por sí misma. Elsa parecía una cataléptica de historieta: estaba consciente y supuestamente muerta, pero no podía mover un dedo ni evitar que le cerraran el cajón y la bajaran a tierra.

En esa claustrofobia amorosa la reencontró Francisco Navia, y vivieron una pasión oculta y prolongada. El marino quería que ella abandonara a su marido y se fuera a vivir con él, pero Elsa tenía pánico y siempre postergaba la decisión final. Navia hizo con ella una tarea fina: cuando alguien está verdaderamente enamorado es impaciente o tiene todas las paciencias. Navia la ató a su cinto, para darle apoyo y coraje, y la llevó a remolque, lentamente, año tras año, hasta que Elsa fue convenciéndose de que debía separarse y de que

podía recuperar su vida y aprender a ser independiente de los deseos ajenos. Fue una larga terapia llena de lágrimas y retrocesos, pero al final cumplió su cometido. Elsa terminó con la esclavitud y Francisco siguió dándole asistencia personalizada, respaldo operativo y anímico, contención amorosa en medio de ese abismo que se abre cuando las viejas certezas desaparecen y uno queda pedaleando en el aire.

Parecía, a esa altura, una fábula rosa. Y Fernández temió que, como en los melodramas, todo se fuera a la banquina por una enfermedad mortal de último momento. Pero no fue así. Elsa se dedicó a madurar y a levantar su propio negocio de pulóveres, y Francisco a esperar que ella se divorciara y se casara con él. Navia se imaginaba siempre una fiesta en alta mar, algo idílico para suturar tantas heridas de tantos años. Elsa efectivamente se divorció, pero rehusó volver al matrimonio. Se rehusó durante mucho tiempo, hasta que Francisco Navia entendió que no se casaría nunca y que incluso, ahora que era otra, podía enamorarse de otro.

—Así pasó —dijo Navia sorbiendo el último mate de la mañana. No le temblaba la voz ni le llovían los ojos. Lo decía con la seca serenidad de alguien que comprende el poder destructivo del océano y ya no le guarda rencor—. Elsa murió hace dos años. Estaba casada en segundas nupcias con un crupier. Murió de la manera más tonta: un pibe chorro entró de noche en su negocio de la calle Alem y le metió un tiro en la barriga.

Helena estaba horrorizada y aturdida; derramó lamentos sin que Navia se los respondiera. En un recreo de sentidos pésames, volvió del silencio con un pensamiento en voz alta:

—¿Cómo puede ser que, después de tanta lucha y tanta solidaridad entre dos, Elsa no haya querido construir algo con usted? La verdad es que no me entra en la cabeza.

Navia se acarició la barba y achicó los ojos, como si estuviera a punto de revelar quién era el asesino. Amplió una sonrisa que ni él mismo se creía y bajó las piernas de la mesita ratona. Levantó la bandeja con el termo y el mate, y dijo: *Hay hombres-puente y hombres-puerto, señorita*. Luego caminó hasta la mesada de la cocina, dejó todo y se acodó como si fuera un barman: *Los hombres-puente sirven para que las mujeres pasen de una orilla a la otra. No quiere decir que ellas se separen necesariamente para construir algo con ese tercero en discordia que le pone alfombra roja y le alumbra el camino. No. Ellas lo hacen porque tienen que hacerlo, porque la relación matrimonial se ha muerto, y porque toca romper o resignarse y morir. Es muy feo resignarse. A veces, el hombre-puente se confunde y cree que es más importante de lo que es. A veces, también, el hombre-puente se transforma en hombre-puerto, en la*

dársena adonde la mujer va a parar para reiniciar una segunda vida. Deja de ser una muleta para ser una pierna. Yo era un puente, pero creía que era un puerto. Me equivoqué fiero. No parecía resentido, ni siquiera apenado. Las lágrimas también se acaban. Las personas no tienen una cantidad ilimitada de lágrimas. Cuando las producen todas, siguen llorando sin lágrimas, sin contracciones y sin gemidos. Van por la vida llorando, sólo que nadie lo nota.

Almorzaron en un restaurante del Alfar, y dejaron a Fernández en una posada de Cabo Corrientes. Los vio marcharse de paseo en la camioneta del marino. Se hizo a la idea de que dormirían juntos. Fernández dejó el bolso en el piso y se tiró un rato a pensar. Más tarde se levantó y anduvo caminando descalzo por las playas. El mar estaba plateado y era ensordecedor. Compró en la peatonal los *Cuentos completos* de Henry James y estuvo leyendo hasta que se hizo de noche. Se quedó dormido pensando en Elsa y en Francisco Navia, y soñó con gaviotas, fragatas y naufragios. Cuando desayunaba leyendo *La Capital*, en el barcito con vista a la calle, vio que Helena García estacionaba el Fiat y entraba con aire resuelto a la posada. *¿Volvemos?*, le dijo no bien lo encontró en el lobby. *Volvamos*, dijo Fernández alzándose de hombros.

La vuelta fue rápida y únicamente musical. Helena no tenía ganas de hablar, y entonces Evans y Jarrett inundaban todo con sus pianos sugerentes.

—No funcionó —dijo Helena a la altura de Las Armas—. A veces pasa. A veces no funciona.

Fernández se mantuvo en silencio durante diez kilómetros más, esperando que ella volviera a abrir las compuertas. El viento se había ido, y quedaba un sol rajante que los enceguecía.

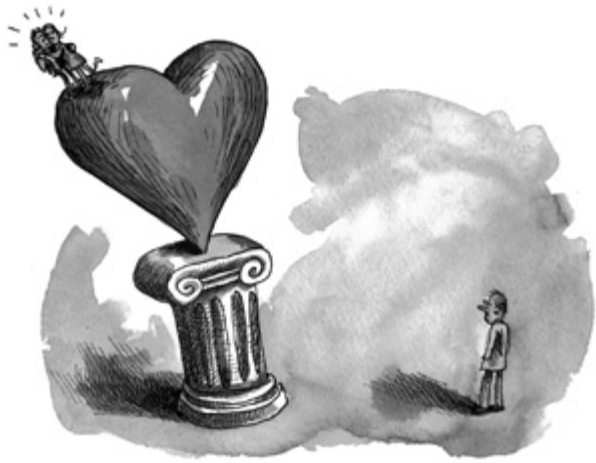
—¿Y por qué no podés enamorarte de mí, Fernández? —preguntó ella sin apartar la vista de la ruta.

El periodista pensó un rato la respuesta.

—Porque el amor es muy puto —dijo al fin.

Hicieron el amor en un hotel de Dolores, llegaron por la noche a Buenos Aires y no se vieron nunca más.

EN BUSCA DEL AMOR PERFECTO



Los rumores de la redacción sostenían que *Ben Laden* estaba intratable esas semanas de agosto porque había descubierto la cuádruple vida de *Rembrandt*. Patricia había despedido a un redactor y cambiado a los gritos una tapa; disparaba e-mails contra todas las secciones marcándoles olvidos y rechazaba facturas de viáticos sembrando sospechas en cada número. Cuando Fernández se enteró de que debía comparecer en su oficina estuvo a punto de persignarse. Se cepilló los dientes, se peinó y perfumó, y se puso el saco para subir a la magnífica oficina que daba sobre el río de la Plata. Lo obligó a esperar una hora en la recepción, y luego lo recibió comiendo con palitos chinos un plato de chow mien. *Sentate*, le ordenó sin mirarlo: estaba revisando la circulación de julio sobre una larga mesa. Fernández suspiró buscando una posición cómoda, porque aquello venía para largo, y estuvo así diez minutos más. Hasta que Patricia tiró al cesto los informes y le apuntó con los palitos:

—Los lectores se quejan.

—Y con razón.

La editora lo miró como si fuera a quemarlo vivo.

—Te estoy hablando en serio, boludo. Son historias de engaño y adulterio. La infidelidad es atroz. ¡Atroz!

—Los asesinatos también.

—¿Los asesinatos? —vaciló.

—Con el mismo criterio no deberíamos escribir más sobre crímenes y secuestros. Son atroces.

Se quedó quieta, tratando de discernir si ahorcarlo o someterlo a tormentos físicos.

—Estás abusando de nuestra amistad —dijo en tono amenazante—. Y de tu suerte.

—¿Qué pasó con tu novio? Dicen en la redacción que estás malhumorada porque lo perdiste. ¿Es cierto?

—¿Eso dicen en la redacción? —se escandalizó—. Qué hijos de puta.

—¿Lo perdiste?

—Sí, lo perdí.

Patricia dejó los palitos chinos y se limpió la boca con una servilleta de tela sin correrse el rouge. Después tomó una botellita de agua sin gas y se sirvió una copa.

—Escuchame, nos estamos desviando del asunto —dijo—. Quiero que escribas una historia blanca y brillante, ¿me entendés? La gente tiene los huevos hinchados del "filo inestable del amor". De amores contrariados y cambios de frente, y de todos esos trucos y mezquindades.

—Estás confundiendo tus deseos con los deseos del lector.

—¡Al lector lo conozco mejor que nadie! —bramó.

Fernández cerró la boca y se miró los zapatos.

—Quiero que busques un caso de amor perfecto —dijo ella despacio—. Nada de conflictos ni de problemas. Son el uno para el otro. Se enamoran, se casan, viven felices y comen perdices. Nada más.

—No hay cuento ahí. Si no hay conflicto no hay historia.

—¡Me conseguís esa historia verdadera o te devuelvo al relato policial, del que nunca debiste haber salido! —Mientras lo decía la venció la risa.

—No estaría nada mal —le retrucó él como si no le interesara, y pensó en las leyendas urbanas de su barrio. Pensó que eran historias de amor sangrientas y algo bizarras, pero se dio cuenta de inmediato que también ellas demostraban la inestabilidad de ese sentimiento abrasador.

Ben Laden no se lo perdonaría.

Estuvo buscando por cielo y tierra un ejemplo que fuera notable, que no decepcionara a su jefa y que le permitiera mantener su trabajo con cierta dignidad. Pero le resultaba muy difícil: nadie se atrevía a arriesgar el nombre de nadie. Sacar pecho y jactarse en público de tener un amor apasionante y a la vez invulnerable era de necios o suicidas. Los amores, como los hombres y las mujeres que los encarnan, no son infalibles, son profundamente imperfectos o decididamente aburridos. Fernández se sentía estúpido buscando entre las miles de cartas que recibía y entre sus amigos y colegas una historia tranquilizadora, pero no la encontraba. Encontraba solo historias mediocres y grises que no resistían la letra de molde. El primer reflejo de sus interlocutores era afirmar que sí, que claro, que conocían una pareja perfecta de principio a fin, pero a poco de desmenuzar el caso se caía a pedazos por mediocridad o por las razones humanas imaginables. El rastrillaje lo llevó desde los blogs hasta los geriáticos, y cuando estaba a punto de rendirse y buscar un longevo matrimonio de ancianos sin parientes vivos, y por lo tanto sin historia que pudiera ser refutada, su madre lo llamó por teléfono y le dijo: ¿*Y si probás con Constante*?

Hacía muchos años que no escuchaba hablar del zapatero del

pasaje Voltaire. Era un viejo amigo de la familia y se consideraba el hombre más suertudo de Palermo. Había conocido a su esposa española en los salones del Cangas de Narcea, y desde el primer momento hubo entre ellos empatía y pasión. No tuvieron, al cabo de unas semanas, la menor duda de que estarían juntos para siempre. Congeniaron rápido las familias y se casaron después de un tiempo prudencial, y efectivamente nunca más se separaron. Ni por un trámite, ni por una internación, ni por un viaje. Pasaban todo el día juntos, en la casa y en la zapatería de Voltaire, bailaban juntos en una milonga de la calle Cabrera y permanecían abrazados en las fiestas y tomados de la mano en misa. Bien es cierto que, al no haber podido engendrar hijos y al renunciar a una adopción, se abocaron únicamente el uno al otro, de un modo obsesivo y sistemático, sin distracciones individuales de ningún tipo. Vueltos hacia adentro vivían para adorarse, y aunque a Fernández siempre le había inquietado esa adoración le resultó providencial que su madre se la recordara. Y justamente ahora, cuando su columna dominical corría serio peligro.

Visitó la zapatería, que seguía siendo tan elemental y anticuada como cuando Fernández era niño y ese barrio no se había convertido todavía en área de hombres fashion. En los viejos tiempos, por el contrario, aquel había sido territorio empecinado de colectiveros, empleados y comerciantes pobretones que se comían las eses. Le impactó mucho percibir el mismo perfume del betún, y al abrazarse con ellos le pareció que no habían envejecido. Vera conservaba, gracias a las tinturas, el mismo cabello negro, lustroso y tirante que ataba en la nunca con una trenza, y la misma figura pequeña y elástica de cuando era joven. No había engordado un gramo y, con cierto orgullo, tres décadas después el zapatero seguía diciendo lo mismo de ella: *No sé dónde mete lo que come*.

En cambio, Constante era inconstante con las dietas, y se le notaba una panza importante que ni siquiera se sospechaba allá por los años setenta. Por lo demás, casi todo seguía como entonces: el pelo cortado al rape, el crucifijo de oro en el cuello peludo y unas manos gruesas y toscas. Los dos medían exactamente lo mismo: eran petisos y caminaban con la frente en alto.

Mientras él se dedicaba a los zapatos y a las suelas, ella le leía lentamente todo el diario por las mañanas. Al mediodía, una hora antes de cerrar, Vera se adelantaba para preparar el almuerzo, y luego dormían juntos una hora de siesta. Por la tarde reabrían el negocio y llenaban crucigramas hasta que se hacía de noche. Los lunes se quedaban a ver televisión, pero los martes y los miércoles iban juntos

al bingo y jugaban hasta la madrugada. Tenían un grupo de jugadores prudentes y dicharacheros con los que comentaban la vida y los azares. Se divertían a lo grande, lloraban de risa. Y con algunos de ellos volvían a verse los jueves en la Universidad de Belgrano, donde aprendían gallego, el idioma original de Vera, más por respirar el aire de aquellos claustros que por otra cosa. Les encantaba entretenerse juntos y hacer sociales. Escuchaban la clase agarrados de la mano y luego se iban de copas con alumnos y profesores.

Pedían siempre lo mismo: sol y sombra; medio de anís y medio de coñac. Cenaban, tardísimo, una sopa Quick de consomé que bebían en dos jarros de café que decían "Tú y yo", mientras escuchaban las últimas noticias por radio Rivadavia. Y ya en la cama se prodigaban, uno a otro, media hora de masajes. Empezaba Constante y terminaba Vera. Se masajeaban los hombros, las espaldas, las cinturas, las pantorrillas y, uno por uno, los dedos de los pies. Luego se abrazaban cucharita y se dormían de inmediato.

Los viernes, sábados y domingos estaban signados por un mismo programa nocturno: bailar tango en los salones de Cabrera, donde estaban abonados desde 1984 y donde se los consideraban socios fundadores y "los mejores bailarines de Palermo".

Los cortes y las quebradas no les impedían un asado sabatino con la familia de Vera y una lasaña dominguera con los parientes de Constante, y tampoco una larga caminata alrededor de los lagos, ni un simulacro de pesca en la Costanera mientras tomaban mate, escuchaban el partido de Boca y se solazaban con los vuelos rasantes de los aviones de línea.

Fernández anotaba todo lo que le narraban el zapatero y su encantadora esposa, pero trataba una y otra vez de obligarlos a recordar una pelea, una discusión, aunque fuera un disgusto pasajero. Ninguno de los dos tenía esa clase de memoria.

—Necesito una fórmula —les dijo—. La clave secreta del amor perfecto, porque si no mis lectores nos van a quemar el diario.

No podían darle ninguna clave. Comprensión, confianza absoluta, tolerancia, cariño. Obviedades.

—No sé, darse besos —dijo Vera con acento gallego.

—Sí —saltó Constante—. Darse un beso antes de dormir y otro al despertar.

Fernández no podía creerlo y, con cierta razón, pensaba que entonces nadie lo creería. Les pidió que le permitieran acompañarlos a la milonga, y ese mismo viernes pasó a buscarlos. Constante estaba irreconocible con su ambo negro, sus zapatos lustradísimos y su chambergo de ala corta. Vera llevaba vestido negro entallado con tajo

incluido, una gargantilla de terciopelo y una mantilla roja. Parecían dos extras de "Grandes valores del tango".

El taxi los dejó en una esquina y mientras caminaban por Cabrera, gringos y locales que iban para el mismo lado los saludaban como si fuesen célebres. La tanguería era un restaurante con mesas redondas y una pista a media luz. Constante y Vera no pagaban entrada ni consumición. A Fernández, en cambio, le comieron el hígado y le cobraron un ojo de la cara. Los compañeros de la pareja estelar, al enterarse de las intenciones del periodista, se desvivían por atestiguar la perfección sobrenatural de aquel amor. Fernández ya ni siquiera tomaba notas.

Después del primer y único plato —la pechuga de pollo estaba dura— el disc-jockey subió el volumen y asomó Pugliese. *Con permiso*, dijo Constante, y llevó de la mano a su compañera hasta la pista. Como si fuese un código del lugar, nadie se atrevió a seguirlos; todos les dejaron la primera pieza: el zapatero y la gallega eran un espectáculo aparte. Constante la conducía con autoridad y delicadeza, y ella le respondía con una grácil elegancia sensual. Bailaban transpirando deseo y búsqueda. Y los "sandwichitos", los ganchos, las sentaditas, las flexiones de pierna y los giros eran de un exhibicionismo controlado, de una prestancia enfática y de un erotismo espasmódico.

Cuando sonaron los últimos compases, la milonga entera se vino abajo y, para regocijo de Fernández, el zapatero y la dama agradecieron los aplausos con una inclinación e invitaron a los demás. El disc-jockey puso a D'Arienzo y entonces los profesionales y los aficionados, los argentinos y los extranjeros, los diestros y los pataduras se lanzaron a la pista y se dejaron tragar por la fiebre de esa música canyengue.

Tres horas más tarde, a Fernández le dolían los pies a pesar de que no se había levantado de la silla más que para ir al baño. Sufría por el desgaste físico de aquella pareja perfecta que, a sus años, era capaz de no perderse un solo tema, y que a lo sumo había condescendido a tomar apresuradamente un postre helado —un charlotte duro y desabrido como tabla de lavar— durante el único intervalo de la velada.

No le sorprendió que al final le propusieran volver caminando a la casa del pasaje Voltaire. Lo que asombró a Fernández fue que él, exhausto como estaba, no pudiera rechazar la invitación. Es que no se resignaba a despedirse así nomás, a cerrar de golpe la historia de aquellos bailarines insospechadamente buenos que habían descifrado el códice que llevaba al amor inmaculado e intachable.

Así que se levantó las solapas, porque había refrescado, y apuró el paso para seguirles el ritmo por esas calles silenciosas. A lo largo de todo el trayecto hicieron las apostillas del lugar y de la noche, y los bailarines le contaron anécdotas graciosas de los habitués y de las lógicas internas de aquel antro. Al llegar a su casa, Constante le preguntó a Fernández si se sentía bien. *Estoy un poco cansado*, respondió, pero el zapatero lo miró con suspicacia.

Se abrazaron para despedirse y Fernández tomó la dirección de Santa Fe para buscar un taxi. No había caminado veinte metros cuando escuchó que le chistaban. Se dio vuelta y vio que los bailarines no se habían movido del umbral y que lo llamaban con los brazos. Fernández tragó bilis: lo único que quería era regresar a su departamento de Belgrano, descalzarse en el sofá y ver un rato Animal Planet hasta caer dormido. Volvió sobre sus pasos deseando que la noche terminara de una buena vez y notó que Vera se había quitado los zapatos y Constante el sombrero de ala corta.

—Mirá, nos da un poco de remordimiento dejarte con las manos vacías —dijo el zapatero.

—No queremos que te quemen el diario —asintió Vera, riéndose con legítima ingenuidad.

Constante le palmeó afectuosamente el hombro a Fernández y después bajó la vista y jugó con el chambergo como si buscara las palabras pertinentes.

—Yo no disfrutaba del sexo —se le adelantó Vera. No había más que un españolísimo seseo en su voz.

—Y como no podíamos tener hijos —dijo Constante— le ofrecí dar por terminado el asunto. No quería molestarla más.

—Para vivir un amor sin tensiones y sin impurezas, ¿entendés? —le explicó, y Fernández apartó sus ojos de los ojos de ella.

—Todos nuestros amigos lo saben —se apresuró Constante—. Y nos felicitan. No dejes de mencionarlo en el diario, ¿sí? Puede ser importante para las nuevas generaciones.

Fernández regresó a su departamento de Vidal y Virrey del Pino, se descalzó en el sofá, puso Animal Planet para no verlo y atravesó diez horas de insomnio antes de sentarse al teclado y escribir, con resignada aplicación, la columna del final.

UN MAL DÍA LO TIENE CUALQUIERA

El mundo se arreglaba y desarreglaba todos los días en Ravignani y Paraguay. Remiseros, taxistas y colectiveros de la línea 95 convergían, como una fatalidad, en el cruce de ese meridiano y ese paralelo modestamente llamado bar Montecarlo donde a veces una historia, una anécdota, un simple recuerdo imantaba los relojes, enmudecía a los mozos, congelaba los cafés y secaba las bocas.

El joven Fernández, que escuchaba de lejos esas largas discusiones de la vida, y que en una solitaria mesa de un costado trataba de completar un poema interminable en un cuaderno escolar de tapa dura, solía sustraerse de los fuegos artificiales del fútbol y de los entreveros de la política, pero se quedaba prendado de todo cuanto tuviera que ver con la filosofía del sufrimiento, la química letal de ciertas mujeres y la metafísica incomprensible del amor. Fernández era en aquel entonces, se entiende, un joven periodista que estaba leyendo a Flaubert, y que había vivido en su adolescencia algunos desengaños. Así que abrió los ojos y paró las orejas no bien una tarde cualquiera un comentario derivó en una sentencia, ésta en un refrán y éste en el boceto a mano alzada de una leyenda barrial, ejemplificadora y supuestamente moralizante.

Lo que allí se relataba, y aquí se transcribe, tiene relación con la prehistoria de un tal Bruno Tolosa, muchacho maduro y emprendedor que purgaba cadena perpetua en Sierra Chica por un crimen que no había cometido.

Además de ser un hombre taciturno y malquerido que había escapado sistemáticamente del matrimonio, Tolosa era un porteño típico que paraba la olla con su heroico Renault 12 y sus quince horas diarias de yiro y banderita. Un burrero sentimental, un devoto de Ceferino. Un ocasional levantador de minas que terminaba siempre solo.

A Bruno Tolosa le pasó, entonces, esto que empezó una mañana en las inmediaciones del viejo correo de la calle Serrano. Se ve que la mujer había despachado una carta o una encomienda y que ahora buscaba, indecisa, un taxi para volver a casa, parada y agarrada de su cartera justo en la vereda del Rosedal, aquel cine que luego se cayó a pedazos y donde, según dice la tradición oral, el padre de Fernández soñó alguna vez con ser Tyrone Power y Carmina se enamoró perdidamente de Gary Cooper. Tolosa, que quizás nunca había visto ni

vería *Sangre y arena* pero a quien el destino urdía irónicamente su hora señalada, frenó en el cordón y permitió que la señora se le metiera por la puerta trasera. Y le cambiara bruscamente la vida.

Era, para resumirlo de algún modo, una pelirroja que rajaba la tierra. Bruno le encontró los ojos verdes en el espejo retrovisor y le adivinó el busto firme, la cintura delgada, las piernas suaves. Le calculó, a vuelo de pájaro, treinta y ocho recién cumplidos y una posición económica más bien holgada. *Hasta Malabia y Córdoba*, decretó ella sosteniéndole la mirada, y encendió un cigarrillo.

La mujer no era muy original: parecía una gata en celo. Cualquier tachero con cierta experiencia sabe que una de cada cincuenta cumple el rito de ser esa clase de dama, y que la encrucijada exige perder la cabeza o hacerse olímpicamente el otario. Tolosa no quería pasar por lo que no era, así que no bajó la vista ni el pabellón, y le sacó conversación como quien afila un lápiz. Al rato la pelirroja se moría de risa y el galán se ufanaba secretamente de sus destrezas. Pero el trayecto era demasiado corto para tanta suerte, y Bruno debió contentarse con una propina. La mujer se apeó en la sombra de un edificio altísimo y taconeó tres baldosas, se detuvo como si hubiera olvidado algo y volvió hasta la ventanilla abierta. *Usted me cae simpático* —le dijo al chofer, y éste se cayó metafóricamente de culo—. *¿No tiene un teléfono donde ubicarlo? A veces hago viajes largos y preferiría recurrir a gente de confianza. No sé si me entiende...*

—Pero cómo no voy a entenderla.

Le garabateó en un papelucho un número de seis cifras, y le miró las nalgas orgullosas alejándose por la vereda y la última sonrisa al cerrar desde adentro la puerta de cristal.

Luego pasó cinco días esperando una llamada y hasta merodeó la avenida Córdoba buscando una carambola. Y al cumplirse una semana soñó que la dama era la mismísima Rita Hayworth. Soñó que, en realidad, aquella mañana milagrosa ella no había salido del correo sino del cine Rosedal y que Bruno Tolosa era un torero caído en sus brazos y bajo sus pérfidos influjos. Lo despertó la cornada final de un toro, y en la oscuridad de su pieza confundió por un momento su transpiración con la sangre y su turbación con la muerte, y se dio cuenta de golpe que estaba enamorado.

A la noche siguiente sonó por fin el teléfono y Tolosa escuchó la voz deseada.

Era muy tarde y el taxista debía montar guardia en Malabia hasta que la dama saliera. El destino de aquel viaje nocturno permanecía en la nebulosa, pero por supuesto a Bruno eso le importaba un comino. A Bruno sólo le interesaba una cosa. Se perfumó, se acicaló, se peinó tres

veces, se vistió como para ir a una fiesta, y puso su ahora reluciente Renault 12 en la calle solitaria. Sintonizó unos tangos de Magaldi y juntó orina durante más de una hora. Cuando miró su reloj era medianoche. Cuando levantó la vista descubrió a la pelirroja atravesando el umbral y corriendo hasta el auto. Enseguida percibió que algo andaba mal. Aquella hembra no podía correr en vano, no iba con su naturaleza. Y aquellas manchas que le bajaban de la cara, le abrillantaban los brazos y le mojaban el vestido color pastel no parecían pinceladas de tintura roja. Parecían exactamente lo que eran: líquido de venas, arterias y filamentos. Fluido humano, pruebas irrefutables de una tragedia. *¡Sáqueme de acá, por favor, sáqueme de acá!*, le gritaba ella con voz inaudible. Tolosa imaginó a un caballero persiguiéndola por el pasillo con los ojos desorbitados y un cuchillo de carnicero en la mano derecha. Trató entonces de hacer dos o tres movimientos desesperados, como bajarse y pedir auxilio en esa cuadra sombría y desierta, o proteger con el suyo el cuerpo de la señora. Pero no atinó más que a encender el motor, y a comprobar que el asesino del cuchillo no existía y que la pelirroja se había zambullido de nuevo en el interior de su Renault 12. Arrancó irreflexivamente y salió arando adoquines como si se lo estuviera llevando el diablo. Y efectivamente así era, aunque Bruno Tolosa no lo admitiera jamás. *¿Qué pasó?* —le preguntaba a cien por esos oscuros caminos del infierno—. *¿Qué pasó, por Dios?* Rita Hayworth permanecía atornillada a su silencio, petrificada contra el vidrio, ensangrentada sin soltar prenda. Con la mirada desvariada y las uñas clavadas en el tapizado. Con el aliento cortado y la boca abierta.

Veinte cuadras después, Tolosa tuvo el primer impulso racional de toda la noche.

—Tengo que llevarla a una comisaría —dijo.

—Doble a la izquierda —oyó entonces que ella le ordenaba: le castañeteaban los dientes, le flameaban los huesos.

Tolosa, más por desconcierto que por subordinación, obedeció ciegamente: su auto giró por Niceto Vega. *A la izquierda* —repitió la mujer—. *Siempre a la izquierda.* Para cuando logró recuperar plenamente sus sentidos, Bruno y su macabra pasajera estaban estacionados en los apagados ecos de una playa techada. La playa de un hotel alojamiento.

Sin que nadie le dijera nada, el taxista demudado puso la cara y recogió la llave. La habitación quedaba en el primer piso. La pelirroja entró en el baño, se desvistió con la puerta entornada y se refregó enérgicamente el cuerpo bajo la ducha.

Tolosa era un mueble. No podía levantarse de la cama, donde

había caído sentado, con los hombros derrumbados y el alma perdida. De tanto en tanto, respiraba profundamente como para espantar las náuseas. De repente, preguntó sin intención de que le contestaran*: ¿Está herida? ¿No quiere que la lleve a un hospital?* La mujer cerró las canillas y emergió desnuda del vapor. Tenía la carne sana, segura y enrojecida por el frenesí de la esponja. Una cifra infinita de pecas y pezones violáceos, y un vello púbico que hacía juego con aquella cinematográfica cabellera. *Abrazame*, le dijo.

En las tertulias del Montecarlo, un colectivero que la iba de gomía juraba por los Santos Evangelios que varias noches después de aquella noche de locos, Tolosa se sinceró por única y última vez. Y que en aquella histórica oportunidad confesó todo lo que luego negaría: la mujer se lo había fornicado sin pausa y sin desmayos hasta las tres de la madrugada. Y por fin entonces, boca arriba, le había contado la verdad.

La verdad era que la señora acababa de asesinar a su marido.

Pero no se trataba de un homicidio premeditado y a sangre fría. La dama alegaba defensa propia, justa causa y emoción violenta. La dama incomprendida era una mujer golpeada. Tolosa, a esa altura, no estaba para discernir si calentaban más las brasas que el fuego. Y los atenuantes judiciales no le quitaban precisamente el frío. Pero la mujer era, como casi todas las mujeres, demasiado persuasiva, y esa boca lo sacó a tiempo del escepticismo y los miedos, y le hizo recordar que lo suyo era amor a primera vista. Un amor correspondido.

En este mundo, lamentablemente, no hay perdón para los incautos. Y el taxista embrujado en ese amanecer inolvidable perdió la lucidez, saboteó su instinto de supervivencia, rompió la lógica, se dejó envolver por aquel tardío entusiasmo juvenil y se transformó así en un autómata desfalleciente de pasión, dispuesto íntimamente a probar que a veces la locura tiene sentido.

No fue ajena a esa metamorfosis la pelirroja compungida, quien desplegaba sobre las sábanas una historia regada de martirios sobre su matrimonio y alusiones más o menos fantásticas sobre aquel fortuito encuentro entre dos almas gemelas.

Es difícil creer en las casualidades. Y como Marlowe bien sabía, tampoco en ciertas pelirrojas. Pero Tolosa no había leído a Chandler, y en su nuevo delirio ahora no cabían los temores ni las suspicacias. Se quedó dormido con el odio en las entrañas, soñó con aquel malvado golpeador de mujeres indefensas y se despertó con ganas de volver a matarlo.

Se vistió con rapidez y bajó hasta el estacionamiento. Sacó del baúl un mameluco lleno de grasa y gasoil, subió y despertó a su amante

con una caricia, y le ordenó con un beso en el vientre que se lo pusiera. Recogió mientras tanto las prendas ensangrentadas, las metió dentro de una bolsa de residuos, y limpió con su propio pañuelo los pequeños rastros que la mujer ya había limpiado en los rincones de aquel baño aséptico. Pagó lo que se adeudaba en la planta baja, rodó por Fitz Roy hasta Soler, giró y arrojó la bolsa en un baldío, y siguió viaje hasta Dorrego. Tomó hacia el oeste y apagó el motor frente a un gigantesco inquilinato lleno de helechos, malvones, gitanos, paraguayos, italianos, gordas ociosas, chicos de caras sucias y cotorras enjauladas. En aquel bullicioso mundo de piezas húmedas y calentadores, que alguna vez existió en los confines de Palermo Pobre y donde Bruno vivía como un fantasma desde que tenía memoria, nadie miraba a nadie.

Nadie se fijó, por lo tanto, en el taxista y su amiga de pelo recogido y mameluco de mecánico. Nadie la oyó gritar cuando él arremetió contra ella por detrás en una mutua y sorda confirmación de que ambos anhelaban cruzar juntos, y con premura, todos los límites y fronteras. A nadie le importó que, pese al batifondo, los enamorados durmieran hasta que cayera el sol. Nadie registró la furtiva salida del Romeo en busca de otro vestido y de un bocado para la cena. Y, finalmente, nadie se percató, porque todos reposaban, de que Bruno Tolosa condujo su Renault hasta Malabia y Córdoba, que abrió con llavero prestado la puerta de cristal y que subió en ascensor hasta el tercer piso.

El cadáver, el cuchillo y la sangre permanecían donde la mujer los había dejado. El hombre, en mangas de camisa, yacía sentado contra una estufa, en un costado del living. Tenía los ojos abiertos, la piel acerada, la carne rígida y tres puñaladas entre el mentón y el escroto. Había dejado de sangrar luego de haber sangrado como un cerdo. Y el río coagulado llegaba hasta la cocina.

Tolosa levantó el cuchillo, lo observó de cerca, lo lavó con detergente, lo secó con repasador y lo devolvió al cajón. Con ese simple acto de limpieza, ambos dejaron de ser lo que parecían: el arma homicida y el muchacho inocente.

Bruno se quitó la ropa, los zapatos y las medias, se quedó en calzoncillos, se sirvió un whisky y puso manos a la obra. Primero movió el cadáver hacia la derecha y luego lo arrastró trabajosamente hasta la bañadera. Lo acostó, abrió la canilla y dejó que la lluvia caliente purificara largamente ese cuerpo vestido y mancillado por los coágulos. Echó lavandina, amoníaco, jabón en polvo y otras sustancias lacerantes sobre el piso anegado, y removió con cepillo y virulana durante horas aquel enchastre. Terminó agotado. Se tomó otro whisky

y cerró la canilla. Después buscó cuerdas en el lavadero, corrió una mesa y dos sillas, tiró de una alfombra y la acercó hasta el baño. Con sus últimas fuerzas, consiguió acostar el cadáver en ella, enrollarlo y atarlo como a un matambre, y sacarlo al palier.

Lo abandonó allí unos minutos, en la oscuridad, mientras se vestía, ordenaba lo desordenado, cuidaba los detalles y encontraba en una cómoda las llaves del auto y la cochera. La voz de la mujer, que a esa hora velaba insomne en un lejano inquilinato de mala muerte, lo guiaba por ese terreno desconocido. La mujer le había dicho que tenían un Falcon color crema. Tolosa y su paquete bajaron en ascensor hasta aquel cementerio de autos dormidos sin cruzarse con ningún ser humano. El paquete goteaba agua turbia, pero no se resistía. Fue a dar con sus huesos al baúl y se quedó calladito durante todo aquel periplo demencial.

Bruno manejaba tranquilo por una ciudad tormentosa. Paró en una estación de servicio para comprar un bidón de nafta, salió a la ruta y le pegó duro hasta que la pampa y el amanecer comenzaron a insinuarse. Se metió entonces por una tranquera abierta de par en par, cruzó pajonales inhóspitos y se detuvo bajo una alameda. No había una luz a cien mil metros a la redonda.

Roció la carrocería con la nafta. Abrió la tapa del tanque, empapó una franela, colocó una punta adentro y otra afuera, y prendió con su encendedor la mecha. Pudo correr veinte metros antes de escuchar la explosión y recibir de espaldas la onda expansiva. Resbaló, cayó en el barro y, aturdido, vio cómo las llamas envolvían al Falcon y lo convertían en una enorme calavera. Siguió corriendo sin mirar atrás, salió por una huella hasta el asfalto, y trotó por la banquina hasta que los pulmones lo dejaron boqueando espuma. Después siguió caminando y caminando en la negrura, sin intentar detener los camiones que pasaban a su lado como flechas.

Cuando se hizo de día, sintió que era invulnerable. Alcanzó un pueblito, subió a un micro, se bajó en una estación, tomó un tren, paró un colectivo, entró en la pieza y penetró a la mujer.

Luego hablaron en voz muy baja, fumando y chequeando punto por punto el plan maestro, y se vistieron a desgano. Sabían que lo ineludible sobrevendría, y que el momento exigía espíritu de sacrificio, temple de acero y amor a prueba de tiempo y distancias. Por razones que escapaban a la razón, los dos confesaban el súbito deseo de ser *uno* para ahora y para siempre. Decían, obviamente, no haber experimentado nunca antes sentimiento tan sublime y que todo lo ocurrido estaba escrito en alguna parte. Y en esto último, al menos, no se equivocaban. El taxista había levantado a la pelirroja en la

vereda del Rosedal para que los sueños de James M. Cain revivieran, para que el pacto de sangre se cumpliera por fin y para que el cartero llamara dos veces.

Pero ninguno de los dos podía tener conciencia de que existían bajo esos designios, así que siguieron adelante escribiendo un libro que ya estaba escrito, subieron a un taxi y regresaron a Malabia. Él pagó y se mudó discretamente a su Renault. Ella cruzó la calle como un hada y desapareció por el vestíbulo. Él arrancó despacio y se mimetizó en los remolinos del tránsito. Ella entró en su departamento, limpió obsesivamente lo que ya estaba limpio y marcó el 101.

Poco y nada sabían los narradores de leyendas urbanas que anidaban en el bar de Ravignani sobre lo que pasó durante aquel lunes signado por las incertidumbres y los engaños. Imaginaban, a lo sumo, que algún principal aburrido había tomado la denuncia y la había archivado en el anaquel de las personas desaparecidas. Conjeturaban, sin embargo, que Bruno Tolosa había sufrido más que nadie el aislamiento. Y que se habría enterado una semana más tarde, y quizás sólo gracias a la enjundia de los vespertinos, que agudos detectives ya investigaban en el sur los esqueletos de un hombre y su Falcon color crema. Es fácil deducir que el taxista, como la primera vez, yiraba y yiraba esperando una llamada, una noticia, un aviso. Se emborrachaba en la cama, mirando el techo, recordando el roce íntimo de los cuerpos ardientes y escuchando el escándalo lejano de las cotorras. Sufría alucinaciones, penaba por lo que se le había resbalado y pensaba seriamente que ni siquiera lo había merecido.

Un día, inopinadamente, un vecino le gritó que tenía teléfono en el pasillo, y salió a atender en pijama y camiseta a ese patio de cinco grados bajo cero. La voz de ella le vino como un rayo y le electrocutó el corazón. Era, no obstante, una voz fría, impersonal. La voz de quien se siente espiada y no puede dar rienda suelta a sus emociones.

Tolosa le siguió el juego: reprimió el tuteo, postergó la alegría y aceptó pasar a buscarla a la seis en punto con rigor profesional. A las seis y un minuto la pelirroja se coló por la puerta trasera y le dijo, en tono lacónico y falsamente autoritario: *Voy al centro*. Bruno bajó la banderita y simuló concentrarse en aquella doméstica misión. *Me están vigilando* —le explicó ella en un susurro—. *Dan por hecho que fue robo seguido de muerte, pero igual insisten en molestarme. Habrá que tener paciencia*.

—Soy la persona más paciente del mundo.

Era una mentira dentro de otra gran mentira. Ella le habló nerviosamente de amor. Él no pudo contener una lágrima. Estaban tan cerca y tan lejos. Se prometían purezas y obscenidades con cara de

póquer, pendientes del espejo, separados por un asiento, crucificados por esa conversación esquizofrénica que ella cortaba de tanto en tanto para bajar en alguna vidriera. Una comedia sexual, un drama de locutorio mientras él fichaba una fortuna y ella iba graciosamente de compras. De regreso en Malabia y Córdoba, Rita Hayworth le dio un billete sin tocarle la mano y se bajó con una espina en la garganta. Tolosa tapó con gamuza la banderita, buscó los baños de un restaurante y se vomitó hasta los zapatos.

A partir de entonces, una vez por semana, la pelirroja que rajaba la tierra volvía a convocarlo para algún paseo intrascendente. Bruno vivía el resto de su vida para esos fugaces encuentros donde aprendieron a conocerse mejor y a adivinarse el pensamiento.

Al final de una vuelta, a casi dos meses de aquella desgracia, el chofer aceleró por Niceto Vega, se metió en el hotel alojamiento y le arrancó a la dama algunos gritos de placer. Esa imprudencia rompió para siempre la rutina y los persuadió de que el caso estaba definitivamente cerrado.

Los polemistas del Montecarlo llegaban a este punto con opinión unánime. Aquella mujer era ya la mismísima encarnación del demonio. La tradicional instigadora, la organizadora de conjuras, la homicida ambiciosa, calculadora y traicionera que usaba y tiraba a los hombres. La viuda negra.

El gomía de Tolosa, que no tocaba de oído, los dejaba venir al pie con una sonrisa canchera. Los demás tejían conjeturas, apresuraban conclusiones, dictaban doctrinas. En lugar de reexaminar el centro del problema, salteaban el desenlace y concentraban sus esfuerzos en reconstruir el fantasmagórico itinerario de aquella Rita Hayworth de los suburbios del mundo, que ahora mismo nadaba por la vida libre de culpa y cargo.

Después de los extraordinarios sucesos, la pelirroja había cobrado la herencia, había vendido a buen precio el departamento de Malabia y había desaparecido. Unos decían haberla visto en la cola de un cine de Olazábal y Cabildo. Los tacheros sensibles de Flores, con quienes había periódicos contactos, informaban de un episodio similar pero en un escenario distinto: un teatro en decadencia que luego fue un teatro en ruinas, una casa de masajes, una financiera y, muchísimos años después de aquel año truculento, un shopping. Otro remisero que había pasado por otario confesaba haberla subido en Chacarita y haber eludido, como quien elude el canto de las sirenas, esos ojos verdes en el espejo de las miradas fatales. Todos se preguntaban de qué material estaba hecha aquella hembra. De insidia y celuloide, pensaban algunos. De humo y cicuta, pensaban otros. Del material con

que se fabrican los sueños, parafraseó de repente el gomía del susodicho, que no conocía a Hammett pero que parecía ser el dueño de la pelota.

Hubo una nueva ronda de cafés, el silencio cayó sobre las mesas y Fernández cerró el cuaderno como quien cierra la urna con las cenizas de un amigo. La verdad, entonces, se impuso. Y nada fue lo que aparentaba en un principio. Porque aquella pérfida pelirroja se había propuesto ir contra la corriente y reescribir la historia clásica, seguir fiel y enamorada de aquel hombre insignificante, fantasear con el matrimonio y gozar para siempre con aquella comunión de corazones desatados.

Era ella quien lo arrastraba por esos meses de felicidad y plenitud. Era ella quien le rogaba libreta y convivencia. Era ella quien motorizaba esa pareja romántica que vagaba por Buenos Aires en busca del tiempo perdido.

Bruno Tolosa llegó a amarla tanto, en ese interregno maravilloso, que por doler le dolía hasta el aliento. Notaba, como un adolescente, que su cuerpo cambiaba. Que sólo la poesía española, recitada por ella durante las horas que proseguían al orgasmo, interpretaba cabalmente su ardor. Y que la inesperada idolatría que profesaba y recibía formaba una nueva dimensión, lo elevaba a un estado de gracia nunca alcanzado y lo colocaba en el peligroso Olimpo de los amantes capaces de todo.

Ocurrió, en medio de ese océano de éxtasis, lo que no debería haber ocurrido jamás. Remando una tarde por los lagos de Palermo, Tolosa sorprendió una sombra en los ojos de su compañera. Comprendió, en un instante, que pese a tanta querencia, algo perturbaría hasta el fin de los tiempos a la mujer que le había enseñado la luz. Esa perturbación tenía que ver con aquella muerte. Con aquellas compulsivas puñaladas, con aquella sangre.

Se dio cuenta de que la dama jamás llegaría a ser verdaderamente feliz porque aquel acto deleznable había instalado un cáncer que no podía extirparse con el olvido. Y que, con el correr de los años, esa enfermedad crearía metástasis y terminaría corrompiendo lo que ellos habían fabricado en aquellas semanas infinitas de unión y deleite.

Cuando esta sensación sedimentó en el alma de Bruno Tolosa y la sombra de la culpa persistió en el semblante de la mujer de su vida, el taxista errante se golpeó la cabeza contra la pared, se emborrachó una noche y resolvió durante un amanecer que el amor, en su última escala, más allá de la barrera del sonido, puede incluso correr el riesgo de ser unilateral. Y que para borrar el peso de aquella muerte, debía apoderarse de ella y empezar a nombrarla en primera persona.

Con una excusa, uno de esos atardeceres Bruno se jactó del homicidio como si realmente él lo hubiera perpetrado. Pasó de ser cómplice a ser autor material. Y aunque su dama de compañía lo reprendió en voz baja, no pudo o no quiso en los días siguientes desbaratar tanta convicción.

El crimen, que siempre había sido omitido en sus conversaciones pero que se había mantenido allí latente, se transformó como por arte de magia en una obsesión monotemática y riesgosa. Tolosa repetía una y otra vez los procedimientos imaginarios mientras paseaban tomados de la mano, y la mujer no se atrevía a llevarle la contra.

El asesino que no había asesinado forzó así la realidad y se hizo cargo de la sombra, que paulatinamente fue pasando de la mirada de la mujer a la mirada del hombre. Y hubo un momento en que la mentira repetida cien veces se convirtió en verdad, y en que ninguno de los dos fue capaz de distinguir quién había hecho qué cosa durante aquella noche maldita.

Tolosa, cumplido su cometido, comenzó a llevar su cruz, abusó del whisky y de la ginebra, se encerró en sí mismo, se dejó carcomer por la culpa y se sintió, en el ocaso de su calvario, indigno del amor. La pelirroja trató de ayudarlo, pero fue rechazada y convencida, por los hechos y por los deseos de exculpación de su propia conciencia, de que aquel hombre abruptamente violento y soez nunca había sido quien había simulado ser, y que su pecado mortal jamás sería perdonado por Dios. Ni por ella misma.

Sin recordar lo que antes había dicho a su confesor de Ravignani y Paraguay, Tolosa volvió a embriagarse en presencia de su gomía y a contarle cómo había deseado a la mujer de su prójimo, cómo había acechado la llegada de su marido, cómo lo había acuchillado y cómo había quemado, bajo una alameda, las evidencias del caso. En esa remozada historia, Bruno era un taxista obsesionado por una mujer casada que no le daba calce. Y que luego, a pesar de la temprana viudez y la obvia soledad, había seguido ignorándolo.

El gomía percibía de alguna manera que Bruno había enloquecido pero también que la dama lo acompañaba en ese insólito sentimiento. No se veían más porque, en realidad, nunca había habido nada entre ellos dos. Y todo lo que quedaba ahora era el legítimo desconsuelo de la viuda que había perdido esposo, y los remordimientos de un criminal que había matado en vano.

No tardó mucho en entregarse a la policía.

JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ

ILUSTRACIONES DE LINIERS

CORAZONES DESATADOS

HISTORIAS DE AMOR DE GENTE COMÚN

POR EL AUTOR DE MAMÁ Y LA LOGIA DE CÁDIZ

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com.ar